LA RAMA QUEBRADA



MISIÓN A LAS ISLAS PROHIBIDAS

EILEEN E. LANTRY

Capítulo

1

Truenos y relámpagos

Estaba totalmente camuflado, echando una mirada furtiva a través de la densa vegetación tropical de la selva.

Detrás de él, escondidos sobre una roca alta, se agazapaban entre cuarenta y cincuenta guerreros suyos. Cada uno tenía un garrote y lanzas de cinco metros de largo hechas de palmera negra con unas filosísimas puntas envenenadas. De pie con la frente en alto, recio, el líder observaba, con una ira encarnizada que ardía en su interior. ¡Cómo se atrevían esos intrusos a violar su playa sagrada! Ningún extraño se atrevía a pisar este lugar especial, declarado santo por los dioses que gobernaban esta isla de Bellona en las Islas Salomón. Y si se atrevían, nadie vivía para contarlo. Con lealtad intensa él defendería el dominio de sus dioses héroes: espíritus controlados por el diablo.

Su mirada penetrante percibía a cada hombre que descendía de la escalera del barco hasta el bote. Seguía cada brazada mientras remaban en silencio hasta la costa, remolcaban el bote hacia la playa, y ponían el pie en la arena. Lentamente caminaron hacia las cuevas y las casas de los dioses de la isla que estaban escondidas dentro de las cuevas.

Este explorador de la isla del Mar del Sur y sus marineros hicieron una pausa y echaron un vistazo alrededor para divisar alguna señal de vida. No vieron al hombre ni a sus guerreros sumamente camuflados que los observaban en silencio desde el acantilado que dominaba la playa.

Entonces, sin poder contener su ira por más tiempo, el líder dejó escapar un potente grito. Este resonó contra los acantilados volcánicos como un estruendo. Los intrusos se quedaron paralizados en su caminata, mirando para todos lados febrilmente para ver de dónde provenía el sonido. Aterrorizados, vieron al guerrero saltar de la saliente de la roca seguido por su ejército en rápida sucesión. Los guerreros aterrizaron en la arena y, gritando al unísono, corrieron a toda prisa con garrotes y lanzas para atrapar y matar a los intrusos.

A este explorador del Mar del Sur le pareció que se abalanzaban sobre él de una forma tan rápida y mortal como el destello de un rayo. Los asustados hombres dieron media vuelta y huyeron de la arremetida mortal. Llegaron hasta el bote un poco antes que la horda, lo empujaron hasta el oleaje y remaron con furia hasta su barco. Muy de cerca, los guerreros aún furiosos se zambulleron en las olas, agitando los garrotes y arrojando lanzas a los hombres que huían.

Tres días después el explorador entró en la Bahía Kopiu del lado del mar abierto de la gran isla de Guadalcanal. A medida que su barco se acercaba, vio que había isleños que parecían estar trabajando con un hombre y una mujer blancos. Dos niñitos blancos jugaban con varios niños negros. Ancló el barco y tomó un bote hasta la costa.

El joven de cabello oscuro y rizado se adelantó y le extendió la mano al explorador.

–Bienvenido a la aldea Kopiu. Soy Norman Ferris, misionero aquí en Guadalcanal. Esta es mi esposa, Ruby, y nuestros hijos.

El viajero sonrió.

–¡Qué bienvenida tan diferente a la que recibí hace pocos días cuando desembarqué en una islita a casi 150 kilómetros al sudoeste de aquí! ¡Casi me matan!

–Usted debe haberse detenido en la islita llamada Bellona –le dijo

Norman–. Me han hablado mucho de esos polinesios altos, fuertes y corpulentos. Ellos no permiten que nadie llegue a la costa. De hecho, mantienen una comunicación directa con el diablo y, entre muchas otras cosas, él los hace levitar.

El explorador asintió. Todo parecía ser posible con estos hombres que infundían temor.

–Al usar este poder sobrenatural –continuó Norman– se elevan y flotan en el aire por cortas distancias. Muchas de las bahías que rodean Bellona están dedicadas a sus dioses, y pescar en las bahías prohibidas o, incluso, acercarse a las cuevas y las casas donde se supone que viven sus dioses demonios, supone una muerte segura.

–¡Ya lo creo! ¡El jefe de los guerreros casi nos liquida! Puede estar seguro de que nunca más iré allí.

Para terminar su historia horripilante, el visitante agregó:

–Esa isla siempre estará fuera de los límites para mí. Yo no soy rival de ese tipo enorme que llamo "Truenos y relámpagos".

Después de que el hombre se fue, los pensamientos de Norman constantemente se dirigían hacia los guerreros endemoniados de Bellona y la isla cercana de Rennell. Sentía una profunda simpatía y compasión por el hombre al que el explorador llamaba Truenos y Relámpagos, por sus fieles guerreros y la gente que vivía allí bajo el control del diablo. Norman se enteró de que el verdadero nombre del jefe era Tiekika. También supo que los belloneses decían que una voz que hablaba a través de criaturas extrañas demandaba que ellos atacaran y mataran a todo el que se acercara a los lugares de residencia de sus dioses especiales. Norman odiaba la manera en que Satanás manipulaba la mente de esta pobre gente.

Los belloneses y los rennelleses son más altos y fuertes que los isleños indígenas de Salomón. Los habitantes de Guadalcanal parecían muy *laissez faire* comparado con la gente de Bellona y de Rennell que eran mucho más belicosos. Los jefes tribales belloneses siempre eran hombres, mientras que la sociedad de Guadalcanal era más matriarcal y permitía que las mujeres poseyeran tierras y tuvieran la última palabra en muchas cosas.

Norman Ferris también sabía que el gobierno había aprobado una ley para preservar a estas dos islas como sitio de estudio antropológico sin contacto con ninguna influencia externa. Estas restricciones afectaban a todos los misioneros de todas las denominaciones, quienes tenían prohibido pasar la noche en cualquiera de las dos islas. Al considerar estos dos factores, ¿cómo podría llevarles el evangelio de amor y paz?

Su preocupación se profundizó al recordar el mandato de despedida de Jesús: "Id y haced discípulos a todas las naciones" (Mat. 28:19). ¿Dios, lo estaba llamando a él para enfrentar a estos asesinos? ¿Debería tratar de conseguir permiso del gobierno para visitar estas islas? Su agitación mental se intensificaba cuando se preguntaba: ¿Quiere Dios que ponga mi vida en peligro y que posiblemente le cause un gran sufrimiento a mi esposa y a mis hijos? Día tras día luchaba con Dios en oración, rogando: *Por favor, Dios, muéstrame tu voluntad*. Poco tiempo después, Norman recibió una respuesta. Sintió que Dios le habló personalmente a través de 2 Timoteo 1:7: "Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio".

Esa promesa le dio paz. Con esto, supo que no necesitaba temer sino confiar en el poder del amor de Dios. Ahora podía contarle a Ruby su gran carga.

Esa noche, después de que los niños se fueron a dormir, la tomó de la mano y le dijo:

–Ruby, conversemos un rato. Necesito compartir contigo mi lucha por la gente de Bellona y Rennell.

Su esposa escuchó pensativamente y en silencio. Después de expresar sus convicciones, Norman se detuvo unos momentos para dejar que ella piense, entonces le preguntó:

–Ruby, ¿Dios podría estar pidiéndome que sea el que abra el camino del evangelio de la gracia a estos polinesios maravillosos? Ellos también deben conocer que están incluidos en el gran plan de salvación de Dios por medio de la gracia. Recuerda la promesa de Efesios 2:6 que dice que Dios nos resucitó con Cristo y nos sentó con él en

los lugares celestiales. Ese "nos", ¿no incluye a estos salvajes controlados por el demonio? –preguntó.

Ruby se quedó perpleja.

–¿Me estás diciendo que un hombre como Tiekika y sus guerreros asesinos, al aceptar la gracia de Dios, algún día puedan sentarse con Jesús en los tronos celestiales?

Norman señaló su Biblia.

–¿Por qué no? Si Dios puede salvarnos a nosotros, ¿su gracia no es suficientemente grande para incluirlos a ellos? Admito que no comprendo plenamente el versículo siete y el impresionante significado de "las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús". Pero puedo creer que todo lo que Dios dice, lo hace. Dios se especializa en hacer lo que a los seres humanos nos parece imposible.

Ruby sonrió.

–Entiendo lo que quieres decir –su sonrisa se convirtió en una risa entre dientes–. ¡¿Puedes imaginarte a esos guerreros altos y feroces de Bellona sentados humildemente en los tronos con Jesús, alabándolo por las riquezas de su gracia?!

Conversaron, oraron y leyeron más promesas. Entonces Ruby lo miró y le dijo:

–Norman, no irás solo a Bellona. Dios irá delante de ti. Él estará contigo y nunca te dejará. No debes tener miedo.

Norman la abrazó.

–Entreguémosle todo nuestro ser a él una vez más. Renovemos nuestra dedicación. Confiemos en que Dios utilizará nuestra entrega para abrir el camino para llevar su amor a Bellona.

Durante los meses siguientes, Norman hizo contactos favorables con el jefe Tapongi de la Isla Rennell. Dado que ningún extraño podía quedarse en esa isla durante la noche, el jefe permitió que Norman se llevara con él a seis muchachos de la isla para aprender a leer y escribir. Entre ellos estaba su hijo, Moa, que rápidamente aprendió el idioma inglés, aprendió a cantar y tradujo himnos al rennellés.

Norman sintió la impresión del Espíritu Santo de que había llegado

la hora de ir a Bellona. Primero pasó por la isla cercana de Rennell para buscar a su joven amigo, Moa, que había traducido el canto "Cristo me ama" al bellonés y al rennellés, que son casi idénticos.

Evidentemente, los aldeanos de Bellona vieron el barco a mucha distancia en el mar. Asombrados, observaron que el barco ancló en una de las bahías sagradas. Inmediatamente, una multitud de aldeanos se reunió en los acantilados altos sobre la playa para ver cómo morían los extraños a manos de su dios héroe, porque pisar esta tierra santa hubiese significado la muerte incluso para un bellonés. Sus ojos seguían maravillados a medida que el hombre blanco, con la tripulación del barco, remaban hasta la orilla y desembarcaban en la playa sagrada. ¿Por qué los reunía en un semicírculo? ¿Por qué se quedaban parados y hacían ese ruido? Podían entender las palabras, pero ¿qué significaba "Cristo me ama"? El temor se convirtió en ira. ¿Esos extraños le estaban pidiendo a su dios que les hiciera daño a ellos?

Para ese entonces, Tiekika y sus hombres habían corrido hasta la roca que dominaba la playa sagrada. Detrás de Tiekika, sus fieles guerreros se agazapaban con lanzas y garrotes.

–Nadie escapará esta vez –gruñó–. ¡Sus cabezas muy pronto estarán colgadas en la casa de nuestro dios!

Entonces escuchó ese extraño ruido. Al no haber escuchado nunca cantar, musitó en un ronco susurro:

–¡Deben estar echándonos una maldición!

La ira y el odio aumentaron en su mente. Sus ojos salvajes vigilaban cada movimiento de los intrusos. Vio que el hombre y la tripulación se arrodillaban en la arena e inclinaban la cabeza. Oyó palabras que no podía entender. ¿Podrían estar orando a sus dioses malignos?

Cuando Norman se levantó de sus rodillas, observó a un anciano y a algunos niños que estaban más adelante en la playa, probablemente buscando almejas.

–Iré solo para ver si puedo hacer contacto con la gente de la isla. Quizá podamos comunicarnos.

Tomó su maleta médica y un libro negro. Se volvió a poner el sombrero y comenzó a caminar hacia donde estaba el anciano, que pare-

cia amigable. Esto lo llevó más arriba de la playa, cerca de la roca alta.

De repente, un grito exorbitante retumbó por toda la bahía. Norman levantó la vista justo a tiempo para ver que un hombre alto y musculoso saltaba de la roca seguido de cuarenta o cincuenta guerreros. Caían parados y corrían velozmente hacia él, con las lanzas preparadas. Norman no tuvo oportunidad de correr, ni tampoco se le ocurrió la idea. Al levantar la vista al cielo y elevar una oración a su Amigo celestial en busca de sabiduría y protección, el misionero solitario supo que podía enfrentar cualquier situación.

Entonces se quitó el sombrero y lo puso sobre la arena. Él sabía que esto sería tomado como un desafío por los guerreros paganos que lo rodeaban. Era costumbre de los isleños que trazar una línea en tierra o colocar un objeto en tierra constituía un desafío. Con el sombrero en la arena, Norman retrocedió como un metro para esperarlos. Intentar huir significaría una muerte segura.

Norman había ido a Bellona para representar a Dios, en quien depositaba su confianza. Él sabía que el diablo huye ante el enorme poder de Dios, así que ahora esperó. Sin aliento, la tripulación y Moa observaban con temor en sus rostros. Si Norman y Dios fracasaban, ellos también morirían.

Entonces la furia demoníaca se apoderó de Tiekika. Traspasó el sombrero, agarró la camisa de Norman y le rasgó la espalda. Luego, su mano fuerte sujetó con fuerza el brazo blanco. ¿Era un espíritu demoníaco o un hombre? Tiekika estrujó los músculos hasta que el dolor, como una antorcha abrasadora, ardió en el cuerpo de Norman. Mientras constantemente elevaba una oración suplicando mucho coraje y fe, Norman esperaba, no el golpe mortal, sino que Dios actuara.

Entonces uno de los hombres de más edad que observaba gritó:

–¡Déjalo vivir!

Tiekika le respondió con otro grito:

–¡No! ¡Él muere!

En ese momento, Tiekika pareció sentir que un brazo más fuerte se apoderó de su brazo y, con una torsión de muñeca, Tiekika sintió poder, como un tiro de karate. Para sorpresa de ambos, el guerrero

imponente y musculoso perdió el equilibrio, fue arrojado a la arena y quedó postrado.

¿Un poder angelical sobrehumano había asumido el control? Se oyó un grito seguido de risas de la gente reunida en la ladera. Tiekika se puso de pie de un salto, dio media vuelta y corrió lo más rápido que pudo a lo largo de la playa. Sus guerreros lo siguieron. Desaparecieron en la selva.

Norman sabía que cuando Dios envía un ángel mensajero, el poder divino vence a Satanás. Allí, solo, al saber que había estado en presencia de un ser celestial, Norman sintió que le corrían escalofríos por la espalda y comenzó a transpirar en todo el cuerpo. Lo sobrecogió un inmenso alivio al darse cuenta de que Dios continuaría utilizando su poder para vencer al enemigo en el terrible conflicto entre Cristo y Satanás. Dios había ganado el primer round en la batalla. ¡La victoria llegaría a Bellona!

Norman les hizo señas a los aldeanos que esperaban en el acantilado para que vinieran a reunirse alrededor de él y de la tripulación. Bajo la dirección de Moa, comenzaron a cantar: "Cristo me ama, esto sé...". Lentamente, los aldeanos comenzaron a llegar. Con profunda simpatía Norman observó las llagas que supuraban y las horribles úlceras en carne viva tanto en adultos como en niños, así que abrió su maletín médico y les brindó atención a los más necesitados. Luego les hizo señas de que se unieran a él para orar de rodillas. Moa tradujo su oración:

–Oh Dios, que hiciste los cielos y la tierra, oro por Tiekika, por sus guerreros y por estos queridos aldeanos, para que ellos sepan que los amas. Oro para que crean en el poderoso Dios cuyo poder y fortaleza es más fuerte que cualquier guerrero o dios demoníaco. Ven a esta isla y trae paz y gozo a cada uno. Oro en el nombre de Jesús. Amén.

Con eso, Norman regresó al barco con la promesa:

–Volveremos.

Capítulo

2

Comienzos, gozos y pruebas

Norman Ferris y sus dos hermanos se criaron en la Isla Lord How, a setecientos kilómetros al noreste de Sidney, Australia. A los niños les encantaba escuchar a sus padres misioneros relatar historias bíblicas como la de Daniel en el foso de los leones y la de David y Goliat. Se emocionaban con cada nueva historia de su campo misionero favorito, las Islas Salomón. Los tres muchachos posteriormente admitieron que estas historias del culto diario influyeron en las decisiones de su vida.

Desde muy pequeño, Norman entregó su vida a Jesús, al recordar las palabras de su padre: "Dios tuvo un solo hijo, y este fue misionero".

A los 19 años, Norman se inscribió en el curso misionero del Colegio de Avondale, en Cooranbong, Australia, con un único propósito en mente: servir a Dios como misionero en las Islas Salomón. En 1921, a este disperso archipiélago de islas montañosas y largos arrecifes de coral al noreste de Australia solo se podía llegar mediante un vapor desde Sidney y, dependiendo de las condiciones climáticas, el viaje duraba entre dos semanas y un mes. Las Islas Salomón, que se extienden alrededor de 1.500 kilómetros en dirección sureste

con seis islas principales y unas 992 islas más pequeñas, atolones y arrecifes, se componen de cadenas montañosas densamente forestadas, atravesadas por valles profundos y angostos.

Los lazos familiares y de los clanes en las pequeñas aldeas diseminadas a lo largo de la costa marina siguen siendo muy fuertes. Un 93 % son melanesios y un 4 % son polinesios que hablan más de ochenta idiomas locales diferentes, además de 120 dialectos. Se comunican mediante el "pijin de las Islas Salomón", una mezcla de inglés y dialectos nacionales.

En el siglo XIX, varias misiones cristianas se reunieron para asignar determinadas islas a diferentes iglesias. Debido a la influencia de los misioneros, un gran porcentaje de la gente de las Islas Salomón dice ser "cristiana de algún tipo", pero rara vez su estilo de vida ha cambiado con respecto a sus prácticas paganas. Sin embargo, esta modalidad parecía compatible con la identidad de su clan.

De modo que la mayoría de las aldeas de una isla dice ser anglicana mientras que en otra isla las aldeas están compuestas de católicos romanos. La mayoría de las islas principales se hicieron evangélicas de los Mares del Sur, de las Iglesias Unidas, o metodistas, bautistas, testigos de Jehová o de la Asamblea de Dios. Las diferentes misiones competían por el territorio. No obstante, la comisión no asignó ninguna isla a los adventistas del séptimo día. Así que los primeros misioneros llegaron a la conclusión de que Dios quería que entraran en todas las islas. Este plan propendía a crear fricción.

A pesar de conocer estos desafíos con los que probablemente se enfrentaría, la pasión de Norman por las misiones crecía día a día. Captaba cada vez más el milagro de la salvación por la gracia de Dios. Comprendía que Dios dará este poder transformador incluso hasta al isleño más salvaje. Visualizaba que la promesa de Efesios 2:6: "asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús", incluía a todos sus hijos preciosos. Anhelaba ayudarlos a entender el plan de Dios. Para Norman, el plan eterno de Dios le ofrecía a todos una relación con Dios aún más estrecha que la que tienen los ángeles con él.

En el curso misionero del Colegio de Avondale, la mirada perspicaz de Norman se clavó en una chica vivaz, Ruby, que compartía su amor por Dios y las misiones. Siempre que podían, comentaban sus sueños de ver que muchos isleños de las Islas Salomón aceptaran la buena nueva de la salvación. Cuando terminaron el curso misionero en 1923, su amor mutuo los unió. La Asociación le pidió a Norman que cubriera una vacante como director de carpas para reuniones de evangelización, mientras que Ruby trabajaba en el Sanatorio de Sidney. Luego, al ver la dedicación de Norman, la Asociación le pidió que fuese parte del personal permanente, después de casarse con Ruby en la iglesia de Concord, en Sidney, el 5 de octubre de 1925.

En su primera tarea como pastor de una iglesia pequeña, Dios bendijo el empeño de ambos y levantaron una iglesia de tamaño considerable. Los dirigentes de la Asociación observaron su dedicación a Dios y, a fines de 1926, los invitaron a ir como misioneros a las Islas Salomón.

Mientras esperaban sus certificados de salud durante varios meses, ambos tomaron clases sobre cómo tratar enfermedades tropicales. En ese entonces se sentían inquietos por comenzar su obra misionera en las Islas Salomón y se frustraron por la cantidad de tiempo que tuvieron que esperar. Pero después de comenzar con su misión, se dieron cuenta de que Dios había dispuesto que dedicaran tiempo extra a aprender estas valiosas habilidades médicas. Esto facilitó una clave para mostrar su amor y el amor de Dios. Con esta habilidad, mitigaron muchas clases de enfermedades que mortificaban a los isleños. Dios abrió una puerta para que pudieran utilizar los métodos de Jesús de ofrecer salud física al igual que espiritual.

El 16 de marzo de 1927, Norman y Ruby comenzaron sus aventuras misioneras en las Islas Salomón, entre las tantas aldeas de la Laguna Marovo. La belleza espectacular de la Laguna Marovo consiste en una expansión colorida de aguas tranquilas que se extiende por casi cien kilómetros a lo largo de la costa de la enorme isla de Nueva Georgia en la provincia occidental. Plagada de miríadas de isletas y atolones de un verde vivo, muchas en la actualidad están habitadas

de aldeas prósperas que piden que los misioneros vayan a enseñarles.

Mientras estudiaban el idioma, por las mañanas Norman enseñaba mediante un intérprete en la Escuela de Capacitación de Batuna, supervisaba a los alumnos en las huertas de la misión y trabajaba en el aserradero por las tardes. Este aserradero producía la madera que Norman utilizó para construir su primer hogar. La construcción le llevó varios meses.

Los Ferris disfrutaban especialmente los fines de semana cuando partían del puesto misionero en canoa y frecuentaban las tantas aldeas junto a la laguna. Con su equipo médico a mano, visitaban cada hogar.

Después de conversar un rato, trataban las úlceras tropicales, la malaria, las afecciones de la piel y otras enfermedades. Antes de dejar el hogar, siempre oraban con la familia. Así hacían amigos para Jesús.

Después de vivir varios meses en la isla Nueva Georgia, Ruby se enfermó terriblemente. La malaria la debilitó y la quinina convirtió sus mejillas rosadas en amarillas. Luego descubrió que estaba embarazada. Como su intensa enfermedad no cedía, los futuros padres oraron fervorosamente en busca de sabiduría y dirección de parte de Dios. ¿Qué quería Dios que hicieran: arriesgar la vida del bebé y de Ruby o regresar a Australia?

Abrazando a su amada, Norman oró:

–Dios, ¿qué haremos? No queremos estar separados. Ambos amamos a las personas de este lugar. Por favor, muéstranos qué es mejor para la obra misionera que nos diste, y por el querido bebé que ya amamos.

La respuesta llegó cuando los dirigentes de la Misión decidieron que, debido a la salud de ella y del futuro bebé, Ruby debía regresar a Australia, y quedarse con sus padres hasta que naciera el bebé. Con lágrimas, la triste pareja se despidió. Ruby dio a luz una hermosa niña el 15 de enero de 1928, en el Sanatorio de Sidney. La llamó Norma en honor a su papá.

Cuando la bebé Norma tenía apenas pocos meses, Ruby reservó

un vapor para Brisbane, y luego continuaría hasta las Islas Salomón. Aunque se sentía debilitada por sus frecuentes accesos de malaria, sintió la obligación de regresar con el papá de la bebé. La falta de sueño debido a que la bebé tenía cólicos, se sumaba a su cansancio. Dos días después, cuando llegaron a Brisbane, la bebé Norma contrajo una forma de gastritis. Como estuvieron en el puerto todo el día, la preocupada madre se puso en contacto con un médico. Después de examinarla, el médico le habló amablemente pero con firmeza:

–Mi querida primeriza, usted no debe ir a los trópicos con esta bebé enferma y delgada. Ella morirá. ¡Por favor, no siga!

Ruby se puso en contacto con la única mujer que conocía en Brisbane, que la ayudó a encontrar una amiga que la acogería hasta que ella pudiera notificar a su familia en Sidney. Al regresar al barco, les contó su problema a los encargados. Sin compasión, descargaron todas sus posesiones en el muelle, incluyendo un catre, pañales y mucho más, a las diez de la noche. Afligida, vio zarpar el barco que la habría llevado hasta el hombre que amaba, sin ella.

La hermana de Ruby, Mary, enfermera profesional, sacó pasaje en un barco que transportaba pasajeros a lo largo de la costa de Australia. Pronto llegó a Brisbane para atender a la madre enferma y a la bebé. Regresaron juntas, y se dirigieron directamente al Sanatorio de Sidney. Incluso en el sanatorio, la bebé Norma lloraba casi continuamente y dormía poco hasta que Ruby se agotó tanto que apenas podía moverse. Después de varias semanas una pediatra, la Dra. Freeman, regresó al sanatorio de un curso de posgrado sobre atención infantil al que había asistido en Irlanda. Ella inmediatamente le suspendió la dieta prescrita y le dio Granose, un cereal integral cocido. En pocos días Norma cambió: no más diarrea, dormía mejor y era una bebé feliz. Durante las semanas siguientes la pequeña Norma se alimentó con Granose y leche. Obviamente se había vuelto alérgica a la otra dieta.

Ahora, con la esperanza de partir pronto, Ruby llevó a su bebé para una última consulta. La doctora le advirtió:

–Usted tiene una bebé hermosa y sana ahora. Sin embargo, no puedo permitir que la lleve a los trópicos por un par de años.

Llena de desesperación y frustración, le escribió a Norman contándole el problema con todo detalle. Él respondió a su carta: "Mi querida Ruby, estoy muy triste por ti, pero estoy feliz de que la pequeña Norma ande tan bien. Tendrás que decidir entre dos alternativas difíciles. Primero, dejar a la bebé con tu hermana Mary, y regresar conmigo hasta nuestro próximo *furlough**. Segundo, si no puedes dejar a nuestra preciosa bebé, deberé posponer nuestra obra misionera aquí y regresar hasta donde está mi querida familia. Entiendo plenamente tu problema, pero no creo que sea correcto que yo sea el que te diga qué hacer. Tú tendrás que tomar la decisión. Te amo y estaré orando para que hagas la voluntad de Dios. Te amo, Norman".

Ruby alzó a su hermosa hijita de cabellos rizados y lloró angustiada.

–¡Ayúdame, Dios! Por favor, muéstrame tu voluntad. ¿Debo dejar a mi querida bebé, o debo regresar al trópico y servirte allí con mi esposo? ¿Cómo puedo dejar a mi preciosa bebé?

De repente un texto bíblico percutió en su mente con toda su fuerza. "El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí" (Mat. 10:37, 38).

Con una intensa lucha, Ruby escogió llevar su cruz y dejar a su preciosa Norma. Sabía que no podría encontrar a nadie mejor que a su hermana Mary para que la atendiera.

El corazón de Ruby casi se quebró cuando el vapor zarpó del muelle. Pero sintió paz al saber que el amor de una madre puede ser egoísta si se interpone en el camino de servir a Dios y el bienestar de su hija. Su sacrificio le parecía poco al considerar que Dios dio a su único Hijo a la raza humana para siempre. Ella sentía urgencia de unirse a su esposo para llevar salvación a las personas que vivían en la oscuridad del paganismo y que si aceptaban el amor de Dios al-

gún día podrían estar más cerca que los ángeles sentados con Dios en su trono.

Lleno de alegría de tenerla de vuelta después de meses de separación, Norman con mucho gusto le devolvió los deberes hogareños a ella. Entre las tareas de ayudar a Norman con la obra misionera, Ruby hacía hermosos vestidos para enviárselos a Norma, y a menudo pensaba en Ana de la Biblia que hacía túnicas para su hijo Samuel. Con gozo le agradecía a Dios por la casita que Norman había construido íntegramente con la madera del aserradero mientras ella estaba en Australia.

Apenas se había secado la pintura de su nueva casa cuando la junta de la Misión les pidió que se trasladaran a la isla Vella Lavella, una isla más pequeña del grupo de Nueva Georgia al noreste de Batuna. Vivirían en una aldea llamada Dovelle. ¿Por qué se los necesitaba allí? La respuesta decía: "Deben ocupar el lugar de la familia Lee, que acaba de perder a su hijito, Noel, debido a una enfermedad. El señor y la señora Lee regresaron a Australia".

Al llegar a Dovelle, Ruby y Norman inmediatamente comprendieron por qué había muerto el pequeño Noel. Ellos amaban a los afectuosos nacionales, pero odiaban la suciedad extrema de la aldea. Su casa, hecha de material nativo con un techo de hierro y piso de tablas, tenía una cocina aparte. El suministro de agua, acumulada en un tanque de hierro en el techo, constituía un lugar ideal para criar mosquitos anófeles. No solo abundaban los mosquitos, sino que las moscas pululaban por todos lados, alimentándose de excrementos humanos en los arbustos de las inmediaciones. Descubrieron serpientes y ciempiés en lugares inesperados. Su desafío era cómo poder enseñarle a esta querida gente a vivir pulcramente. Si tan solo escucharan y se atuvieran a una higiene sencilla y práctica, podrían evitar la mayoría de las enfermedades.

Ya que ninguna ruta penetraba la selva espesa y las montañas escarpadas, a Norman le encantaba llevar a Ruby en lancha por el distrito de la isla, visitando todos los hogares de las aldeas. En un viaje descubrieron a Nellie y Norman Watkins, a quienes habían

conocido como compañeros de viaje en el vapor cuando llegaron a las Islas Salomón. Norman Watkins administraba una plantación de copra, producto de la pulpa seca del coco, que exportaba.

En esa visita, la afectuosa Nellie recibió a Ruby con una amplia sonrisa y le dijo:

–Ruby, veo que estás esperando tu segundo bebé. Tú sabes que el Hospital Metodista es una institución limpia con un buen médico. Y funciona en Munda, a solo ocho kilómetros de aquí. ¿Te gustaría quedarte con nosotros cuando estés en fecha?

–¡Eso sería una gran bendición! Muchísimas gracias. Aceptaremos tu ofrecimiento –sonrió Ruby con gratitud.

Algunos meses después, mientras visitaban el distrito, anclaron su lancha en el muelle de la plantación una semana antes de la fecha prevista para el parto. Como llegaron después de la puesta de sol, decidieron pasar la noche en la lancha y mudarse a la casa de los Watkins por la mañana. Cansados del viaje, Norman y Ruby se fueron a dormir temprano. A eso de las diez de la noche Ruby despertó a Norman.

–¡El bebé está en camino! ¡Vayamos ahora!

Norman despertó al maquinista.

–¡Apresúrate! Debemos ir al hospital inmediatamente.

Una y otra vez el maquinista probó, pero el motor no encendía. Con desesperación, Norman saltó de la cubierta y corrió hasta la casa de los Watkins.

Al oír las palabras: "Ruby está con trabajo de parto", entraron en acción. Pronto los cuatro se apretujaron en una lancha neumática con motor fuera de borda para hacer los ocho kilómetros hasta Munda en tiempo récord. El dolor de las contracciones le decía a Ruby que el bebé estaba muy avanzado.

Enormemente aliviado de estar en el hospital, Norman siguió a la enfermera y a Ruby hasta su cuarto. Pronto llegó un saludable varoncito, llorando vigorosamente. Lleno de gozo, Norman vio a su primer hijo, al que llamaron Raymond Harrison.

Poco después del nacimiento de Ray, llegó la noticia de que un

fuerte ciclón había volado el techo de la casa de la Misión Dovelle. Como sabían que no valía la pena reparar la estructura y que no podrían volver a esa zona con un nuevo bebé, Norman tomó una lancha y empacó las pocas pertenencias que pudo encontrar. Como la isla Nueva Georgia no estaba lejos, regresaron al Colegio de Batuna y frecuentemente visitaban a los creyentes de Lavella.

Como el distrito de Batuna no tenía casa en la que pudiera vivir la familia Ferris, el presidente de la Misión sugirió que Ruby y el bebé regresaran a Australia.

–Como faltan pocos meses para tu *furlough* –le dijo a Norman– pronto te reunirás con ellos.

Eso hicieron.

En el largo viaje de regreso a Sidney, Ruby oraba con mucha frecuencia y fervor para que Norma la aceptara como su madre. Con alegría se emocionó al ver su hijita robusta pero tímida. La pequeña Norma observaba con curiosidad a esta nueva persona. Mary la tomó de la manito y la llevó hasta donde estaba Ruby, diciendo:

–Mamá, tu mamá.

Pasó solo poco tiempo hasta que el amor se abrió paso. La pequeña Norma lentamente se acercó a ella y levantó las manos. Ruby alabó a Dios cuando Norma la abrazó fuerte. ¡Qué alegría tener a su pequeña en sus brazos!

Pero las continuas altas temperaturas y los días que pasó en cama sufriendo los escalofríos periódicos y la fiebre de la malaria dejaron a Ruby debilitada y anémica. Gradualmente se volvió incapaz de amamantar al bebé Ray. Con el paso de las semanas él no aumentaba de peso. Cuando creció lo suficiente, la papilla de Granose marcó una gran diferencia. Pronto sus enormes ojos azules brillaban y sus mejillas rosadas lo hacían que fuera un bebé adorable.

Finalmente llegó el día cuando recibieron una carta de Norman: "Estoy yendo a Australia por la vía de las Nuevas Hébridas, y pasaré por la casa de mis padres antes de llegar a Sidney", escribió. "Como está a más de 640 kilómetros al noreste de Sidney, tú y los niños, ¿podrían tomar el vapor para que nos encontremos en la Isla Lord Howe?"

¡Qué gran reunión cuando llegó el barco! Norma, casi por cumplir sus tres añitos, miraba suspicazmente a su papá. Él comenzó a jugar con ella usando globos y una pelota de goma blanda. Las escondidas eran muy divertidas también. Muy pronto, el amor y el afecto que él le prodigó la conquistaron. Qué alegría inundaba el corazón de Norman al alzar a Norma y al pequeño Ray, que ahora tenía ocho meses.

¡Gloriosa unión familiar: jugar con los niños, disfrutar de picnics en la playa y compartir las bendiciones de Dios con los abuelos llenó su taza de alegría! Ahora Norman podía contarles historias misioneras a sus padres, sobre la conducción y el poder de Dios, así como ellos solían leerle historias de las Islas Salomón a él y a sus hermanos cuando eran niños.

El resto de los tres meses de licencia pasaron volando al visitar a los padres de Ruby en Sidney. Muy pronto, la familia misionera de cuatro integrantes se embarcó en el vapor que los llevaría de regreso a las Islas Salomón. Pero Satanás tenía un plan siniestro para destruir su felicidad.

---

* ***Nota del editor:*** *Furlough* es una licencia especial de vacaciones para todos los misioneros u obreros que trabajan en otro país fuera del de origen.

Capítulo

3

Bebé por la borda

Relajados en las sillas de la cubierta mientras vigilaban a los niños que jugaban, Norman le explicó los planes de viaje a Ruby.

–Después de varias semanas en mar abierto, atracaremos en el puerto de escala más cercano, en la isla de Rendova, del grupo de Nueva Georgia. La lancha misionera interisleña, *Kima*, nos llevará hasta la Laguna Marovo, en la isla Nueva Georgia.

Cuando desembarcaron en Rendova, descubrieron que la *Kima* estaba anclada para pasar la noche. Los vientos fuertes azotaban las velas y la violencia de los mares frustró cualquier plan de partir aquella noche. Cuando los Ferris abordaron la *Kima*, descubrieron que estaba repleta de nacionales y sus pertenencias, que también iban hasta Marovo.

Con la esperanza de que por la mañana las aguas se calmarían, Norman le explicó a Ruby:

–Lo siento, cariño, pero no queda espacio en la cubierta. Tendremos que acostarnos en el techo de la cabina, sin colchones.

Por la mañana el clima no cambió. Dado que el camino más corto los llevaría a través de mares agitados, el capitán escogió el camino más seguro. Eso implicaba viajar durante todo el día hasta la punta norte de la isla Nueva Georgia, antes de poder dirigirse al sur

y entrar en la laguna. Como la embarcación se movía y se sacudía casi sin control, la tripulación puso las velas para estabilizar la lancha.

Al volante, Norman observaba a su buen amigo, Kata Rangoso, un hombre gigante, bien parecido y de espaldas anchas. Rangoso, hijo de un jefe cazador de cabezas, se hizo cristiano a los quince años. Su mente brillante pronto captó los principios de liderazgo que solo Dios, mediante el estudio de la Biblia, podía enseñarle. Ya en 1930, Rangoso era muy querido por la gente de las Islas Salomón occidentales por su conducta humilde aunque elevada, además de su fidelidad. Muchas veces Norman había viajado con él. Como capitán de la pequeña embarcación, conducía la lancha con cuidado. La proa de la lancha pegaba contra cada ola con un ruido sordo mientras los pasajeros se agarraban de lo que podían.

Un miembro de la tripulación le comentó a Norman:

–¡Estoy contento de que él sea el capitán de esta lancha! Observe su destreza inusual en aguas turbulentas.

Luego agregó:

–Hubiese querido entrar a la laguna por el camino más corto que conocemos más. Sin embargo, estoy seguro de que tendrá sumo cuidado al pilotear esta lancha a través de esta entrada angosta y peligrosa a la laguna.

Con frecuencia, Rangoso les daba seguridad con una amplia y tranquila sonrisa.

Tarde en la noche entraron en las aguas tranquilas de la Laguna Marovo.

–¡Qué alivio después de tantas horas de golpear olas y de ser sacudidos por el mar tempestuoso! Estoy agotada y tengo hambre –exclamó Ruby.

–No tenemos ninguna posibilidad de llegar hasta donde está nuestra comida. Espero que podamos desembarcar pronto. Como esta es la laguna más grande del mundo, puede llevar un tiempo.

Norman advirtió que ella bostezaba y agregó:

–Mi querida, ahora que estamos en aguas tranquilas, ¿por qué no

aprovechas la fresca brisa marina y descansas allí arriba en el techo de la cabina? Yo la pasaré bien viendo cómo Rangoso alumbra con su linterna a través del espejo de la superficie de las aguas en busca de mojones. Quizá pueda aprender para el futuro.

–¿Estás seguro de que estará todo bien? –preguntó Ruby.

–Él ha navegado estas aguas en canoas y en embarcaciones misioneras durante años. Supongo que conoce casi cada roca sumergida en esta laguna, además de todos los canales seguros.

Aliviada y satisfecha, Ruby subió hasta el techo, y se acostó. Norman puso a la pequeña Norma a la izquierda de ella y al bebé Ray sobre su brazo derecho. Como se sintió segura, pronto se quedó dormida. Mientras tanto, Norman observaba de cerca mientras Rangoso constantemente verificaba sus mapas y escrutaba con su linterna.

Con repentina violencia al *Kima* dio una sacudida hacia el lado del puerto. Sin siquiera ver una ondulación en el agua, la lancha había golpeado contra una roca sumergida que no figuraba en el mapa. Todo lo que estaba sin atar en la cubierta se deslizó y cayó al agua, incluyendo las pertenencias de los misioneros. Rangoso trató desesperadamente de enderezar la lancha, pero la quilla había dado contra una ranura de la roca y se resistía a salir. El impacto catapultó al mar a la tranquila Norma. Inmediatamente su madre gritó desenfrenada:

–¡Norma cayó por la borda! ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Está en el agua!

Un miedo espantoso se apoderó de Ruby. Los recuerdos de casi haber perdido a Norma cuando era bebé inundaron su mente, pero al recordar la manera en que Dios utilizó a las personas para que su pequeño cuerpo recuperara la salud le dio esperanzas ahora.

Jimaru, el hermano de Rangoso, y otro tripulante rápidamente se zambulleron por la borda. Salió solo con una canasta de batatas. Instantáneamente Rangoso se lanzó a lo profundo de la laguna buscando frenéticamente entre el coral traicionero. Aferrada a su bebé, Ruby lloraba y oraba por lo bajo, mientras que Norman oraba en voz alta. Rangoso regresó a la superficie para tomar aire, y de nuevo

desapareció en la profunda oscuridad. Norman, como no era un buen nadador como los nacionales, sostenía a su esposa y al bebé en el peligroso techo inclinado, observando ansiosamente el haz de la linterna que barría el agua.

Rangoso extendía las manos para aquí y para allí, orando:

–Por favor, Dios, ayúdame a encontrar a la pequeña.

Sus manos tocaron una canasta que había caído de cubierta, luego una piedra cubierta de malezas. Se dio vuelta y sintió algo suave: ropa, pelo. Entonces puso a Norma sobre sus hombros y dio una poderosa patada sobre el coral del fondo del mar, sin importarle de que pudiera cortarse sus toscos pies descalzos. Un momento después colocó a Norma en los brazos de su padre. Norman la tomó de los pies y la sacudió suavemente para sacarle el agua, y ella comenzó a llorar.

¡Qué sonido bienvenido fue ese!

–Gracias a ti, Dios, y a Rangoso –oró la madre agradecida–. No parece afectada por el baño. ¡Muchas gracias!

Alguien gritó órdenes.

–Todos avancen, y veamos si yendo rápidamente hacia atrás el peso cambia y juntos podemos quitar la lancha de la roca.

Norman se apresuró a ayudar a Ruby y al bebé. Al llegar al centro de la lancha, de repente esta giró y arrojó al agua a ellos tres y a muchos otros a estribor. Los miembros de la tripulación rápidamente saltaron para auxiliarlos y los ayudaron a subir a bordo. En bajamar, la posición de la lancha se volvía precaria, y el pequeño bote que llevaban a remolque posiblemente no les serviría de mucha ayuda para sobrevivir.

Rangoso escogió a dos tripulantes y les dijo:

–Por favor, tomen el bote y busquen ayuda en la aldea más cercana. Podría estar a kilómetros de distancia.

Desaparecieron en la oscuridad. Pasaron horas angustiosas mientras el *Kima* lentamente se hundía cada vez más en el mar. Las mujeres se sentaron en la popa como patos listos para zambullirse al agua. Esperaban, oraban y escuchaban en la oscuridad. Después de

lo que parecieron horas, oyeron el ruido de los remos de una canoa. Inmediatamente se elevaron muchas oraciones agradeciendo a Dios por oír y responder sus plegarias de ayuda.

Rangoso puso a todas las mujeres y niños en la canoa. Los aldeanos los llevaron a una isla deshabitada a una media hora de distancia del naufragio. Ruby casi no se daba cuenta de que no tenía comida, pero sin un refugio se convirtieron en carnada para miles de mosquitos. Dos cabecitas descansaban sobre su falda. Agradecida por sus dos hijos, contempló las brillantes estrellas que se esparcían de a millares como joyas sobre su cabeza. Eso le hizo recordar un versículo bíblico que describía la vida de Rangoso: "Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad" (Dan. 12:3). Cuando se zambulló tres veces para salvar a Norma, Ruby comprendió que Rangoso entregaba todas sus energías para llevar a las personas al amor de Dios. Su corazón se llenó de gozo al contemplar los primeros rayos del alba que culminaban en un glorioso amanecer. Ruby contemplaba a este muchacho pagano que se crió en las tinieblas y el temor. Ahora que era un líder transformado, su vida lucía más brillante que el sol naciente. *Sí,* pensó Ruby, *un día Rangoso se sentará con Dios en un trono especial para reinar con él.*

La canoa llegó a eso de las nueve aquella mañana. Norman le había pedido a uno de los hombres de la aldea que le alcanzara una cajita de Weet-Bix a Ruby y a las mujeres y niños que esperaban. Norman y Ruby la habían traído de Australia. Mientras compartía estas nutritivas galletitas para desayuno, Ruby pensó: *Ese es mi querido esposo, siempre pensando en los demás. Recordó que no teníamos nada para comer desde ayer.*

A eso de las tres de la tarde se produjo la marea alta. Con ayuda extra de los hombres de la aldea, la lancha volvió a flotar una vez más. No encontraron daños, salvo una pequeña pieza de cobre que se perdió de la quilla. A la mañana siguiente llegaron al colegio de Batuna, cansados y consumidos. La familia Ferris estaba agradecida

por el alojamiento temporal en una de las casas del personal de la Misión.

Una semana después, la Junta Misionera envió un mensaje a Norman y Ruby: "¿Estarían dispuestos a unirse a Jugha y abrir misión en la gran isla de Guadalcanal? Jugha está trabajando solo entre los adoradores de demonios, y este desafío ha llegado a ser demasiado para él. Necesita la ayuda de ustedes".

–Jugha tiene una historia interesante –le explicó Norman a Ruby–. El padre de Kata Rangoso capturó a Jugha en una cacería exitosa. Su padre era el jefe de la aldea en la Laguna Marovo, y tenía planes de ofrecer al muchacho como sacrificio, un holocausto, en su culto demoníaco. Era una costumbre horrible usada para expresar gratitud por la victoria.

–Sin embargo, en el ínterin antes de sacrificar al muchacho, el jefe vio potencial en él y decidió adoptarlo como hijo. Permitió que Jugha fuese a la escuela de la Misión con Kata Rangoso y juntos entregaron su corazón a Jesús. Él y Kata se bautizaron en 1918. Jugha ha dedicado su vida a compartir su amor por Jesús. Estoy seguro de que nos encantará formar equipo con él.

A sugerencia del dirigente de la Misión, Norman cargó la lancha misionera *Melanesia*, con materiales de construcción y herramientas. Su primera tarea fue levantar un pequeño refugio de dos habitaciones, una casa para su familia en un pedazo de terreno donado en la Bahía del Trotamundos, en Guadalcanal. Ruby se quedó con los niños mientras Norman y la tripulación de la lancha trabajaban construyendo la casa temporaria.

Aunque estaban separados, tanto Ruby como Norman oraban para que el Espíritu Santo les enseñara de qué manera podían hacer que Jesús fuese atractivo para estos paganos. ¿Cambiarán su crueldad, temor y odio por paz, amor, esperanza y gozo? Después de toda una vida de adoración demoníaca, ¿podrían desear a un Dios que los quería tanto que murió por ellos? Al recordar de qué manera Dios había resuelto tantos problemas y dificultades por ellos durante los últimos siete años, reunieron coraje, porque la gracia de Dios no tiene límites.

Pero Norman sacudió la cabeza al estudiar la propiedad que le dieron a la Misión. Una colina escarpada se extendía casi hasta la costa de la Bahía del Trotamundos. Debía construir la casa en esa pendiente casi vertical donde el nivel de la puerta trasera daba contra el suelo. La parte de adelante, que descansaba sobre enormes troncos, debía ser suficientemente alta como para que viviera la tripulación de la lancha abajo. La cocinita se parecería más a una alcoba.

Debajo de él las casas de la aldea salpicaban la playa. Legalmente, cada familia pertenecía a la Iglesia de Inglaterra o a la misión católica. En la práctica y en su estilo de vida, los aldeanos vivían en la indecencia y el paganismo. En su ignorancia, seguían sin discusión las órdenes de sus sacerdotes. Norman ya veía evidencias de que estas personas sencillas no tendrían nada que ver con este nuevo misionero.

Noche tras noche Norman se iba a dormir orando:

—Padre celestial, danos sabiduría, tacto y amor para saber cómo llegar a estas preciosas personas que nos has llamado a servir. Muéstranos cómo comenzar.

Capítulo
4

Barreras derribadas

Cuando Norman terminó el refugio temporario de dos habitaciones en la Bahía del Trotamundos regresó a buscar a Ruby y a los niños. Cargaron todas sus pertenencias en la lancha *Melanesia* y arribaron con una terrible tormenta. Era 1932. Los aldeanos los miraban con desconfianza y no permitían que los recién llegados cambiaran alimentos frescos para ellos o la tripulación de la lancha.

De noche, los mosquitos los atacaban en masa, hasta que Norman concibió la idea de quemar viruta mojada y espantarlos con el humo. Sin embargo, se alegraron al descubrir que, a pesar de las constantes picaduras, la malaria prácticamente no existía en esa región. La salud de ellos mejoró enormemente mientras estuvieron cerca de la Bahía.

Como su casa se encaramaba en la ladera de una montaña, en los días lluviosos patinaban y resbalaban por el sendero barroso hasta la aldea de abajo. Sin embargo, una calle corta hecha por el gobierno pasaba por el medio de la aldea, libre para todos. Como a Norma y a Ray les encantaban estas caminatas, Norman y Ruby los llevaban seguido, con la esperanza de hacer amistades. Continuamente suplicaban:

–Dios, ayúdanos a superar las barreras. Todos nos consideran impostores.

Una mañana, mientras Norman trabajaba en la instalación de un tanque para mejorar el suministro de agua, un hombre subió por el sendero hasta donde estaba él. Norman le preguntó en inglés pijin:

–¿Qué nombre tienes? –que quiere decir "¿Qué te trae por aquí?"

–Esposa tener muy enfermo. Más mejor esposa tener usted venir a ver.

Norman llamó a Ruby:

–La esposa de este hombre está enferma y quiere que tú [esposa tener usted: Ruby] bajes y veas qué puedes hacer para ayudarla.

Al hacerle preguntas, Ruby descubrió que Lizzie, su esposa, había estado con dolores de parto por uno o dos días. El bebé había nacido, pero Lizzie retuvo la placenta. Por dos o tres días ellos habían escuchado gritos entre los arbustos. Ahora sabían por qué.

Ruby rápidamente puso agua caliente en un balde. Tomó su botiquín médico y siguió a Mechael hasta el lugar de parto. Quedó estupefacta al ver a Lizzie acostada en el piso frío sin ninguna manta, semiconsciente. Ella reconocía a Mechael como el maestro de la escuela de la Iglesia de Inglaterra de la aldea. Se preguntaba por qué había acudido a ellos cuando la aldea tenía tantos prejuicios contra ellos.

Después de algunas manipulaciones, la placenta salió sin complicaciones. Como conocía la costumbre nativa de que no está permitido que las mujeres vuelvan a la aldea después de dar a luz por al menos siete días, y a veces dos semanas, Ruby sugirió algo que era estrictamente tabú:

–Lizzie, ella morir. Llevar a casa tibio. Necesitar abrigo.

Mechael aceptó el pedido de Ruby. Ahora el bebé y la madre estarían en camino de recuperación nuevamente. Al día siguiente, Norman miró sorprendido hacia abajo de la colina.

–¡Ven, Ruby! –la llamó–. Mira el aluvión de mujeres que suben por nuestro sendero montañoso cargadas con canastas llenas de alimentos. Vayamos a recibirlas.

Llenas de sonrisas, explicaron en pijin:

–Lizzie, ella vivir. Pequeninos comer.

¡Qué ofrenda de gratitud por salvar a una madre y a su bebé! Muy agradecidos, los misioneros aceptaron la comida mientras las mujeres la ponían en la cocina improvisada. Después de que se fueron, la feliz pareja reunió a sus hijos y se arrodillaron a orar.

–Gracias, Dios. Tú abriste un camino para derribar la barrera y poder hacer amigos en esta aldea. Por favor, envía a tus ángeles para ayudarlos a comprender el plan de Dios, para que reciban tu reino eterno.

Desde ese día los aldeanos acudían para ser tratados de sus tantas enfermedades. Los misioneros daban inyecciones, vendaban llagas y ayudaban cada vez que se los llamaba. La unidad del amor formó un vínculo firme entre ellos. La tripulación de la lancha se sumaba a ellos mientras caminaban por la calle hasta el puesto misionero católico. Al visitar cada hogar, la tripulación, en su propio idioma, les contaba historias bíblicas de Jesús a los ávidos niños y a sus padres.

El sacerdote estaba perdiendo la confianza de la gente, así que ideó un plan astuto. Convencería a los ignorantes de que su poder superaba al del misionero blanco. Para demostrar lo que decía, le dijo a la gente que él podía hacer que la sangre de Cristo cayera del cielo. Esta caería sobre todo el que fuera a arrodillarse para recibir el perdón del pecado.

Previamente, el sacerdote había hecho arreglos para que un muchacho nativo se escondiera en el cielo raso de la iglesia con un gallo recién degollado. En el momento preciso, apretaría al gallo sobre un pequeño orificio y la sangre fluiría. Funcionó por algunos momentos, y la gente se convenció. Entonces el muchacho habló con voz fuerte y clara:

–Sangre tener este cocaraco secar, terminar. Más mejor usted matar un cocaraco más. [La sangre de este gallo se secó. Necesita matar un gallo más.]

Debido al engaño del sacerdote, perdió su influencia. Dios transformó esta mentira para su gloria. Los miembros católicos acudieron a Norman para solicitar un maestro para sus hijos. Complacido,

Norman alabó a Dios por el gozo de ubicar a un calificado adventista nacional en esa aldea.

Todos los sábados de mañana la tripulación y los misioneros se reunían para la Escuela Sabática debajo de su casa. Un sábado, durante el canto, un hombre alto y fornido llegó a los trancos por el sendero y demandó:

–Yo querer tú bombear. Pequenino tener mucho enfermo.

Sin duda había visto a los misioneros usar una jeringa larga para lavar la infección de las úlceras y pensó que eso le quitaría el problema al cuerpo de su bebé.

Norman explicó en pijin:

–Nosotros nunca prestamos nuestras cosas médicas a nadie. Después del "lotu" [culto] iremos a tu aldea a ver a tu hijo enfermo.

Terminado el culto, Norman y Ruby llevaron el botiquín médico hasta esta aldea de paganos donde los cerdos, los perros y la gente vivían todos juntos. Descubrieron que una niña de 18 meses no había movido los intestinos por tres días. Lloraba fuerte, como si le doliera. Ruby comenzó a preparar una mezcla que pronto la aliviaría. Pero antes de poder dársela a la niña, la madre y toda la familia huyó despavorida al matorral y se negaban a que Ruby se les acercara. Solo una persona de la aldea permitió que Norman la ayudara con una inyección, una mujer que sufría de una horrenda úlcera tropical sangrante y sobre la que gusaneaban las moscas. Con tristeza regresaron a su casa orando:

–Fácilmente podríamos haber curado la constipación de la niña. Por favor Dios, muéstranos cómo ganar la confianza de estos queridos paganos.

A la mañana siguiente, Ruby se apresuró a ir a la casa de la niña enferma. Quedó horrorizada y atónita con lo que vio. El sacerdote del diablo había hecho un corte profundo de tres centímetros alrededor de los glúteos de la pequeñita de un lado del ano hasta el otro. La niñita estaba semiconciente. El padre se dirigió a Ruby para contarle por qué permitió que el sacerdote del diablo cortara a su bebé. ¡Fue para "permitir que el diablo saliera"! El sacerdote del dia-

blo fruncía el ceño mientras observaba cómo Ruby hacía un vendaje de ungüento balsámico sobre el profundo corte, diciendo una y otra vez en pijin:

–¿Cómo pudo hacer una cosa tan absurda?

Miró con dureza al sacerdote del diablo, luchando por controlar su enojo:

–Lo denunciaré al gobierno por este hecho horrible. Esta bebé de seguro morirá.

A la mañana siguiente, al acercarse a la aldea, oyeron gritos de duelo. La madre estaba sentada sobre una tablilla de madera sosteniendo a la pequeña bebé. Ruby se sentó a su lado, la abrazó y lloró:

–Lo lamento mucho, mucho. ¿Cuántos hijos tienes?

Ahogada por la pena la pobre madre respondió:

–Este hacer cuatro chicos terminar morir.

El corazón de Ruby se quebró al pensar en sus dos hijos, abrigados y felices en casa, comparados con esta pobre madre pagana que había perdido a sus cuatro hijos, por ignorancia. ¡Cómo debe apenarse Jesús cuando esta querida gente rechaza el poder sanador del evangelio de Cristo, que les daría vida, salud, paz y gozo!

Poco después de esto, Norman tuvo un severo ataque de dolor intenso, que no respondía al tratamiento. (Probablemente eran cálculos renales.) El dolor se volvió tan fuerte que Ruby temía la posibilidad de tener que enterrarlo en este solitario puesto misionero. La tripulación y los maestros oraban por él mientras preparaban la lancha para llevarlo al hospital más cercano, en Tulagi, en las islas Florida, a mas de diez horas de distancia. Partieron, pero el mar agitado dificultaba el viaje, así que se refugiaron en una islita durante la noche. Cuando llegaron al puerto a la mañana siguiente, los médicos le dijeron que el vapor *Malaita* partiría al día siguiente, en dirección a Sidney.

–Usted necesita ayuda médica profesional –le dijeron a Norman–. Necesita tomar ese barco.

Con un dolor terrible, Norman accedió.

Y así Norman se embarcó en el vapor para Sidney y la tripulación de la lancha regresó con Ruby y los niños a la Bahía del Trotamundos. Estos leales nacionales cristianos cuidaron fielmente y protegieron a la pequeña familia hasta que Norman regresó, completamente recuperado, seis semanas después.

Por ese entonces, la junta misionera cayó en la cuenta de que esta zona de Guadalcanal necesitaba una escuela de capacitación para futuros obreros. Norman comenzó a buscar un terreno adecuado y finalmente se dirigió al funcionario del gobierno con este pedido.

–Señor, queremos construir una escuela para la gente de esta zona. Encontré un terreno muy apropiado en la Bahía de Kopiu que consta de más de 145 hectáreas. Esta propiedad está ubicada a unos diez kilómetros de la costa del estrecho de Marau. Me gustaría firmar un contrato de locación por 99 años.

Después de una investigación, le otorgaron la locación y Norman firmó los papeles respectivos. El dueño, un jefe, puso su impresión del pulgar junto a la firma de Norman, con lo que quedó legalizada la construcción de una escuela.

Su partida de la Bahía del Trotamundos causó tristeza a los amados aldeanos que querían tanto. Ruby nunca olvidó a la madre que había perdido a sus cuatro hijos que se aferraba de ella llorando:

–Mamá, mamá, ¿qué haremos cuando te vayas?

No muchos en esta aldea católica decidieron cambiar su mentalidad y su culto, pero Ruby y esta madre triste se despidieron como buenas amigas.

Norman alabó a Dios por este traslado a una zona más adecuada. La misión en expansión desesperadamente necesitaba más maestros. Con la ayuda de los lugareños, comenzó a despejar la selva que crecía cerca del borde del agua. Primero, Norman construyó un cobertizo temporal de dos habitaciones en la playa con materiales de la selva. Tenía paredes de bambú y un techo de hojas secas. Cortó cicas para el piso. Cerca del cobertizo que hacía de cocina afuera, puso dos piedras enormes donde Ruby podía cocinar

sus deliciosas comidas sobre el fuego que ardía en medio de ellas. Cuando se mudaron a esta casa, cerca de donde anclaban la lancha, los niños gritaban de alegría. Ahora podrían jugar todo el día en el agua, con Ruby observando mientras trabajaba.

La nueva ubicación tenía ventajas y desventajas. Lo único que tenían para bañarse y lavar la ropa era un arroyo de montaña infectado de piojos. Mientras mamá Ruby llevaba la ropa hasta el arroyo, la fregaba sobre las rocas y la secaba en los matorrales, a los niños les encantaba hacer que remaban en la tina galvanizada para lavar que ella había usado.

Con la bendición de Dios, la propiedad de la misión de Kopiu demostró ser productiva. Las huertas prosperaban. Norman hizo planes para futuros edificios. Un constructor contratista de Sidney, el señor Richardson, llegó para construir una casa permanente para obreros sobre la colina. Mientras tanto, Norman comenzó a trabajar en edificios considerables, hechos de materiales autóctonos, para la sede de la misión: primero una iglesia, luego una escuela, y después hogares para los alumnos. Para poder abrir la escuela lo antes posible, la iglesia servía como aula temporal durante la semana.

Después de años de vivir en estructuras primitivas, la familia Ferris se alegró en extremo por la comodidad de su nueva casa bien construida. Sin embargo, el nuevo lugar era un criadero de muchos mosquitos de malaria. Nuevamente, la familia debió luchar contra esta miserable enfermedad con las repugnantes y amargas pastillas de quinina, que los niños odiaban.

Se alegraron cuando Norman obtuvo dos toros, Buck y Bill. A los niños les encantaba verlos arar los campos; ayudar en la construcción de caminos y transportar mercadería desde la costa hasta la misión en la colina.

Se corrió la voz por las aldeas circundantes de que los enfermos podían encontrar ayuda en la misión de Kopiu. Norman atendía su clínica debajo de un árbol, que se convirtió en un hospital y un centro médico, y la obra médica pronto se transformó en el centro de su servicio de extensión para alcanzar a la gente. Largas filas de

pobladores sufrientes subían caminando o cojeando en fila india por el sendero que llevaba hasta su casa. Aquí, rodeados por las flores brillantes que Ruby había plantado, se sentaban en silencio sobre el césped a esperar su turno para recibir tratamiento y esperanza. Norman se sentaba en una caja y atendía las necesidades de ellos por horas. Curaba malaria, disentería, tuberculosis, lepra, úlceras y bubas (una grave úlcera tropical), dolor de muelas y abscesos. Ruby ayudaba con los casos de maternidad.

En sus viajes mensuales de diez horas a Tulagi, Norman traía correspondencia, artículos para el hogar, medicamentos y otros artículos que conseguía para el hospital. Esto proporcionaba lo necesario no solo para sus necesidades, sino también para sus vecinos más cercanos de la Misión Católica, y los misioneros de otras confesiones que no tenían lanchas. En agradecimiento, los hermanos católicos le dieron una vaca lechera a los Ferris. Ellos le enseñaron a un niño a ordeñar la vaca de mañana y de tarde. Con leche fresca, gallinas ponedoras, bananas y otras frutas, además de verduras frescas de la huerta, la familia, la tripulación de la lancha, además de los maestros y alumnos, se abastecían casi por completo.

Norman, un avezado carpintero, compartía sus talentos con los lugareños. A Norma y a Ray les encantaba jugar entre las virutas de la madera que los hombres convertían en mesas, sillas, tocadores, camas, estantes, etc. Norman fabricó todos los muebles que tenían. En 1933, la escuela de Kopiu se llenó de alumnos entusiastas y profesores dedicados. Con la bendición de Dios, la misión de Kopiu prosperó, llevando la luz del amor de Dios a muchas aldeas.

Pero las aldeas circundantes, que habían utilizado la propiedad para hacer sus huertas, se negaban a renunciar a su posesión. Norman se volvió a Dios en busca de ayuda, y oró:

—Precioso Señor, esta es tu misión. Por favor resuelve nuestros problemas y quita nuestras dificultades por tu poder.

Afortunadamente, el gobierno le había dado una copia del contrato a uno de los principales jefes. Él lo sacó para mostrarlo a los alborotadores, señalando la firma de Norman Ferris y la impresión

de su propio dedo pulgar. Esto demostraba que la Misión Adventista del Séptimo Día tenía el derecho legal de continuar manteniendo la tierra. Dios siempre tiene maneras de resolver las dificultades si se lo pedimos.

Con sus tantas responsabilidades, el mayor deseo del corazón de Norman era ser como Jesús, un pastor de ovejas. Constantemente pedía sabiduría, tacto y poder para saber cómo contactarse con una aldea pagana para no ofender sus formas y costumbres. Primero, siempre contactaba al jefe. Luego, visitaba cada casa de paja para familiarizarse con los hombres. Trataba de conversar con las mujeres y los niños, pero a menudo el temor de un hombre blanco hacía que salieran corriendo y gritando hacia los matorrales.

Casi cada sábado de tarde la familia Ferris disfrutaba de su acostumbrada caminata entre las aldeas a lo largo de la costa. A veces caminaban muchos kilómetros. Los pequeños Norma y Ray simulaban ser misioneros como papá y mamá, visitando gente. Qué importantes se sentían cuando papá les dejaba llevar el maletín médico y la Biblia. Norman pasaba por cada hogar dando inyecciones cuando era necesario. En cada choza humilde oraba con la gente. Los niños observaban los rostros de los ancianos, los ciegos y los débiles. Veían las felices sonrisas de alegría cuando su papá colocaba las manos sobre cada uno en oración. Nunca antes estas personas sencillas habían visto a un pastor que los amara de corazón. Al dejar de ser extraños, se sentían aceptados y bendecidos por la visita de la familia misionera.

En las diferentes clases que Norman impartía en la escuela de la misión, utilizaba cada oportunidad para armonizar la fe con la enseñanza. Su corazón se conmovía cuando sus alumnos se unían a él en una relación de amor más íntima con Jesús. Los desafiaba a vislumbrar a ese Dios que los incluía a ellos en el Salmo 8:5: "Has hecho [al ser humano] poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra". Los ojos de los niños y las niñas se abrían asombrados al comprender el plan más vasto de Dios. ¡Qué alegría será cuando algún día en el cielo, los salvados por la gracia de Dios,

ellos, los jóvenes de las Islas Salomón, tengan incluso una relación más íntima con Dios que los ángeles que nunca cayeron!

Norman alababa a Dios a medida que veía que estos jóvenes de la Escuela de Kopiu pronto servirían como líderes para llevar el evangelio del amor de Dios a sus aldeas y tribus.

Capítulo 5

Nghata, el sacerdote del diablo

Una vez establecida la Misión de Kopiu, Norman extendió su ministerio evangélico a otras aldeas. Viajaba en el barco de la misión, Marara, a lo largo de la costa barlovento de Guadalcanal. Aquí con frecuencia entraban las tormentas violentas del mar.

Ruby y los niños a menudo iban con él. Entusiasmados, los pequeños Norma y Ray se sentaban uno a cada lado de su competente padre y capitán de navío, para poder ver cómo sus manos fuertes controlaban el volante. Gritaban de alegría cuando las olas del agitado mar inundaban la proa del barco. Pero cuando las olas que se estrellaban eran muy altas y tempestuosas para su seguridad, papá hacía que alguien de la tripulación llevara a los niños a la cabina debajo de la cubierta.

Lo primero que hacía Norman en cada aldea era instalar una clínica médica. Sentado en una caja, atendía las necesidades físicas de cada persona que acudía a él. Cuando todos habían sido atendidos, les pedía que se sentaran en el pasto y les contaba historias evangélicas del amor de Jesús usando un rollo de láminas de la Escuela Sabática. Ruby usaba este tiempo ideal para continuar con la enseñanza escolar de sus hijos. Mientras su padre atendía a los enfermos, si el clima lo

permitía, Ruby llevaba a Norma y a Ray hasta la playa. Allí, junto al agua clara y las olas suaves, ella dirigía la tarea de la escuela por correspondencia. Los curiosos niños de la aldea a menudo se acercaban para escuchar con atención.

El 17 de octubre de 1932, la familia Ferris partió en un viaje especial a Tulagi, la capital de las cercanas islas Florida. Su destino: el único hospital de la zona. Los niños, Norma y Ray, compartían el entusiasmo de que Ruby daría a luz a su tercer hijo en pocos días más.

Este viaje los llevó a través del hermoso estrecho de Marau. A ellos les encantaba este lugar. De un lado el estrecho está bordeado por montañas que bajan rápidamente hasta la costa flanqueada por árboles de mangle, el hábitat de muchos cocodrilos. Del lado del mar, elegantes cocoteros llenaban las islas que componían el estrecho.

La pasión de Norman de llevar el evangelio a los cientos de aldeas a lo largo de la costa crecía constantemente. A menudo, cuando el barco de la misión navegaba por las aguas a través del estrecho, la tripulación se reunía para el culto. Sus cantos armoniosos vibraban sobre las aguas hacia las aldeas. Norman rogaba:

–Señor, por favor, abre nuestra obra en estas aldeas para que todos los que vivan allí puedan tomar la decisión de aceptar la invitación de Jesús de vivir con él eternamente.

A medida que el barco pasaba por cada aldea a lo largo de la costa, observaban el humo de cientos de fogatas que ascendían hasta el cielo azul. En una aldea en especial, cerca de la costa, un árbol excepcionalmente grande captó la atención de Norman. Cuánto anhelaba ir allí a la aldea cercana con el evangelio. Poco sabía que rápidamente su oración sería contestada.

El Marara atracó en el muelle de Tulagi. El viaje desde Kopiu a Tulagi les había llevado casi todo el día. El sol estaba bajando en el cielo cuando la tripulación se reunió en la proa del barco para comenzar su culto vespertino. Como de costumbre, sus armoniosas voces retumbaban en el puerto y muchos aldeanos se paraban a escuchar las palabras de los himnos.

Temprano a la mañana siguiente, antes de comenzar las activi-

dades diarias, el dulce sonido de la tripulación entonando cánticos evangélicos resonaba nuevamente sobre las aguas. Después de cantar, Norman oró, suplicándole a Dios que envíe al Espíritu Santo para abrir el camino a las aldeas no penetradas de Guadalcanal. Sin que Norman ni la tripulación lo supieran, mientras realizaban el culto matutino y el vespertino, un hombre solitario se escondía en las sombras de los árboles circundantes cerca del muelle. Por dos días, de tarde y de mañana, fue a escuchar los cantos. La mañana del tercer día, el 20 de octubre, el hombre ya no pudo contener más su curiosidad. Con timidez y mucho cuidado caminó hasta el muelle y se dirigió a Norman con este pedido:

–Por favor, Masta [el saludo de respeto], ¿puede venir a mi aldea? ¿Podría enseñarle a cantar a mi gente?

–¿Dónde está su aldea?

El jefe señaló al otro lado de las aguas, a la isla de Guadalcanal.

–¿Ve ese árbol grande? Yo soy el jefe de esa aldea. Su nombre es Koilotumaria. Mi nombre es Kaomane Mau.

El corazón de Norman dio un vuelco.

–Sí, me encantaría ir a su aldea –le dijo al hombre–. Por favor, espere aquí. Regresaré pronto.

Norman se apresuró a hacer los arreglos con el médico residente para que Ruby y los niños sean atendidos mientras él se iba. Entonces, con el jefe a bordo, zarparon para la aldea de Koilotumaria ubicada del lado sereno de la costa de Guadalcanal. Mientras conducía el barco, Norman continuamente agradecía a Dios por la oportunidad de entrar en esta primera aldea sotavento de la isla con el evangelio. ¡La música, con la bendición de Dios, había abierto la puerta!

Norman y la tripulación se quedaron esperando mientras el jefe Kaomane Mau desembarcaba para preparar a la gente para la llegada de un hombre blanco. Lamentablemente, todavía les embargaban recuerdos de negreros blancos que les habían robado a sus hijos. Sus corazones continuaban llenos de temor, desconfianza y odio por los blancos.

Cuando el jefe regresó, les hizo señas desde su canoa.

–Vengan.

Con entusiasmo, el misionero, la tripulación y el cocinero, Imbi, desembarcaron. Inmediatamente comenzaron a enseñarles himnos y coritos a los aldeanos. También colgaron los rollos de láminas en los árboles y les contaron historias de Jesús.

¡Pero ellos no sabían nada de Nghata! Él regía como el supremo sacerdote del diablo de todas las aldeas de la costa este de Guadalcanal. Ocupado en sus rituales matinales, verificó todos los fetiches de su poder en el morral. El hueso. La cabeza de una gallina, su sangre y las entrañas. Sí, ahora podía comenzar sus encantamientos. De repente, se le apareció el diablo con un mensaje especial.

–Nghata, hoy un hombre blanco vino a Koilotumaria. ¡Es peligroso! Causará desarmonía entre nuestra gente. Debes llevar la espada. Ve pronto y mátalo.

Siguiendo el canto de sus conjuros, Nghata tomó la espada negra de ébano. Ya había varias muescas en la empuñadura de la espada. Cada muesca representaba un asesinato ceremonial que Nghata había cometido por orden del diablo. Nghata partió inmediatamente porque debía caminar varias horas desde su aldea, Tenabui, hasta Koilotumaria. Pero sus pasos eran firmes. Su mente estaba resuelta. Estaba en una misión.

Nadie lo vio entrar en la aldea. Nadie lo vio deslizarse detrás de un arbusto donde se quedó escuchando los cantos. Mientras cantaban "Cristo me ama", el diablo llenó su corazón de odio y furia por el nombre de Jesús. Nghata oyó que el hombre blanco y su tripulación nativa les contaban historias de Jesús y de sus milagros de amor a los aldeanos. Los aldeanos escuchaban embelesados.

De repente, el poder horrífico de Satanás se apoderó de Nghata. Con un grito poderoso, interrumpió al narrador de las historias. Con la espada en alto, completamente poseído por el demonio, se precipitó en dirección a Norman para matarlo. Estaba loco de ira, consumido por el odio, la furia demoníaca y la fuerza. Solo unos pocos pasos los separaban cuando Norman rápidamente oró:

–Querido Dios, envía tu brazo poderoso de poder.

Esa oración detuvo a Nghata en sus pasos. Literalmente no se podía mover. Un aura de poder rodeaba al hombre blanco que él no podía penetrar. Instintivamente Nghata supo que enfrentaba una fuerza mucho más grande que la de Satanás.

Varios hombres fuertes de la multitud se abalanzaron, sujetaron a Nghata y le quitaron la espada. Ahora pudo volver a moverse, y mientras pateaba, forcejeaba y gritaba, los hombres lo llevaban a la rastra.

Durante tres días el misionero y la tripulación permanecieron en la aldea. Se corrió la voz a las aldeas vecinas. Cada vez más gente llegaba para escuchar los cantos. Lo mejor de todo era que escucharon hablar de un poderoso Guerrero llamado Jesús, más fuerte aún que el sacerdote del diablo. Este Jesús, ¿podría realmente traer paz y seguridad y acabar con la cacería de cabezas y las peleas?

En la mañana del tercer día, Norman se acercó al jefe con la noticia de que era hora de que él se fuera.

El jefe no estaba dispuesto a dejarlo ir.

–Por favor, quédese y enseñe a la gente a cantar y cuente más historias del libro con láminas de Dios –suplicó.

–Lo lamento –dijo Norman, y verdaderamente lo sentía–. Desearía poder quedarme, pero debo regresar a Tulagi. Mi esposa pronto tendrá un nuevo bebé y debo estar con ella y mis otros dos hijos –explicó.

El jefe no estaba dispuesto a darse por vencido por el momento.

–Entonces, por favor, Masta, deje a alguien aquí para que nos enseñe más –imploró.

Norman sacudió la cabeza. Después de suplicarle a Dios que abra estas islas para el evangelio, tenía que dejarlos para estar con su familia. Y necesitaba a toda la tripulación para hacer funcionar la lancha.

Justo en ese momento se adelantó el joven cocinero que acababa de llegar de una aldea pagana. Con apenas 16 años, Imbi dijo:

–Masta, yo parar.

Norman lo miró. No era posible.

–No, Imbi, no puedes parar [quedarte] –le dijo–. Conoces muy poco de las historias evangélicas de la Biblia. No puedes enseñarle a la gente.

Pero el muchacho discrepó.

–Masta, yo saber gran rollo de láminas. ¡Yo parar! [Yo entiendo las historias, permítame quedarme.]

Y así, aquella noche la lancha zarpó de Koilotumaria, dejando a Imbi, de 16 años, para enseñar a la gente el amor de Jesús con cantos e historias, usando el rollo de láminas de la Biblia. Al día siguiente, el 24 de octubre de 1932, un segundo hijo varón, Ervin, se sumó a la familia Ferris.

–No hay ninguna duda de que usted es el padre de este niño –le dijo el médico a Norman–, con tanto cabello oscuro y rizado.

El bebé Ervin se convirtió en un niñito tranquilo, satisfecho y feliz que trajo mucha alegría a la familia. Lo que ellos no sabían era que algún día Dios permitiría que él continuara la obra de su padre en las Islas Salomón.

Aunque Imbi lo ignoraba, en la aldea de Tenabui el diablo se le apareció nuevamente al sacerdote. Cuando Nghata comenzó sus conjuros matutinos, una voz le ordenó:

–Nghata, no pudiste matar al hombre blanco. Pero él dejó a un muchacho para que le enseñe a la gente. Toma tu espada y mátalo, ¡y no falles esta vez!

Inmediatamente, Nghata regresó a su casa del diablo y se preparó para ir a Koilotumaria una vez más. Pero de repente se sintió desesperadamente enfermo, tanto que pensó que moriría. Mientras estaba postrado en estado de delirio, se le apareció un ángel. Sobrecogido, el enfermo contempló a este ser de túnica blanca. Entonces oyó una orden enérgica:

–Nghata, no toques a quien Jesús ha designado.

Al revivir la extraña visita del ángel de luz, su mente comenzó a despejarse. ¿Por qué el poderoso Guerrero le envió un ángel mensajero? ¿Qué plan tenía el gran Dios para él? Casi inmediatamente ocurrió un gran cambio en este sacerdote del diablo. En su enfermedad suplicó:

–Fuerte Poder, ayúdame a abandonar mis caminos malvados. Anhelo aprender de este poderoso Guerrero, Jesús.

Allí postrado, Nghata se preguntaba: *¿Alguna vez me enseñará a hacer el bien y a no matar?*

Cuando se recuperó de su enfermedad, Nghata decidió hablarle al muchacho, Imbi. Este hombre orgulloso y cruel, ahora le suplicó humildemente al muchacho:

–Por favor, ven a mi aldea y enséñale a mi gente. Yo te cuidaré. No quiero seguir al ángel caído, Satanás, que me ordenó que te matara.

Imbi gustosamente compartió el amor de Jesús con la aldea de Nghata, y les contó todas las historias que sabía. También les enseñó a entonar alabanzas a Dios a Nghata y a su gente. Tiempo después, Norman volvió a viajar a lo largo de la costa. Pasó a visitar la aldea de Koilotumaria. ¡Qué diferencia!

Imbi corrió hasta su Masta. En inglés pijin le contó a Norman que había pedido que el Espíritu de Dios le ayudara a compartir su fe en todas las aldeas de ese lugar. Y ahora, en vez de cantos diabólicos, los cantos del amor de Jesús resonaban a través de la selva de mañana y de noche.

Lo mejor de todo fue que Norman tuvo el privilegio de bautizar a Imbi y al hombre que este llevó a Jesús, Nghata, el primer converso de esta región. Al igual que el apóstol Pablo en camino a Damasco, Dios convirtió a Nghata en un poderoso obrero para Dios. Ya no se asociaba con Satanás en su odiosa campaña contra Jesús. Mediante un ministerio apacible y paciente, los ángeles y el Espíritu Santo se movían en el corazón de Nghata. Se unía a los ángeles para compartir el amor y la compasión de Dios por estos aldeanos caídos e impíos.

Muchos meses después, Imbi se casó con una muchacha del lugar que había aprendido a amar a Jesús. El hijo de ambos, Imbi hijo, al crecer, continuó en el ministerio evangélico.

Este hombre que una vez estaba perdido, Nghata, se convirtió en misionero. Día tras día aprendía a amar más a Jesús. Aprendió que cuando Jesús lo lleve al cielo, él, Nghata, les contará a los ángeles una historia que ellos no conocen. Al no ser más un sacerdote del diablo, les contará a los mundos no caídos de qué manera Jesús lo transformó en un hijo de Dios.

Convertido por el Espíritu Santo, Dios utilizó a Nghata para levantar dos iglesias en la zona de Tambuti. Hoy, a lo largo de la costa de Guadalcanal, hombres, mujeres y niños, en 16 iglesias prósperas con más de dos mil miembros, entonan esos mismos amados cantos. Y mejor aún, Dios bendijo a la siguiente generación para abrir varias escuelas y un próspero colegio con internado donde los jóvenes obreros continúan capacitándose para servir al Dios de Nghata.

Capítulo 6

La rama quebrada

Cerca del fin del siglo XIX, un misionero que estaba de paso ancló su embarcación cerca de la costa de la Isla Rennell. No hizo ningún intento de desembarcar, pero dirigió a la tripulación con cánticos evangélicos. Fascinados, algunos muchachos de Rennell remaron con sus canoas hasta el barco y fueron invitados a subir a bordo para escuchar los cantos. En el corazón de un muchacho, Tapongi, el hijo del jefe supremo de la aldea, quedó implantado el gran deseo de aprender a entonar esos himnos y de conocer a ese Dios. Sentado en la cubierta de esa embarcación pequeña, experimentó una paz y un gozo que nunca olvidó.

A medida que crecía, con frecuencia pensaba en ese Dios amante, aquel de quien cantaban esos marineros. ¿Alguna vez aprendería sobre ese "Cristo me ama" que parecía tan diferente de los dioses diabólicos que su pueblo adoraba?

Años más tarde, después de que el joven Tapongi se convirtió en el jefe de la aldea, un astuto sacerdote del diablo llegó a la gente con mentiras perversas. Primero, presumía ser Jesús. Luego mintió, al declarar que un ángel brillante se le apareció con un mensaje horrífico:

–Debes matar a todos los hombres casados y a todo hombre que tenga una cicatriz en el cuerpo.

Los sencillos aldeanos creyeron en estas mentiras del sacerdote

del diablo. Como la aldea tenía escasez de mujeres, los hombres solteros comenzaron a asesinar a los casados para quedarse con sus esposas.

El joven jefe Tapongi, ahora el jefe supremo, odiaba estas ideas diabólicas y ansiaba encontrar la forma de acabar con estos asesinatos absurdos. Se dio cuenta de que necesitaba ayuda para gobernar a su pueblo con sabiduría. ¡Si tan solo pudiera encontrar a un misionero que conociera a este Dios de amor! Tal vez el misionero podría contactarse con este Dios poderoso que podría detener el odio, las peleas y los homicidios entre sus tribus.

Así que el jefe Tapongi ideó un plan. En secreto, llevó hasta la playa a un muchacho de confianza llamado Panio.

–Toma tu canoa, ve a las islas vecinas y encuentra a un misionero que pueda enseñarle a mi gente a cantar los himnos del hombre blanco –instruyó al muchacho–. Encuentra a alguien que le hable a mi pueblo acerca de un Dios que tiene el poder del amor. Aquí hay una rama. La quebraré por la mitad. Yo me quedaré con una mitad de la rama y tú debes darle al misionero la otra mitad. Entonces, cuando él venga y empalmemos nuestras ramas, sabré que es el hombre apropiado.

Panio remó durante cuatro días, siguiendo las nubes que pensó que lo conducían a una isla. Pero no tenía ningún conocimiento de las corrientes oceánicas que lo arrastraban cada vez más lejos en el mar. Sin comida ni agua, se desesperó. Sin embargo, el Dios que él no conocía, velaba sobre el muchacho de la canoa que había sido enviado para encontrar un poder más fuerte que el diablo.

Todo esto sucedió en 1932. Poco después de la partida de Panio, un barco velero en busca de agua hizo contacto con la Isla Rennell. Esta isla remota está a 240 kilómetros al suroeste de Tulagi, que en ese entonces era la ciudad capital de las Islas Salomón. El mercader, que también era capitán del barco, se encontró con el jefe supremo, Tapongi, cuya tribu vivía en el distrito del gran Lago Tagano en la Isla Rennell. Después de obtener agua, el mercader continuó hasta su destino, Tulagi. A muchos kilómetros de tierra firme vio al muchacho

en la canoa solitaria y lo subió a bordo. Con traducción, el mercader se enteró de la rama quebrada y del pedido de ayuda del jefe Tapongi.

–Conozco a un solo hombre que puedo recomendar –le dijo el mercader al muchacho–. Si lo puedes encontrar, puedes confiar en que él ayudará a tu jefe y a tu pueblo.

Una vez más, Dios estaba al mando. Él dispuso que Norman Ferris tuviese que hacer un viaje a Tulagi al mismo tiempo que llegaba el mercader. El hombre lo reconoció.

–Tengo a bordo a un muchacho llamado Panio de la Isla Rennell –le contó el mercader a Norman con cierto entusiasmo–. Su jefe lo envió a buscar a un misionero que pudiera ir a enseñarle cantos evangélicos a su tribu y una mejor manera de vivir. Cuando te vi, le dije al muchacho que tú eres el misionero blanco que iría a establecer una misión en su aldea. Ven a mi barco para conocerlo.

Gustosamente, Norman acompañó al mercader. Traducción mediante, el mercader le dijo al muchacho que había encontrado al misionero apropiado que iría a cumplir el deseo de su jefe. No bien Panio entendió, se precipitó a la bodega del barco y regresó con una rama de forma irregular que parecía estar quebrada a la mitad. Con mucho sentimiento, Panio le rogó al misionero Ferris que visitara pronto a su gente. Le entregó la rama quebrada con estas palabras:

–Entregue esta rama al jefe Tapongi. Él sabrá que Panio lo envió.

Algunos meses después, Norman recibió permiso del gobierno para visitar Rennell. Aunque ningún misionero podía permanecer en la isla, el gobierno le otorgó permiso para que los nativos dejaran la isla para recibir educación. No obstante, estos debían regresar para enseñar a su pueblo.

Tan pronto como pudieron, Norman, Panio, el pastor L. S. Borgas y la tripulación de la lancha hicieron su primera visita a la Isla Rennell. Con muchas oraciones suplicando que pudieran recibir una recepción favorable de parte de la gente, desembarcaron en la playita de arena donde había una casa del diablo construida cerca de la playa.

Pronto se acercó un hombre alto de aspecto real. Vio a Norman y vio a Panio.

–Soy el jefe Tapongi –le anunció a Ferris–. También soy sacerdote del diablo. ¿Usted es ese misionero?

El jefe sacó a la vista media rama. Inmediatamente, Norman metió la mano en la bolsa que llevaba y sacó la rama quebrada que el muchacho le había dado. Tapongi la examinó con atención, asintió con la cabeza y sonrió.

–Venga hasta el lago y a mi aldea. Mi gente estuvo esperando y ansiando que venga un maestro.

Norman se emocionó al encontrarse con un grupo amigable de hombres polinesios bien robustos de 1,80 metros. Muchos hombres fuertes, guardaespaldas del jefe, llevaban manojos de espadas largas y garrotes. Hombres y mujeres por igual tenían muchos tatuajes en el cuerpo.

Norman descubrió que esta gente tenía un conocimiento vago del "gran Maestro de arriba" (Dios del cielo). Todos recibieron a los visitantes con sonrisas. El jefe Tapongi explicó:

–Durante mucho tiempo he deseado aprender a cantar esos himnos que escuché de niño. Ahora estoy envejeciendo. Quiero que mis hijos tengan el cumplimiento de mis esperanzas.

El jefe los llevó por un sendero trillado y resbaladizo. Podían ver el lago interior, de 16 kilómetros de largo y cinco de ancho. Finalmente llegaron a la aldea a orillas del lago. El jefe los invitó a pasar a su casa, a la que entraron gateando por la puerta baja y se sentaron en el piso. Moa, uno de los hijos del jefe que hablaba buen pijin, actuaba como el principal interlocutor. Este joven suplicaba fervientemente por un maestro.

–Cinco meses usted volver. No olvidar a nosotros. Volver rápido tiempo.

El gobierno todavía no permitía que ningún maestro, ya sea blanco o negro, permaneciera en la isla más de un día. Pero el jefe sí permitió que cinco muchachos de la Isla Rennell fuesen con Norman Ferris para aprender a leer y a cantar, y para que se les enseñase acerca de este Dios de amor. Con intensa emoción, el jefe Tapongi permitió que su hijo mayor y Moa se unieran a los otros mucha-

chos, confiando en que Norman los llevaría a la Escuela de Batuna a mucha distancia, en las islas Nueva Georgia, y los mantendría a salvo.

Moa rápidamente adquirió conocimiento del inglés y del marovo. Con ayuda tradujo treinta himnos al idioma de Rennell, que luego fueron impresos. Podría leerlos y cantarlos cuando regresaran a Rennell. Lo mejor de todo fue que Moa entregó su corazón a Jesús. Cuando Norman vio el amor ardiente de Moa por Jesús, oró para que este joven inteligente llegara a ser un misionero para su pueblo. Al llevar a estos muchachos de vuelta a Rennell cinco meses después, Norman oró con ellos para que se mantuvieran fieles al Dios Creador. Él tuvo que dejar la isla antes de la puesta de sol, pero cuando partió, algunos otros muchachos fueron con él hasta la escuela. Con el tiempo, 16 de los muchachos de la Isla Rennell fueron a la escuela misionera.

Sin embargo, cuando Moa regresó de Batuna al ambiente pagano, pronto perdió su contacto con Dios. Dejó de orar y de leer el librito de Dios que una vez amaba. Cuando su relación con Jesús comenzó a morir, fue atraído una vez más a la adoración demoníaca. Se volvió loco, y se unió a otros jóvenes malvados. Siguió a los sacerdotes del diablo y por un tiempo utilizó sus talentos de liderazgo para pelear y matar.

Pero Dios oyó la oración de fe de una familia de jóvenes misioneros en Guadalcanal. A Dios le encanta combinar su poder sobrenatural con las oraciones persistentes de sus hijos. Él escoge conceder aquello que no impartiría si no se lo pidieran. Un día, mientras Moa y su esposa trabajaban en la huerta, oyeron una voz que llamaba:

—¡Moa! ¡Moa!

Miraron en todas direcciones pero no vieron a nadie, así que volvieron a trabajar.

Una vez más, Moa oyó su nombre, y nuevamente respondió, pero al mirar alrededor no vio a nadie. Pero de repente quedó anonadado por un poderoso anhelo, un deseo intenso de servir a Jesús. Allí mismo, en la huerta, Moa y su esposa cayeron de rodillas y de-

cidieron servir a un Maestro y seguir la misión del sábado. Aquella noche en un sueño, Moa vio que Jesús le hablaba.

–Aunque ningún misionero puede venir a estas islas, te envío a ti para fortalecer a tu pueblo en el amor de Dios –le dijo Jesús–. Cuando ellos hayan elegido servirme a mí, entonces ve a Bellona y cuéntale a la gente la historia de amor de Jesús por ellos. Enséñales a adorar al Dios Creador.

Cuando Moa se levantó, despertó a su esposa y le contó el sueño. Ella inmediatamente prometió unirse a él y apoyar con nobleza a su esposo y al verdadero Dios.

Al día siguiente, Moa comenzó a hacer obra misionera en su aldea, empezando con su hermano, Tekehu.

–Mi hermano, el Espíritu de Dios me mostró en su libro de la Biblia que los cristianos deben separarse de los antiguos adoradores de demonios. Debemos crear una nueva aldea a cierta distancia. Debemos construir casas junto al lago, bien lejos para que nuestros hijos no tengan fácil acceso a ninguna aldea pagana. ¿Irás conmigo?

La nueva aldea de Moa, llamada Hutunga, se convirtió en un modelo de pulcritud y orden. En el centro de un complejo limpio construyeron una iglesia. Los nuevos conversos se sumaron a él para cincelar el piso de piedra caliza. Con alegría por el Dios que habían encontrado recientemente, trabajaron mucho para alisarlo y darle el efecto de cemento terminado. Esculpieron asientos con enormes troncos resistentes a los insectos. Juntos, le dieron forma a las vigas que sostenían el techo de la misma madera hermosa que daba la apariencia de cedro. La paja demostró ser el mejor material disponible para techar.

Alrededor de la plaza estaban los prolijos hogares de la gente. Como no existía dinero en la Isla Rennell, Moa y sus ayudantes planificaron una característica interesante para su aldea, una casa de diezmo, el lugar donde guardaban sus diezmos y ofrendas. A la orilla del lago, Moa construyó su casa. Pintó un cartel en una caja que decía: "Sede de la Misión Adventista del Séptimo Día, Hutunga, Isla Rennell".

Moa y su esposa llegaron a ser una demostración viviente de lo que el Espíritu puede hacer y hará para preparar un pueblo para la venida de Jesús. Ellos mostraron su amor por Dios, al confiar en que él los ayudaría a guardar los mandamientos. Uno por uno fueron trayendo a otros a su aldea para enseñarles los caminos de Jesús. Moa y su esposa se convirtieron en un espectáculo en su isla para los ángeles y para los hombres, porque su vida glorificaba y honraba a Dios por sus buenas obras. Entonces, Moa se aventuró a ir a otras aldeas circundantes. Cuando estas aprendieron de Jesús, fue más lejos para compartir el amor de Jesús con la humanidad.

Desdichadamente, continuaban las normas gubernamentales de restringir las visitas de personas de afuera, ya que los aldeanos se habían contagiado de enfermedades introducidas por barcos de paso. Pasaron varios años más sin que Norman tuviese ningún contacto con Rennell, pero él y otros continuaron orando para que Dios abriera un camino para llevar más verdades evangélicas a estas personas. Algunas cartas comenzaron a filtrarse con noticias de la obra misionera que Moa y otros hacían por el amor de Dios. Finalmente, cuatro muchachos de Rennell viajaron a través de los mares abiertos en una canoa para pedir ayuda. Cuando los funcionarios del gobierno fueron a Rennell a investigar, Moa hizo una fuerte protesta para que nadie tratara de controlar el bienestar espiritual de su gente. Estos funcionarios descubrieron que Moa y sus ayudantes habían compartido regularmente su fe y su amor por Jesús, porque gran cantidad de personas en ambas islas afirmaban pertenecer a la Misión Adventista del Séptimo Día.

Un día, Norman recibió una carta de Moa donde le rogaba que fuese a visitarlos. Cuando el comisionado leyó la carta, dijo:

–Ya no podemos mantener aisladas a estas personas. Debemos hacer algo para ayudarlas.

Así Dios abrió el camino para que Norman vaya a Rennell.

Cuando ancló cerca de la playa Tahuggo, la primera persona en recibirlo fue Panio. Él estaba allí en su canoa; ahora ya era todo un joven. Cuando vio a Norman, gritó su bienvenida.

–Oh, Maestro, corazón tener mi lleno mucho. Yo no poder hablar. Mi compañero orar mucho Jesús, sol salir, sol bajar. Yo agradecer él gran Maestro de arriba. Él escuchar oración tener mi compañero.

¡Sí, muchas oraciones y alegrías se elevaron desde Rennell! ¡Sus misioneros habían llegado!

Más adelante, un ángel volvió a hablarle a Moa.

–Ahora debes ir a Bellona –instruyó a Moa–. Destruye todos los dioses demoníacos de madera y de piedra. Enséñale a la gente sobre el Dios Jesús que viene pronto. Muéstrales cómo vivir para que ellos puedan ir al cielo con él. Cuando hayas destruido la adoración demoniaca, construye iglesias para una nueva clase de adoración con cantos del evangelio e historias bíblicas.

Moa reunió a algunos otros jóvenes que habían ido a la escuela misionera de Batuna y que todavía seguían a Jesús. Partieron en sus canoas para ser misioneros en la isla de Bellona, a unos 27 kilómetros al noroeste.

Resuelto a no libertar a sus cautivos, inmediatamente Satanás se propuso dificultarles la vida a estos muchachos. La tensión aumentó. Cuando Moa atravesó parte de la isla destruyendo todos los dioses demoníacos de madera y de piedra, trescientos hombres se reunieron y decidieron que debían matar a Moa. Probablemente Tiekika (Truenos y Relámpagos) se unió a estos trescientos guerreros furiosos al avanzar precipitadamente hacia el misionero, demandando venganza por lo que había hecho.

Rodeado de gritos, rostros airados, garrotes y lanzas, el joven misionero supo que enfrentaba la muerte. Recordó el coraje que había visto cuando Norman Ferris se mantuvo firme y sin miedo ante estos mismos guerreros y su líder, Tiekika, y Moa elevó una urgente plegaria a Dios.

Sin más, el poder del Espíritu Santo descendió sobre él. Valientemente dio un paso al frente y habló con coraje.

–El poder de Jesucristo es más fuerte que el poder de Satanás –dijo con voz fuerte–. Desafío al diablo a salir de Bellona.

Instantáneamente, los guerreros se tranquilizaron. Dejaron sus armas en el piso. Sin resistencia observaron que Moa subió hasta una gran cueva que aseveraban que era la morada del diablo. De repente, un cangrejo blanco muy grande salió hasta la boca de la cueva. De la boca del cangrejo salieron estas palabras:

–Moa, tú tienes la mitad de la isla, pero dame la otra mitad.

–¡No! –respondió Moa–. En el nombre de Jesucristo a quien adoro y a quien sirvo, tú, dios demoníaco, sal de la isla completamente.

Moa recordaba la historia bíblica de los cerdos mientras él y los guerreros observaban caminar al enorme cangrejo blanco sobre el borde del acantilado, saltar al mar y desaparecer. Entonces, justo delante de ellos, Moa rompió una de sus piedras diabólicas sagradas.

Nuevamente, locos de ira, tomaron sus lanzas y danzaron alrededor de él, vociferando amenazas de matarlo. De repente, como silenciados por un poder desconocido, los hombres se sentaron y las lanzas cayeron al suelo. Moa declaró:

–*Yo no tener miedo. Yo hacer obra para Jesús. Yo morir. Yo listo.*

Moa se paró ante la turba aquietada.

–Ustedes vieron que un poder invisible condujo al cangrejo blanco del diablo hasta el acantilado –comenzó–. El poder de Jesús, el Dios Creador, hizo que se fuera. Toda su vida han seguido el horrible poder de este terrible ángel malvado, el diablo. Él los odia y los hace hacer cosas malas. Ustedes no son felices. Ahora los ángeles buenos vendrán a Bellona. Cada uno de ustedes tiene un ángel fuerte y poderoso. Él les hablará a su mente y les dirá cosas buenas. Tendrán paz y gozo. Los ángeles buenos sirven al Dios que sana sus enfermedades, que hace que sus huertas crezcan y los protege cuando salen a pescar en el mar agitado. Cuando el diablo viene a lastimarlos, si ustedes claman: "Ayúdame, Dios del cielo", él viene inmediatamente y el diablo debe huir.

Moa continuó:

–Jesús me dijo en un sueño que viniera a enseñarles cómo vivir una vida feliz. Si ustedes le permiten, él los preparará para vivir con el Dios eterno. Ahora, ¿decidirán ustedes depender del poder del

Dios del cielo para que los guíe? Él nunca los dejará ni los abandonará. Pero nunca los forzará como lo hace el diablo. Ustedes deben elegirlo cada día. Pueden conocer el amor de Jesús. Pronto él vendrá y los llevará a vivir en su hogar maravilloso llamado cielo. ¿Quieren entregar su vida a este Dios maravilloso?

Moa hizo una pausa para que piensen. Finalmente, comenzaron a hacer preguntas. Lentamente captaron el amor incomparable de Jesús como lo muestran su muerte y su resurrección, de las que Moa les había hablado. Mientras escuchaban, comenzaron a ver la fealdad del culto demoníaco contrastado con la belleza de adorar a un Dios de amor. Esta nueva forma de vida les parecía buena. Cuando Moa discernió su cambio de actitud, comenzó a trazar planes para construir iglesias en las diferentes aldeas.

Después de siete semanas de testificación, los muchachos de Rennell informaron que todos los de Bellona habían abandonado sus prácticas paganas. Sí, incluso Tiekika (Truenos y Relámpagos) entregó su corazón orgulloso a Dios. Es verdad, tuvo lapsos en los que desafió el liderazgo de otros, pero sus demandas estruendosas entraban cada vez menos en erupción. Lentamente, permitió que Dios lo humillara, y se convirtió en un líder para Dios en su aldea.

Sin duda, durante este tiempo de conversión, los ángeles contemplaban con asombro a estos hombres caídos, en otro tiempo hijos de la ira. A través del poder de Jesús comenzaron a desarrollar caracteres de acuerdo con la vida divina de él. De ser rehenes en manos del diablo, ahora deseaban convertirse en hijos e hijas de Dios. Un día, cuando Jesús venga, ellos tendrán una parte importante en las ocupaciones y placeres celestiales. Incluso ahora, imagínense el gozo del cielo y de los mundos no caídos cuando los habitantes escuchan a estas queridas personas entonar cánticos de alabanza mientras adoran en sus ocho nuevas iglesias nativas. Día a día, al cooperar con los seres celestiales, Dios terminará lo que comenzó en la vida de estos cristianos belloneses transformados.

Capítulo 7

Chascos y victorias

¿Cómo hizo Dios para ayudar a Norman Ferris a supervisar tantos proyectos? ¿De dónde sacaba tiempo para aconsejar y dirigir a la creciente cantidad de líderes en las diversas islas, aldeas e iglesias sin descuidar a su familia?

Ya sea que su familia viajara con él en la lancha misionera o viviera en su casa en la Misión Kopiu, los niños siempre veían que Norman les demostraba bondad, amor y afecto a ellos y a su madre. Cada mañana y cada noche reunía a la familia para el culto. Cuando, con ternura, les contaba historias bíblicas de Jesús y su Padre, los pequeños se unían a su papá en esa misma preciosa relación. Siguiendo el ejemplo de su papá, ansiaban ser como Jesús.

Norman y Ruby hacían de médico y enfermera para su familia. Aunque no tenían formación médica, entendían la mayoría de las afecciones tropicales y cómo tratar los frecuentes ataques de malaria.

Un viernes de noche, Norma sufría muchísimo de dolor de muela. El sábado de mañana Norman la sentó en su falda.

–Lamento mucho, mi querida Norma, que te duela tanto –se compadeció–. No tengo ninguna anestesia local para mitigar el dolor. Pero seré tu dentista y te extraeré esa muela que te dolió toda la noche.

Le explicó que la muela estaba muy atrás de la boca así que no la extrañaría. La abrazó fuerte y añadió:

—Me siento triste de tener que hacerte doler tanto, pero no durará mucho.

Norma vio lágrimas en los ojos de su padre mientras la besaba. Cuando creció, se olvidó del dolor, pero nunca olvidó cómo su padre la llevaba en sus brazos después de quitarle la muela. En su memoria, todavía podía sentir la calidez de su gran amor.

Ese mismo amor y confianza cautivó a la tripulación de la lancha y a otros obreros y maestros nativos. Como se explicó anteriormente, un hombre, Kata Rangoso, llegó a ser un amigo íntimo y amado. Entonces, un día de 1936, llegó un mensaje especial de Australia para ambos.

El mensaje decía: "Kata Rangoso y el pastor Norman Ferris han sido elegidos como delegados al Congreso de la Asociación General de 1936 que se llevará a cabo en San Francisco, California. El pastor Ferris será su intérprete. Rangoso probablemente sea el primero de las Islas Salomón en desembarcar en los Estados Unidos".

Los líderes de la sede de la Misión sugirieron que, mientras Norman estuviese ausente, Ruby y los niños podrían regresar a la sede de Batuna. Ruby no estuvo de acuerdo. Ella le explicó a Norman:

—Preferiría quedarme aquí en nuestra casa. Vivir con otra familia con tres niños vivaces no me atrae. Además, si ocurre alguna emergencia, tenemos una lancha confiable y una tripulación atenta.

Mientras Norman estuvo de viaje, el secretario-tesorero, el pastor Barret y su esposa, Hilda, de tanto en tanto iban a ver cómo estaban Ruby y los niños. Una de esas veces llegaron en viernes. Con la casa limpia y la comida hecha, la niña de la casa había cortado un encantador ramo de orquídeas y lo llevó adentro. Todo estaba inmaculado. Ruby recibió a sus amigos y todos anhelaban pasar un feliz fin de semana.

Entonces, sin previo aviso, la casa comenzó a sacudirse. Las flores de hibisco en el estudio se estrellaron contra el piso encerado. Todos los frascos de medicamentos del baño se cayeron y se rompieron, y el contenido de ellos corría como un arroyo. La leche que estaba en una olla sobre la cocina se derramó. ¡Otro terremoto en

Guadalcanal dejó su casa hecha un terrible desorden!

Afuera, la tierra parecía subir hasta la colina en forma de ondas. Una y otra vez, la familia Ferris salía de su casa corriendo por seguridad a medida que los temblores continuaban sacudiendo todo. Después de cada temblor venía una marejada que arrasaba con todo lo que estaba al borde del agua.

Poco después del terremoto, Ruby recibió noticias de Norman, enviadas cuando su barco atracó por un día en Fiji. Contaba de un feliz reencuentro de obreros, pero mencionó que la fiebre tifoidea proliferaba en Suva, Fiji. Muchos de los obreros que habían hecho planes de asistir al congreso de la Asociación General en California no pudieron ir debido a la enfermedad. El siguiente mensaje de Norman, esta vez desde California, decía que Rangoso estremecía a los oyentes con sus historias de los tantos milagros entre los excazadores de cabezas. Hablaba en marovo y Norman le traducía. Norman terminó la carta diciendo que sentía que tendría otro ataque de malaria.

La sede de la iglesia en Sidney, Australia, pronto se enteró de que los médicos habían internado a Norman en un hospital de San Francisco y le estaban dando copiosas dosis de quinina. Sin embargo, los síntomas empeoraban. Cuando comenzó con hemorragias, las pruebas dieron que no tenía malaria sino fiebre tifoidea. Pensando que sería mejor no preocupar a Ruby, decidieron mantenerla al margen de la situación.

No obstante, no tenían manera de saber que Norman le había escrito a Ruby desde el hospital. Su condición se volvió tan crítica que le había pedido a una enfermera que le escribiera una carta de "despedida" de su parte a Ruby y a los niños.

Esta carta llegó en un buque de carga la mañana en que Ruby y los niños desembarcaron en Tulagi para conseguir las provisiones mensuales. La sobrecogió una angustia increíble. Desesperada, envió un telegrama a Sidney. La respuesta fue: "Norman mejoró mucho. No te preocupes". Los mensajes iban de aquí para allá con mucha frecuencia, hasta que finalmente ella recibió la noticia de que él regresaría en el próximo barco disponible.

Mientras tanto, en San Francisco, Rangoso visitó a su querido amigo en el hospital.

–Pastor Ferris, nosotros hicimos planes de viajar por todos los Estados Unidos visitando muchas reuniones campestres en una gira de conferencias. Ahora los médicos me dicen que estarás en el hospital por al menos seis semanas. ¿Puedes darme algún consejo? ¿Qué debo hacer?

El pastor Ferris le extendió su mano delgada. Rangoso la apretó. Norman habló lentamente.

–Estoy muy decepcionado de perderme este gran privilegio. No conozco a nadie que hable el idioma marovo. ¿Estarías dispuesto a hacer esta gira sin un intérprete? No debes decepcionar a tanta gente que espera con ansias conocerte y escuchar lo que Dios está haciendo por tu gente.

–¿Tú dices que debo hablar en inglés frente a grandes audiencias? –Rangoso lo miró asustado.

–Veo que el inglés que hablas mayormente es el inglés de los manuales. Sin embargo, lees muy bien el idioma. Estoy seguro de que Dios te ayudará a expresarte con claridad. Él permitirá que te adaptes a cada situación. Confía en él, Rangoso. Dios tiene poder para hacer grandes cosas por medio de ti.

Finalmente Rangoso le dijo a Ferris:

–Sé que nunca podré hacerlo sin su ayuda divina. Pero recuerdo que citaste la promesa: "Sus mandatos son habilitaciones". Por favor, ore constantemente para que Dios bendiga mis débiles esfuerzos.

Seguro de las poderosas oraciones de su amigo, Rangoso accedió a viajar sin su ayuda mientras el pastor Ferris se recuperaba en California. Más adelante, Rangoso admitió a su querido amigo:

–Los Estados Unidos se convirtieron en una gran escuela para mí. Dios utilizó tu enfermedad para fomentar la obra en las Islas Salomón. Como tenía que hablar en inglés, Dios usó esto para mejorar mi conocimiento del idioma. Sé que esto me hará un mejor traductor de la Biblia a mi idioma.

Varios médicos examinaron a Norman cuando finalmente llegó a

Sidney y luego le transmitieron su conclusión.

–Pastor Ferris, coincidimos en que es muy desaconsejable que usted regrese a los trópicos por el momento, y le aconsejamos que se quede en Sidney por seis meses para recuperarse. Sugerimos que su esposa y sus hijos regresen a Sidney para estar con usted.

¡Qué alegría volver a ser una familia! El progreso parecía lento mientras permanecían en una hostería proporcionada para esas emergencias, pero finalmente los médicos lo liberaron. Ahora que podía volver a trabajar, la junta misionera tenía nuevos planes para él.

–Queremos que dedique mucho tiempo a visitar y ayudar a varios puestos misioneros en los alrededores de Guadalcanal. Desgraciadamente, se tendrá que volver a separar de su familia. Como su esposa está esperando el cuarto bebé, sugerimos que ella y los niños permanezcan en Sidney hasta después que nazca el bebé.

El 6 de julio de 1937, la bebé Marilyn Francis se sumó a la familia Ferris. Muy interesado en las misiones y en la manera en que Dios bendecía a esta familia misionera, el médico de Ruby preguntó:

–Señora Ferris, ¿cuál es la mayor necesidad en su puesto misionero? ¿Hay algo que podamos hacer para que su vida sea más cómoda?

–Doctor –respondió Ruby–, estoy llevando a este nuevo bebé a una casa sin tela metálica donde abundan los mosquitos de la malaria.

–Gracias por contarme su necesidad. Haremos medir su casa y pediremos las mejores telas metálicas que existan para que se adapten a todas las puertas y ventanas.

El médico sonrió cuando el rostro de Ruby se iluminó de alegría. Ella estaba entusiasmada.

–He vivido en los trópicos durante catorce años y nunca tuve esa comodidad.

Cuando el médico le dio el alta a Ruby y a la nueva bebé para regresar a las Islas Salomón, se encontraron con Norman en Tulagi. Toda la familia viajó junta a Batuna para asistir a las reuniones de la junta misionera. Al regresar a Guadalcanal en la lancha misionera, se toparon con una falla en el motor.

Después de desarmar todo, Norman descubrió que alguien había embutido hojas secas y machacadas de cocotero en el tanque de combustible en algún lugar donde la tripulación había dejado la lancha sin vigilancia. Antes del amanecer el problema estuvo resuelto.

Cansados de trabajar casi toda la noche, Norman y la tripulación exhausta se acostaron a dormir un rato mientras solo un hombre se quedó al volante. Pero Ervin, de cuatro añitos, había dormido toda la noche en el camarote y se despertó temprano. Se levantó, salió a la cubierta y se puso a hacer barquitos con cáscaras de coco, y las velas con hojas. Mientras su madre lo vigilaba, él repetía:

–Mira, mira. Mis lanchas navegan.

Justo en ese momento sacó la mano para balancearse de la cuerda tensora, sin saber que la habían quitado. Instantáneamente el pequeño Ervin se deslizó por la borda y cayó al mar.

–¡Ervin cayó por la borda! –gritó Ruby–. ¡Ervin cayó por la borda!

Pero los hombres que habían estado despiertos toda la noche, estaban profundamente dormidos. Orando frenéticamente, estaba a punto de saltar al agua para salvarlo cuando oyó a la distancia:

–¡Papá! ¡Oh, papá!

Con un agradecimiento inmenso, recordó que la niñera de Ervin en las Islas Salomón le había enseñado a nadar como perrito no bien pudo caminar. Esto le salvó la vida. Después de lo que parecieron años para la ansiosa madre, el capitán giró la lancha y regresó. Le arrojaron un salvavidas al pequeño Ervin y un miembro de la tripulación se tiró de cabeza y lo trajo de vuelta a la lancha.

Sí, la familia Ferris mantenía ocupados a los ángeles. Cuando Satanás causaba enfermedades y problemas, Dios continuamente escuchaba sus pedidos para enviar su poder. Jesús, su constante Compañero, siempre cumplía su promesa: "No te dejaré, ni te desampararé".

Capítulo 8

La Segunda Guerra Mundial y las Islas Salomón

Nubes de guerra se cernían sobre el horizonte. Los japoneses, en su arremetida en dirección al sur, se encaminaban hacia las Islas Salomón y los buques de guerra iban y venían por las aguas del Pacífico. El gobierno instaló estaciones de guardacostas alrededor de las islas. Cuando la situación se volvió más seria, los guardias de seguridad le aconsejaron a la familia Ferris:

–Envíen a sus hijos mayores a Australia por seguridad. En caso de emergencia, sus cargas serán menores que si tuviesen a sus cuatro hijos. ¿Tienen a alguien que pueda cuidarlos?

–Sí –respondió Norman–. La madre de mi esposa siempre está dispuesta a ayudarnos.

–Entonces los ayudaré a hacer los arreglos para que partan en el próximo barco hacia Australia. Por favor, contáctense inmediatamente con los abuelos de ellos.

Eso hicieron.

A medida que pasaba el tiempo, los japoneses continuaban conquistando en su arremetida hacia el sur. Entonces el gobierno de las Islas Salomón ordenó:

–Todas las mujeres y niños deben tomar el próximo vapor disponible a Sidney, Australia.

Había multitudes esperando en el muelle para abordar. Nuevamente Norman y Ruby tuvieron que separarse por un tiempo, con el corazón partido. Norman abrazaba a Ruby y a la bebé Marilyn, y se preguntaba cuándo volvería a ver a su querida familia.

Un ciclón amenazaba cuando el barco repleto zarpó de Tulagi. El barco se sacudía y daba tumbos con el fuerte oleaje, y muchos pasajeros se mareaban. Al sentir la necesidad de aire fresco, Ruby hizo un paseo rápido hasta la cubierta. En ese momento, un reflector detectó el barco y lo alumbró por todos lados. Ella entró corriendo y anunciando:

–¡Reflector! ¡Reflector!

Aún cuando el barco se revolcaba en altamar, llegó la orden:

–Reúnanse en el comedor. Lleven sus equipos de supervivencia.

La multitud heterogénea llevaba a los bebés en brazos, y baldes para contener el vómito. Todos parecían paralizados de horror, por temor a que un bombardero cayera sobre ellos en este mar espantoso. Después de lo que parecieron horas, el capitán llegó hasta ellos con la noticia:

–Pueden regresar a sus camarotes pero no utilicen ninguna luz. Un escuadrón australiano que se dirige hacia el norte para ayudar al gobierno de Singapur nos divisó.

Con gran regocijo llegaron a salvo a Sidney pocos días más tarde. Ruby le agradeció a Dios porque una vez más podía estar con sus hijos mayores.

La serie de victorias asombraba hasta a los mismos japoneses. Habían avanzado con éxito en su embestida en el Pacífico Sur. Después de que los japoneses bombardearon Pearl Harbor, Estados Unidos se unió a los Aliados. Con la velocidad de un rayo, los japoneses avanzaron hacia Malasia y Singapur. Rabaul cayó en manos de ellos el 25 de enero de 1942, lo que precipitó órdenes para que todos los hombres australianos abandonaran las Islas Salomón.

Cuando los misioneros partieron, la junta misionera adventista

escogió a Kata Rangoso para que quedara a cargo de los intereses de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Norman, obligado a abandonar su cómoda casa en Kopiu, dejó atrás todos sus muebles y pertenencias. Se preguntaba si los japoneses confiscarían todo eso.

En su apuro por huir de Guadalcanal, Norman había tomado por error una caja de mapas que había hecho de las rutas seguras a través de los peligrosos arrecifes y atolones alrededor de Guadalcanal. La Marina había oído hablar de ellos, y necesitaba esta información con urgencia. A su llegada a Australia, los funcionarios de aduanas se quedaron con los mapas.

La iglesia nombró a Norman director de jóvenes de la Asociación Australiana del Sur y lo envió con su familia a vivir a Adelaida.

Mientras tanto, el general Douglas McArthur, que tenía una oficina en Sidney, se enteró de estos mapas importantes e inmediatamente envió a un oficial, el capitán Hines, que conocía a Norman Ferris, a Adelaida con la siguiente orden:

–Localícenlo, intercéptenlo y tráiganlo a mi oficina lo antes posible.

Como la familia Ferris se había mudado a una casa totalmente amueblada fuera de la ciudad, no era conveniente que Ruby hiciera las compras, así que una mañana le dio a Norman una lista con algunas cosas anotadas que necesitaba.

–En la pausa del almuerzo –le dijo–, ¿podrías ir al almacén a conseguirme estas cosas?

Cerca del mediodía, el capitán Hines comenzó a buscar a Norman Ferris. Mientras caminaba por la calle, se detuvo frente a la entrada de un almacén y Norman salía.

–Bueno, Ferris, yo no creo en tu Dios, pero estoy seguro de que él organizó esta reunión. Por favor, haz arreglos con tu organización empleadora; despídete de tu familia y ven conmigo a Sidney para hablar con el general McArthur.

Durante sus viajes en lancha por las Islas Salomón, Norman se había topado con un arrecife que no figuraba en el mapa y había puesto una marca con lápiz alrededor de esa zona. Los mapas confiscados por los funcionarios de aduanas ya habían sido entregados al general

McArthur y estaban en sus manos. McArthur le informó a Norman que esta zona marcada en lápiz bien podría ser el lugar donde los estadounidenses planeaban combatir a los japoneses.

Los detalles de la conversación entre Norman Ferris y el general McArthur se han mantenido en secreto, pero el hecho es que Ferris debió compartir su conocimiento y experiencia para ayudar al general con los planes para el desembarco de los marines de los Estados Unidos en Guadalcanal, que ocurrió el 7 de agosto de 1942. Algunas semanas después, el general McArthur lo liberó y Norman regresó a Adelaida.

La batalla de seis meses por Guadalcanal fue una de las campañas más cruentas de la Segunda Guerra Mundial. Por temor a ser atacado, el gobierno australiano dio órdenes a los civiles en cuanto a los procedimientos a seguir en caso de que ocurriera una invasión en su continente. Desde las Islas Salomón llegaban las tristes noticias del intenso estrés de los nacionales, aunque sin ningún detalle, durante esos horribles años de guerra. Finalmente, después de que dos bombas atómicas fuesen arrojadas en Hiroshima y Nagasaki, los japoneses se rindieron en forma incondicional el 14 de agosto de 1945.

Debido a los problemas que afrontaban los obreros nacionales en las Islas Salomón y al amor que le tenía a esta querida gente, Norman solicitó regresar para brindar ayuda y seguridad a los que habían sufrido durante la invasión japonesa. Renunció a su cargo en Adelaida, buscó una casita cerca del Colegio de Avondale, en Cooranbong, para su familia, y subió a bordo de un buque de transporte de tropas que se dirigía a Bougainville. De allí se abrió camino hasta la Laguna Marovo donde se encontró con su viejo amigo Kata Rangoso.

–Por favor, ¿puedo contarte del cuidado protector de Dios durante la guerra? –preguntó Rangoso con una sonrisa–. Pasaron muchas cosas desde que te fuiste.

–Sí, por favor –dijo Norman–. Estoy ansioso por saber todo lo ocurrido mientras estuve afuera, e impaciente por volver a ver a nuestra querida gente. Si tan solo tuviésemos una lancha para poder visitar a todos los obreros fieles que lucharon y soportaron tanto durante estos tres años.

Capítulo 9

Los soldados de Dios en acción

Rangoso apretó la mano de Norman.

–¿Te diste cuenta de que hace apenas veinte años yo era un muchacho pagano que adoraba al diablo, cuando por primera vez conocí a un misionero blanco? La responsabilidad que recayó sobre mí cuando se fueron todos los misioneros me habría agobiado si no hubiese sabido que la gracia de Dios es suficiente. Con los japoneses tan cerca, sabía que debía actuar rápidamente, así que llamé a todos los líderes nacionales para que vinieran a Batuna. "Debemos hacer planes de trabajar juntos y depender totalmente del Señor", les dije.

–Estoy seguro de que Dios te dio mucha orientación y mejoró tu talento natural para la organización –interrumpió Norman.

–Dios realmente me ayudó, vez tras vez –continuó Rangoso–. Cuando Pana, mi sobrino, y Jimaru, mi hermano menor, llegaron con muchos otros, nos reunimos en la iglesia y oramos fervientemente pidiendo sabiduría y dirección. Así que antes de que los japoneses desembarcaran en nuestras islas, hicimos planes para construir edificios en la profundidad de la selva, bien escondidos y accesibles solo para los que conocemos bien la selva. Allí pudimos esconder todos los equipos móviles y las mercaderías. Segundo,

ocultamos los botes que quedaban río arriba. Los muchachos los camuflaron con follaje, hojas de palmera y ramas.

–Después, preparamos equipos de primeros auxilios para atender a los heridos y los moribundos. Dábamos clases para enseñarles a todos a entablillar huesos quebrados y a coser heridas con una espina como aguja e hilo de rafia como sutura. Debimos organizar grupos de exploradores para divisar y buscar aviadores cuyas aeronaves fueran derribadas. Hicimos canoas preparadas para rescatar a los marineros que sobrevivían cuando los barcos se hundían. Solo mediante la conducción de Jesús pudimos tener éxito en llevar salud y amor cuando todo lo que enfrentábamos alrededor era odio y muerte. Después de orar fervientemente, regresamos a nuestras islas resueltos a ser embajadores para Dios.

–Los japoneses desembarcaron poco después de que Pana y Jimaru llegaran a sus casas –continuó Rangoso–. Ellos huyeron con sus familias, caminando río arriba por el lecho de los ríos para no dejar rastros. Construyeron refugios temporarios en lugares apartados. Mientras tanto, los japoneses desmantelaron el hospital bien equipado que Pana había administrado, llevándose las maderas y el hierro galvanizado para recubrir las trincheras y las zanjas que cavaron a lo largo de la playa. Los japoneses destruyeron nuestra iglesia y las huertas, e incendiaron nuestras casas. Y sin embargo, cuando nuestra gente afrontaba hambre, encontraban huertas en la selva y se sentían seguros de que Jesús había enviado ángeles para plantarlas meses antes.

–Un día, Jimaru y sus hijos encontraron un avión incendiado, una botella de agua y otros equipos, pero no había rastros del piloto. Entonces miraron para arriba y vieron a un hombre suspendido en las ramas a doce metros de altura que colgaba de las sogas del paracaídas. Juntos apilaron un gran montículo de helechos y hojas y Jimaru gritó: "Usted bajar árbol largo". Finalmente, el asustado aviador decidió soltarse del arnés. Tenía un brazo quebrado y varios cortes profundos en el rostro.

–Utilizando una camilla primitiva, lo transportaron durante ho-

ras hasta la cueva donde se escondían. Sus heridas profundas ni siquiera le permitían comer banana pisada, así que los hombres y los muchachos buscaban huevos de aves. Los mezclaban con leche de coco y hacían una bebida nutritiva que podía tragar. Entonces Jimaru le dijo: "Si usted querer vivir, yo hervir agua en esta cáscara de coco, esterilizar esta espina y hacer hilo con esta parra. Por desgracia, no tener nada para hacer dormir usted. Primero, debo hablar a Dios para pedir dar usted fuerza para soportar dolor".

–"Adelante", consintió el aviador. "Quiero vivir". Aunque gritaba de agonía, se quedó dormido cuando Jimaru terminó.

–Varios días más tarde, después de que Pana le acomodara el brazo, soportó el escabroso viaje a través de las líneas de avanzada del enemigo hasta un hospital estadounidense cerca de la base aérea.

Norman puso su mano en el hombro de Rangoso.

–Alabo a Dios por tu liderazgo en esta obra espléndida. Ahora, por favor, cuéntame qué pasó aquí en la Laguna Marovo.

–Un mensajero llegó con la noticia de que un enorme barco japonés llegaría pronto, así que un comandante británico ordenó a sus hombres que huyeran usando las lanchas de la Misión. Los motores de dos lanchas arrancaron inmediatamente, pero el motor temperamental de la *Portal* se negó a arrancar. Nosotros oímos la orden: "Derramen combustible sobre todo y préndanle fuego para que los japoneses no se la lleven". Inmediatamente un muro de llamas rugió hasta el tope del mástil. El comandante nunca se enteró de que los isleños cristianos caímos de rodillas y rogamos a Dios que salve nuestra amada lancha misionera.

–De repente, los que oraban vieron que algo así como una manta invisible sofocaba el fuego. ¡La lancha de Dios no se quemó!

–¡Alabado sea su nombre! –exclamó Norman–. ¿Dónde escondieron la Portal?

–Con la marea alta la empujamos hasta la boca de un pequeño arroyito, completamente camuflada con materiales de la selva.

Norman aplaudió de alegría.

–Los japoneses, ¿alguna vez encontraron la *Portal*? ¿Dónde está

la lancha ahora? ¿Cómo te trataron los británicos como líder?

–De a una pregunta a la vez, por favor –respondió Rangoso con una sonrisa.

Luego se puso serio.

–Lamento decirte que un oficial guardacostas británico que odiaba la religión me acusó de no cooperar cuando me negué a ordenarle a mi gente que trabajara en sábado y a portar armas. Me arrestó como traidor y me mandó a la cárcel. Me golpeó con crueldad una y otra vez. Y luego, en su furia demente, le ordenó a un soldado que me pegue un tiro, pero el arma no disparó. Frustrado, me golpeó con la culata de su arma hasta que, en carne viva y sangrando, me desmayé. Cuando desperté, los soldados nos regresaron a la prisión a mi amigo Londi y a mí a punta de pistola. El oficial nos dijo que nos obligaría a esperar que pase la guerra en prisión.

–Durante este tiempo, los cristianos de la zona de Marovo enviaron mensajes con tambores llamando a todos los creyentes a orar por nosotros –continuó Rangoso–. Extrañaban a sus líderes encarcelados a quienes amaban. Entonces, poco antes de medianoche, el 29 de mayo de 1943, un hombre alto con un manojo de llaves se acercó hasta la entrada de la prisión, destrabó el candado, abrió el portón y llamó: "¡Kata Rangoso, ven aquí! ¡Londi, ven aquí!".

–Fuimos hasta el portón. Tomándonos del brazo, el hombre nos sacó afuera, cerró y trabó la puerta y nos condujo por el sendero hasta la playa. Escuchamos lo que nos pareció un silbido. En un instante, una canoa se aproximó hasta la orilla. En la embarcación nos encontramos con nuestros amigos. Ambos nos dimos vuelta para agradecerle al hombre que nos liberó, pero no estaba allí. A la luz de la luna recorrimos el sendero con la mirada por casi cien metros, pero no pudimos ver a nadie.

Norman citó una promesa favorita: "Forma parte del plan de Dios concedernos, en respuesta a la oración hecha con fe, lo que no nos daría si no se lo pidiésemos así" (Elena de White, *El conflicto de los siglos*, p. 515).

–Antes de que mis heridas de la prisión se sanaran, organicé

vigilantes cada ocho kilómetros a lo largo de las costas de la isla para buscar aeronaves y buques de guerra. Ellos me traían informes en forma regular. Inmediatamente yo enviaba hombres para localizar a los sobrevivientes y atenderlos.

-Nuestros obreros siempre alimentaban a los sobrevivientes con su magra provisión de comida. Una vez los japoneses torpedearon un buque de guerra que transportaba a 187 soldados australianos y neozelandeses. Envié muchas canoas a rescatar a los que todavía nadaban en el océano. Los alimentamos y los cuidamos hasta que un operador de radio localizó otro buque de guerra para subirlos a bordo.

Ferris no podía dejar de interrumpir.

-Puedo escuchar al rey Jesús decir a todos ustedes: "Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis" (Mat. 25:34, 35).

-Pero algunos de nuestros maestros fieles pagaron un precio muy alto por su dedicación en el rescate de personal militar aliado -dijo Rangoso con tristeza-. ¿Recuerdas a Deni Mark?

Norman asintió.

-Él siguió enseñando en nuestra escuela de capacitación, aunque estaba rodeado por los japoneses. Durante muchos meses le llevó comida a un comandante australiano al que había escondido en secreto en la selva. Entonces el comandante le pidió que hiciese un mapa de dónde estaban atrincherados exactamente los japoneses.

-Al poco tiempo Deni regresó con el croquis. Identificó exactamente cada arma, choza y edificio ocupado por los japoneses en esa zona. En un rincón dibujó una casa con las palabras: "Casa mía. No bombardear, por favor".

-Los japoneses continuamente hostigaban a este valiente maestro. La vida se volvió muy difícil para su esposa, Esther, y sus seis hijos pequeños. Un sábado un soldado demandó: "Envíe a los niños de su escuela a ayudarnos hoy".

–"No, señor", dijo Deni Mark. "Nuestro Dios nos pide que lo adoremos el séptimo día. Los ayudaremos otro día". El soldado lo azotó brutalmente una y otra vez. Este severo castigo fue demasiado para este hombre valiente, que se enfermó de gravedad. Justo antes de morir, el 15 de septiembre de 1944, llamó a su esposa y a los niños de la escuela. "Le prometí a Dios y a Kata Rangoso que les serviría", les dijo. "Por favor, continúen en mi lugar".

–Inmediatamente después de su muerte, Esther y los seis pequeños tuvieron que huir a la selva, donde padecieron peligros terribles y muchas privaciones. Finalmente, con mucha oración, alcanzaron la seguridad.

Norman extendió la mano y tomó la de Rangoso.

–Muchísimas gracias por permitir que Dios te utilice para guiar a estos valientes guerreros cristianos. Todos ustedes cumplieron la promesa de Dios de Efesios 2:6: "Juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús".

Capítulo

10

Hombres y adolescentes audaces

Rangoso, todavía ansioso por compartir historias de la lealtad y la valentía de los hijos más jóvenes de Dios, le dijo a Norman:

–Tienes que conocer la calidad de los jóvenes de las Islas Salomón. ¿Te puedo hablar de Elakae, que dice tener una historia de rescate de Dios más grande que la del discípulo Pedro que fue rescatado de la prisión de Jerusalén?

–Por favor, adelante –Norman asintió entusiasmado.

–Elakae dijo: "Masta, Pedro solo tener pocos soldados vigilando, yo tener quinientos o mil". Acababa de cumplir 17 cuando los japoneses lo tomaron cautivo y lo obligaron a guiar a varios regimientos de soldados a través de las difíciles zonas montañosas que tenían muchas ollas de azufre y otros peligros que deseaban evitar.

–Las emanaciones de azufre de los respiraderos volcánicos eran más penetrantes que de costumbre a medida que se abrían paso por el sendero angosto. Solo la vista adiestrada de un nativo que vivía en la selva podía ver esa huella porque a veces parecía que era totalmente tragada por la selva húmeda y calurosa. A menudo, el muchacho sentía la punzada de una bayoneta para recordarle su tarea como prisionero de guiar a estos hombres por el arriesgado sendero montañoso.

–De noche le tiraban algo de comida y luego lo ataban de pies y manos, colocándolo en medio de los soldados para que durmiera aunque sea un rato. Exhausto mental y físicamente, Elakae había llegado al punto en que sintió que ya no podía soportar más la tortura, cuando recordó una promesa que había aprendido: "Me invocará, y yo le responderé; con él estaré yo en la angustia; lo libraré y le glorificaré" (Sal. 91:15).

–"Querido Dios", oró, "soy solo un negro, pero te di mi corazón. Esa promesa, ¿es para los negros también? Si es así, librame". Exhausto y reconfortado, se quedó dormido. En algún momento de la noche se despertó con un trueno. Los rayos brillaban y crujían, y llovía a cántaros, como un diluvio. El aire estaba impregnado de azufre.

–Los soldados japoneses estaban aterrorizados. Presas del pánico y abrumados de temor, gritaban y luchaban unos con otros. Al luchar con sus bayonetas y rifles, la locura se desbocó. Se olvidaron por completo de su prisionero. El muchacho temía que lo pisotearan hasta morir cuando de repente se dio cuenta de que sus muñecas estaban desatadas. Un momento después, un rayo reveló que tampoco tenía atados los pies.

–Al darse cuenta de que Dios había respondido su oración, Elakae avanzó arrastrándose con las manos y las rodillas a través de los soldados que luchaban hasta llegar al amparo de la selva acogedora. Como una sombra en la noche, se abrió paso a través de esos senderos montañosos hasta llegar a la cueva a la que había huido su gente para escapar de los invasores. Aunque llegó después de medianoche, nadie dormía. Estos cristianos fieles estaban orando fervientemente por su muchacho. De repente se paró en medio de ellos diciendo: "Dios me salvó. Aquí estoy".

–No es de extrañar que dijera: "Masta, historia de Pedro ser solo historia chica. Historia mía tener más grande".

Norman se rió a carcajadas.

–Tiene razón. Gran historia. Estoy orgulloso de los muchachos como él. ¿Tienes al menos una historia más de los jóvenes?

–Ah, sí, claro. Esto ocurrió cuando los japoneses perseguían a

unos 25 soldados estadounidenses. Los estadounidenses habían contratado a una cantidad de muchachos nativos como porteadores de materiales importantes, y los muchachos, como conocían la zona, iban a la cabeza. Los comandos estadounidenses, fuertemente armados, cerraban la marcha.

–A eso de las cinco aquella tarde de viernes el capitán dijo: "Estamos a solo unas tres horas de la seguridad relativa". Pero justo antes del anochecer la columna de porteadores hizo un alto. El capitán se apresuró a llegar hasta el jefe, preguntándose qué es lo que andaba mal. Descubrió que los porteadores se habían desatado los bultos y estaban muy ocupados armando campamento.

–"¡No, no!", exclamó. "Continúen. En menos de tres horas estarán en casa".

–"¡Deben avanzar!", gritó aún más fuerte. "El enemigo nos alcanzará. Nos matarán a todos. A ustedes también".

–El jefe de la hilera de porteadores se le acercó, lo saludó con elegancia, y le dijo: "Mirar sol, usted ver bajar. Día de Dios aparecer. Nosotros parar".

–A esta altura, el resto del grupo comando había alcanzado a los porteadores. Sumaron sus órdenes para continuar. Pero la firme y única respuesta que recibieron fue: "Sol bajar. Día de Dios aparecer. Nosotros parar".

–Así que pararon. No solamente descansaron toda la noche, sino todo el día siguiente hasta la puesta de sol. Entonces estos muchachos, con una sonrisa, tomaron los bultos y retomaron el viaje. A su llegada, el capitán se enteró de que si hubiesen continuado el viernes de noche, habrían entrado directamente en una emboscada y todos habrían muerto.

–Con profunda gratitud el capitán declaró: "Esto es más que casualidad. Dios honró la fidelidad de estos muchachos que guardaron sus mandamientos". Que yo sepa, esta fue la única vez que una compañía de soldados estadounidenses hizo un alto, forzados a descansar quisieran o no. ¿Por qué? Porque los muchachos de las Islas Salomón recordaron el día de reposo de Dios.

Ferris habló con lentitud:

–Imagínate el gozo que esos muchachos sentirán cuando Jesús mismo les coloque las coronas en sus cabezas y los invite al cielo diciendo: "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor" (Mat. 25:23).

Capítulo 11

El matafuegos de Dios

Entre el momento en que los japoneses se fueron y los británicos pudieron regresar, muchas personas no cristianas de las Islas Salomón saquearon los almacenes y las casas del personal del gobierno, de los comerciantes y de los misioneros. En cuanto pudo, un funcionario británico llegó para castigar a los delincuentes. Ordenó que la gente de las aldeas donde ocurrieron los robos se mantuviese a cierta distancia de sus casas a observar mientras la policía prendía fuego todos sus hogares y pertenencias.

Cuando llegaron a la aldea adventista del séptimo día de Tuki, el maestro Joseph le susurró al jefe y a la gente que hacía cola:

—Quemarán nuestra iglesia, la escuela y todo lo que hay en nuestros hogares, incluyendo nuestras Biblias e himnarios. Pidámosle a Dios que nos proteja en este mal momento.

La policía desparramó hojas secas de cocotero en el piso de la casa del jefe, derramó querosén sobre las hojas y las prendió fuego. Los fieles aldeanos oraban en voz alta mientras observaban las llamas que salían por las ventanas y la puerta. Pero no bien se consumieron las hojas, el fuego cesó. Desconcertada, la policía puso más hojas de cocotero. Les echaron mucho más querosén y volvieron a encender el fuego. La gente continuó orando y alabando a Dios. De nuevo, cuando el fuego consumió completamente todas las hojas de cocotero, se extinguió.

–¿Lo intentamos por tercera vez? –preguntó el policía al funcionario.

–No. Parece que un poder extraño controla la aldea. Vamos a seguir.

A la mañana siguiente el funcionario llamó a Rangoso para que subiera a bordo de su lancha.

–Usted no tendrá problemas con los saqueos ahora –dijo–. Quemamos todas las aldeas menos una. Intenté reiteradamente quemar la casa del jefe, pero no se quemaba.

–¿Qué aldea era esa? –preguntó Rangoso.

–Tuki –dijo.

Rangoso se sonrió.

–Mi hermano menor, Joseph, enseña allí. En esa aldea adventista nadie saqueó las pertenencias de los blancos. Dios protegió a sus hijos inocentes.

El funcionario sacudió la cabeza.

–Lo lamento. Me hubiese gustado que me lo dijeras antes. Tu gente se mantuvo fiel a su Dios y a su fe en él. Si lo hubiese sabido, no habría intentado incendiar la aldea.

Durante los últimos meses de la guerra, poco después que los Aliados desembarcaron en Nueva Georgia, otro avión en llamas se precipitó en la laguna. El piloto estadounidense saltó con su paracaídas en un claro donde vio una aldea disimulada con vegetación. Cuando aterrizó cerca de las chozas, sintió un dolor en el brazo. Lentamente se obligó a salir de su paracaídas y se deslizó cuidadosamente a través de la selva, haciendo el menor ruido posible, por temor a que su cabeza se convierta en otro trofeo para los cazadores de cabezas, de los que tanto había oído hablar.

Todas las chozas parecían vacías. En el centro de la aldea observó una gran estructura con un piso de losa levantada sobre pilares. Caminó precavido hasta el edificio, subió los toscos escalones de troncos y se asomó por la puerta. En voz alta dijo:

–Esto es extraño. Bancos de tronco en filas parejas, adelante una baranda, dibujos de Jesús en las paredes. Debe ser una iglesia. Supongo que estoy en medio de cristianos, no de cazadores de cabezas.

El aviador se tranquilizó en uno de los bancos. Luego observó un frasco lleno de flores marchitas sobre lo que parecía un púlpito. Mientras estaba sentado allí pensando, tomó más consciencia del dolor punzante en su brazo lesionado. Pero luego, una extraña sensación de paz doblegó el dolor. Recordó los días cuando le encantaban las historias bíblicas que escuchaba en la iglesia. En su mente, nuevamente escuchó las oraciones de su madre.

En ese momento oyó un fuerte chillido proveniente de la selva. Se levantó lentamente y caminó hasta la puerta para asomarse. Dos hombres negros ingresaron en el claro. Él los llamó y les hizo señas. El más joven le habló en un inglés titubeante:

–¿Usted estadounidense o japonés?

–Soy un piloto estadounidense –dijo mientras caminaba en dirección a ellos y les extendía la mano. Los tres se sonrieron. El mayor de los nativos explicó:

–Yo soy el jefe de esta aldea adventista del séptimo día. Ayudo a nuestro líder, Kata Rangoso, a encontrar pilotos que caen en la selva.

El más joven se trepó a un cocotero y cortó varios cocos verdes. Con un golpe en seco de su gran cuchillo, rebanó la parte superior de uno y se lo ofreció al piloto para que bebiera.

–¡Delicioso! –dijo después de bebérselo de una sola vez. Al segundo lo tomó más lento.

–Mi gente ahora se esconde en las colinas –explicó el jefe–. Cerca de nuestra aldea hay un grupo de exploradores japoneses. Iré hasta donde está mi gente y ellos vendrán con comida y el botiquín.

Pronto llegaron algunos aldeanos con frutas y verduras, y un joven del grupo atendió las heridas del aviador. Al atardecer, todos se reunieron en la iglesia.

–Usted también venir –le hicieron señas.

Nunca había escuchado cantar así este estadounidense. Pensó para sus adentros: Suena como un coro de ángeles.

Varios días después oyeron el sonido de un avión.

–¡Ese es de los Estados Unidos! –gritaron los nacionales mientras bajaban la colina hacia la playa. Agitando los brazos con pe-

dazos de tela, atrajeron al avión. No bien el estadounidense llegó a la playa, hizo señas con un espejo. El avión dio una vuelta, zumbó dos veces y desapareció.

Varias horas después, un avión anfibio acuatizó en la laguna y algunos de los aldeanos llevaron al aviador en una canoa. La escotilla del avión se abrió y apareció un rostro amigable.

–¡Hola, Tex! –dijo un joven con una amplia sonrisa–. Así que te codeas con cazadores de cabezas negros. Veo que tu cabeza todavía está pegada al cuello.

El piloto se aferró de la mano que le extendían desde la escotilla.

–Escucha, estas personas viven como super cristianos y yo creo que su piloto Maestro, Jesús, me guió hasta esta aldea –dijo–. Debieras escucharlos cantar en su iglesia cada mañana y cada noche. Nunca me han tratado tan bien. Todo porque obedecen a su Dios y a un señor llamado Kata Rangoso. Él y Dios deben dirigir este show.

Entonces el aviador se volvió hacia sus nuevos amigos aldeanos:

–Gracias por estas historias maravillosas.

–Ahora cuéntame sobre la *Portal* –dijo Norman–. Los británicos nos dijeron que la quemaron para evitar que cayera en manos de los japoneses. ¿Puede ser cierto esto?

Norman vio que algunos de los hombres que estaban escuchando corrieron para buscar sus canoas.

–¿Adónde van? –preguntó.

–A buscar la *Portal* –sonrió Rangoso–. La lancha pertenecía a Dios. Muchas veces sobrevolaron los aviones, pero permaneció oculta.

Al pastor Ferris la lancha le pareció un barco naufragado. Se preguntaba si todavía estaba en buen estado para navegar. Durante tres años había descansado en las aguas tranquilas de un arroyito de manglares.

Los isleños rápidamente limpiaron la lancha. No pudieron encontrar ninguna señal de gusanos.

–Seguramente Dios cuidó su lancha –exclamó Norman–. Se verá como nueva cuando le cambie los toldos y los aparejos.

Pero el pastor dejó escapar un grito de desesperación cuando llegó hasta la sala de máquinas.

–¡Oh, no! Todo lo que quedó es el cilindro, el volante, el cigüeñal y la caja del cigüeñal. ¡Todo lo que era suficientemente pequeño para llevárselo desapareció! No hay esperanza ahora de visitar las islas vecinas.

Se dio vuelta para mirar a Rangoso y a los demás. Sorprendido, solo vio sonrisas, no la consternación que él sentía.

–El motor está bien –le aseguró Rangoso–. Tenemos todo.

Se volvió hacia los hombres.

–Vayan a buscar todas las partes –dijo.

Nuevamente los nacionales se dispersaron, y regresaron con las partes y piezas necesarias para restaurar su preciosa embarcación.

Durante casi tres semanas todos juntos trabajaron felices para restaurar la lancha. Al ser mecánico de motores diesel, el pastor Ferris no tuvo problemas en poner todo en su lugar. Mientras armaban el motor, otros trabajaban para reemplazar los aparejos, los mástiles y los toldos faltantes.

Finalmente llegaron a ese momento tenso. ¿Arrancaría? Un antiguo integrante de la tripulación llenó el tanque con combustible y encendió los sopletes. Otro enrolló la cuerda dos veces alrededor del volante. El maquinista soltó un grito y tiró. Un grito aún más fuerte salió de todos cuando el motor, otrora temperamental, revivió. Una vez más la *Portal* llevará a los mensajeros de Dios para contar la historia de amor a los que viven en el odio y las tinieblas.

Solo queda una señal del esfuerzo por destruir la *Portal*. Como las cicatrices que quedarán en las manos de Jesús por toda la eternidad, hay un parche de madera muy carbonizada justo al lado de la puerta de la cabina que grita en inglés pijin: "*Portal* ser lancha de Dios. ¡No quemar!"

En la segunda parte de 1945 el pastor Ferris y otro misionero dedicaron varios meses a viajar miles de kilómetros en la *Portal*. Visitaron muchos puestos misioneros, oraron y animaron a los maestros y pastores. La Marina de los Estados Unidos les dio tanto diesel

como necesitara la flota de la misión. El ejército estadounidense también proveyó de hierro y otros materiales para reconstruir las escuelas que habían sido dañadas o destruidas durante la guerra. Y reembolsaron a la Misión por las propiedades confiscadas o perdidas durante los años de guerra.

Al ver la necesidad de educar a jóvenes como líderes, Norman adquirió un hermoso terreno no lejos de la Base Aérea Henderson en Guadalcanal. (Este terreno está a unos diez kilómetros tierra adentro de la pequeña pero floreciente ciudad de Honiara, ahora la ciudad capital de las Islas Salomón. Otros misioneros establecieron el colegio secundario y universidad adventista de Betikama allí en 1947.)

De 1945 a 1946 Dios ayudó al pastor Ferris a reorganizar la obra misionera que había sido interrumpida tan bruscamente por la guerra. Muy pronto los isleños abandonaron sus escondites, felices de regresar a las aldeas y difundir la historia del evangelio.

Capítulo 12

La historia de Wilfred Bili

Ocurrió una tragedia poco después que Norman regresara a Australia para estar con su familia. Raymond, el hijo mayor, falleció por un accidente en su trabajo. Ruby y Norman estaban devastados por el dolor. En las juntas de fin de año de la División, los líderes le pidieron a Norman que fuese preceptor de varones en el Colegio de Avondale. Ellos aceptaron gustosos, porque la tumba de Ray estaba a solo ochocientos metros de distancia. Además, sus otros tres hijos podían vivir en el campus de Avondale mientras asistían a clases. Los esposos Ferris llegaron a ser como padres para los jóvenes que los llamaban Pa y Ma.

En noviembre de 1949, el primer congreso de jóvenes fuera de Estados Unidos se reunió en el Colegio de Avondale. Los delegados, nombrados de todas las islas del Pacífico, asistieron al congreso, incluyendo a tres muchachos de las Islas Salomón. El pastor Ferris fue a recibir a estos tres muchachos cuando llegaron en barco. Thugea Bili, uno de los tres, mostraba rasgos de carácter sobresalientes. Ruby Ferris quería conocer más a este muchacho enérgico y lo invitó a comer a su casa. En gratitud, él preguntó:

–¿Puedo ayudarla a lavar los platos y hacer otras tareas de la casa? Hasta puedo ordeñar su vaca.

Los Ferris aprendieron a amar a este excelente joven de Guadalcanal. Sin embargo, a Ruby se le hacía difícil pronunciar su nombre nativo, Thugea, que significa, en el idioma de los montañeses, "Pregunten por él".

–¿Te importaría si te cambio el nombre? –le preguntó ella después de llegar a conocerse muy bien.

–Para nada –respondió él.

Así que ella comenzó a pronunciar muchos nombres, empezando por nombres bíblicos. Finalmente ella dijo:

–Wilfred.

Él la detuvo.

–Ese es el nombre que quiero.

De allí en más pasó a ser Wilfred Bili. Mostrando su tímida sonrisa, preguntó:

–¿Puedo contarle la historia de mi vida para que usted entienda por qué mis padres me pusieron ese nombre extraño?

El padre de Wilfred, un sacerdote del diablo y médico brujo muy malvado, llevaba el nombre de Bili Beruka. Vivía en una aldea en lo alto de las montañas de Guadalcanal. Antes del nacimiento de Wilfred, aceptó del diablo un hechizo extremadamente cruel y malvado llamado *vele*. Este poder horrible mataba a todas las personas en muchas aldeas de las montañas de Guadalcanal. Brevemente, esta era la práctica diabólica que usaba para matar a cualquiera que él deseara.

Si cualquier hombre que poseía este horrible hechizo oía a alguien gritando o silbando a la distancia, se ponía este hechizo invisible en el meñique de la mano izquierda. Si alguien miraba para ver de dónde provenía el sonido, el médico brujo hacía girar el brazo y la mano. Todos los que estaban dentro del círculo de su oscilación se ponían colorados, sin importar el color de su piel. Entonces todos caían inconscientes.

Cuando el sacerdote del diablo que lanzó el hechizo se acercaba

a cada una de sus víctimas inconscientes, las despertaba. La víctima no tenía conocimiento de lo que ocurría así que no podía contarle a su familia y a sus amigos lo que había pasado. Además, las víctimas no podían hablar hasta las 21:30. A menudo, el hechizo hacía que subieran de repente y se mecieran del travesaño de su casa. Cuando se dejaban caer al suelo, morían.

Cuando el gobierno colonial llegó al poder en las Islas Salomón se propuso detener esta matanza sin sentido. En su primer intento, arrestaron a once hombres sospechados de usar este poder horrible. Luego de llevarlos a Tulagi, en aquel entonces la capital de las Islas Salomón, los hombres fueron juzgados en los tribunales. El padre de Wilfred era uno de ellos. Diez de estos sacerdotes del diablo fueron ahorcados. Solo Bili Beruka fue puesto en la cárcel a la espera de su ejecución, con una de las muñecas y uno de los tobillos encadenados a la puerta cerrada de la celda. La policía lo custodiaba las 24 horas. No podía encontrar ninguna forma de escapar.

Llegó la noticia de que Beruka sería ahorcado a la mañana siguiente a las 9:30. Esa noche durmió hasta las 2:30 y se despertó con el pensamiento de que esta era la última mañana de su vida. Con dificultad se las arregló para ponerse de pie en la celda. De repente, sintió el poder milagroso del diablo y vio que sus cadenas caían al piso. Ahora libre, extendió la mano a través de las barras de la puerta, puso su mano sobre la cabeza del guardia policial y le lanzó un hechizo que mantendría al hombre inconsciente por unas dos horas. ¿Por qué Dios permitió que el diablo obrara esos milagros? ¿Podría ser que Dios, que conoce el futuro, viera posibilidades maravillosas, no solo en este hombre malvado sino también en su hijo que aún no había nacido? Beruka salió corriendo vestido como un bosquimano de la selva. Cuando el policía se despertó, vio la celda vacía con la cadena y el cerrojo en el suelo. Dio el grito de alarma pero ninguno de los buscadores pudo encontrarlo.

Bili huyó hasta su hogar en las montañas pero volvió a irse, diciéndole a su esposa y a sus familiares que trataría de esconderse.

Pero primero agarró su bolsa, una pequeña hacha, una rasuradora para afeitarse la barba, una caja de fósforos y sus bagatelas para adorar al diablo. No tenía comida, pero en su bolsa tenía otro objeto milagroso del diablo que llamaba *otho*. Cuando tenía hambre lo ponía contra su estómago e instantáneamente sentía como si hubiese disfrutado de una buena comida. Luego lo volvía a poner dentro de la bolsa hasta que lo necesitara otra vez, creyendo que el diablo lo sustentaba. De nuevo, ¿por qué Dios permitía que este milagro diabólico, que este poder extraño, lo mantuviera con vida durante tres meses sin comer? ¿Podría ser el tremendo amor de Dios por salvar a los viles pecadores? ¿O podría ser para mostrar al universo expectante la compasión de Dios por los que creen en las mentiras del diablo?

Después de tres meses en la isla, Bili encontró otro lugar para esconderse en la selva. Tres meses después descubrió un tercer escondite. Esto lo hizo durante ocho años. Durante ese tiempo, gracias a su poder diabólico, tenía un constante suministro de fósforos. Oculto entre los árboles, veía que alguien se detenía a descansar y encendía la pipa. Esa persona no podía verlo pero siempre dejaba su caja de fósforos que Bili Beruka tomaba. Esta experiencia se repitió muchas veces y nunca se quedaba sin fósforos.

Finalmente, el gobierno se enteró de que este fugitivo todavía vivía y envió un mensaje a su aldea: "La ley dice que un fugitivo será declarado libre después de cinco años y puede volver a casa". Durante esos tantos años, había gente interesada que a menudo pasaba a preguntarle a su esposa:

–¿Tuviste noticias de él? ¿Está vivo?

Cuando Beruka regresó, construyó una casa junto al río y formó una nueva aldea. Dos años después llegó un bebé. Su madre le puso el nombre de "Pregunten por él" porque la palabra *thugea* significa "pregunten por el padre del bebé".

A principios de la década de 1940, un misionero de una aldea vecina comenzó a ir a ver al padre de Wilfred cada semana. Durante cinco años siguió yendo, pidiendo permiso para abrir una

iglesia y una escuela en la aldea. Pero el diablo, el mejor amigo de su padre, seguía impidiéndolo. Finalmente, el misionero pareció darse por vencido, porque no volvió más. Pero después de algún tiempo regresó. Esta vez Beruka accedió a permitirle abrir una escuela y a dejar que un grupo se reuniera en la escuela cada sábado para adorar. Él mismo se negaba a ir, pero muchos de su aldea fueron, oyeron el mensaje de Dios, creyeron y guardaban el sábado bíblico.

Entonces una noche Dios le dio un sueño al padre de Wilfred. Dos ángeles vestidos de un blanco reluciente fueron a su casa. Pusieron un banquito junto a la puerta, se sentaron y le dijeron:

–Este es el camino de la vida. ¿Qué estás esperando?

Luego partieron.

A la mañana siguiente, sábado, Wilfred vio a su padre sentado al lado de su madre en el último banco de la iglesia. Su padre había decidido escuchar a esos dos ángeles. Después de toda una vida de adoración demoníaca, resistió al diablo. Y tal como lo promete la Biblia, el diablo huyó de él. Al poco tiempo Beruka pidió el bautismo. No mucho tiempo después de su bautismo cayó gravemente enfermo. Al darse cuenta de la seriedad de su enfermedad, llamó al misionero.

–Quiero agradecerle por lo que trajo a mi aldea –le dijo al misionero–. Sé que voy a morir. No tengo nada para darle en agradecimiento. Pero sí tengo un excelente muchacho. Por favor tómelo. Si es bueno, úselo. Si es desobediente, envíelo de vuelta.

Cuando Wilfred se enteró de que su padre lo convirtió en un regalo para Dios, los objetivos de su vida comenzaron a cambiar.

–¿Por qué Dios me escogió a mí? –se preguntaba–. Soy el hijo de un hombre que pasó su vida con Satanás en su odiosa campaña contra Dios. ¿Por qué Dios envió a sus ángeles hasta mi padre, un hombre tan malvado, tan indigno? ¿Dios me enseñará a experimentar y revelar su amor a los demás? No puedo leer, así que no sé cómo estudiar su Palabra.

Se propuso ir a la escuela y aprender a servir a este gran Dios.

El misionero le habló de la escuela de Kopiu, ubicada en la planicie, junto al océano. Así que Wilfred dejó su aldea de las montañas para asistir a esta escuela. En dos años terminó la escuela primaria en Kopiu, y entonces se enteró de que se había abierto una escuela secundaria en Betikama. Sus maestros reconocieron que este joven tenía visión para el servicio y lo eligieron como uno de los tres jóvenes que representarían a las Islas Salomón en el congreso de jóvenes, donde, por supuesto, conoció a los Ferris. Después de pasar dos meses en Australia, inspirado por "Ma y Pa" Ferris, Wilfred regresó a las Islas Salomón. Era 1950.

Para su sorpresa, los líderes locales le pidieron que trabajara en la sede de la Misión. Estuvo a punto de rechazar.

–No tengo formación para este trabajo –les dijo.

Instantáneamente pensó: *Dios sabe que tengo poca educación. Así que toda oportunidad que tenga, debe ser que Dios me está pidiendo que acepte y aprenda como si estuviese en un aula.* Esto se convirtió en su filosofía de vida.

En los próximos 45 años, Wilfred Bili ocupó muchos cargos de responsabilidad en una variedad de sedes misioneras de las islas del Pacífico y también en Australia. Aprendió contabilidad con el tesorero, que le mostró cómo administrar y registrar todas las cuestiones financieras. Dios bendijo su mente y él aprendió perfectamente a hacer transacciones comerciales. Llevaba los libros de once sedes misioneras diferentes; luego llegó a ser tesorero, siempre haciendo su obra para Dios. Dios le dio discernimiento para ser el asistente del presidente en Bougainville.

Más adelante, los líderes de la Misión le pidieron que fuese al Colegio Adventista de Sonoma en Papúa, Nueva Guinea. Le informaron:

–Te hemos designado como el que preparará pastores jóvenes en el colegio. Para hacerlo, tendrás que enseñar estas ocho materias.

Wilfred miró la lista y objetó:

–Nunca tomé clases de preparación ministerial. No sé nada de estas materias. ¿Dónde están los materiales?

Le entregaron una pila de libros. Casi dijo: "No, no puedo aceptar esto. Ni siquiera estudié estas materias alguna vez". Pero Dios lo impresionó con el pensamiento: *La ignorancia no es una excusa. Acepta este nuevo desafío como una escuela donde aprender. Confía en mí. Te di esta oportunidad de aprender.* Durante seis años enseñó a pastores y alumnos de todas las islas. Al igual que Salomón, Wilfred le pidió sabiduría a Dios y él le concedió su pedido dándole un "corazón sabio y entendido". A lo largo de sus años de servicio, Wilfred compró tres mil libros. Los estudiaba inventándose tareas para buscar respuestas.

Como la gente en casi cada isla del Pacífico habla un idioma diferente, Dios le dio otro don que no pidió, el don de lenguas. Wilfred se asombró ante su capacidad de aprender idiomas con rapidez. Solamente en las Islas Salomón aprendió once idiomas. Su procedimiento normal, con la ayuda de Dios, era el siguiente: por un par de semanas Wilfred escuchaba cuidadosamente a la gente hablar el idioma que quería aprender. Para ese entonces Dios le permitía entender y hablarlo. Luego, continuaba ampliando su vocabulario y su capacidad de leerlo. Ahora habla 16 idiomas con fluidez. No tuvo ninguna formación para aprender a hablar inglés. Aunque fue difícil, Dios le permitió hablar inglés sin ningún acento. Constantemente lee y estudia para mejorar esta habilidad, y le agradece a Dios por este don espiritual de lenguas.

Cuando este muchacho, que provenía del ambiente más abyecto, decidió aceptar la gracia y el amor de Dios, el Señor lo dotó de muchos talentos. Ahora jubilado, Wilfred continúa sirviendo a su pueblo y a su iglesia. Al mismo tiempo, perfecciona su mente mediante el estudio profundo de la Biblia y leyendo los libros de su biblioteca. Más que nada, ansía mejorar su carácter contemplando a Jesús que está transformando su imagen de gloria en gloria.

Porque Cristo asumió la naturaleza humana, puede presentar a sus hijos ante su Padre celestial. Entonces Dios les conferirá un honor que excede el que les otorgó a los ángeles. "Es la maravilla del universo celestial, el misterio que los ángeles desean contemplar.

Este es el amor que quebranta el corazón del pecador" (Elena de White, *Hijos e hijas de Dios*, p. 24).

Sí, incluso a Wilfred Bili y a su malvado padre.

Capítulo 13

Los desafíos de Pitcairn

Mientras estaban en las Islas Salomón, Norman y Ruby Ferris conocieron a un joven cadete británico llamado Ron Garvey, que trabajaba en el servicio colonial en las Islas Salomón. Con su acostumbrada afición a hacer amistad con jóvenes, frecuentemente conversaban con Ron y él aprendió a admirar el tacto, la bondad y el servicio de amor que vio en los Ferris. Especialmente admiraba los métodos de extensión misionera de Norman con los lugareños. Además, el respeto de Ron por el estilo de vida adventista se profundizó por su amistad con el pastor Kata Rangoso.

Para 1951, Ron había sido promovido a gobernador de Fiji, que implicaba que tenía el control de la isla Pitcairn. Desdichadamente, se habían gestado muchos disturbios entre la gente de Pitcairn. Sir Ronald Garvey decidió que solo conocía a una persona que podía resolver los problemas entre las facciones. Necesitaba a un líder amable y lleno de tacto para organizar una pequeña comunidad de 150 personas en la colonia más pequeña del Imperio Británico. Se comunicó con el pastor Ferris y su señora:

–Por favor, acepte el cargo de representante del gobernador para actuar en mi nombre en Pitcairn –les dijo.

Así que zarparon para esta isla aislada, que está a unos ocho mil kilómetros al este de Australia. Después de ocho días de clima tranquilo, llegaron a eso de la medianoche del 5 de diciembre de 1952, con una fuerte tormenta. Todo su cargamento quedó empapado y estropeado por el agua, pero los problemas que enfrentaron en esta pequeña isla fueron aún peores. Posteriormente, el pastor Ferris explicó que "solo la obra del Espíritu Santo en comunión y renovación cristianas efectuó la transformación hacia una atmósfera más amistosa en la isla. Nuestra primera semana de oración, una ocasión feliz, resolvió antiguos problemas. A partir de ese momento, el sonido de las oraciones y los cantos podían escucharse en muchos hogares".

Dios utilizó los muchos talentos del pastor Ferris para enseñarles a los hombres y los niños más grandes a reparar máquinas, construir nuevas embarcaciones y mantener en funcionamiento las máquinas de coser de las mujeres. Dieron clases de primeros auxilios a los jóvenes y enseñaron y practicaron principios prácticos para atender a los enfermos.

Algunos años antes, los isleños habían comprado una lancha como ayuda para remolcar las piraguas que transportaban fruta y curiosidades para los barcos de pasajeros que se detenían en las inmediaciones. Desgraciadamente, el motor nunca arrancó. Así que el pastor Ferris los ayudó a desarmar el motor para que pudieran repararlo. Sin embargo, el volante no se movía. Probaron de todo, incluyendo removedores de óxido y cuñas, pero el volante seguía muy atascado en el eje. Después de tres días de intentarlo, los aprendices de ingeniería salieron a pescar y varios hombres desanimados sugirieron:

–Sería mejor que saliéramos a hundirlo en el mar.

El pastor Ferris se sintió apesadumbrado, especialmente porque los hombres habían comenzado a construir una nueva embarcación para colocar el motor restaurado. Solo y ensimismado, miró el volante testarudo, preguntándose qué hacer. Decidió volver a orar.

–Querido Señor, tú sabes que he llegado al fin de mi habilidad.

Tu sabiduría y tu fuerza sobrepasa por mucho la mía. Me has ayudado vez tras vez. Por favor, toma el control si esta experiencia traerá honor y fe en el nombre de nuestro Padre celestial. Gracias.

Antes de poder decir "Amén", Norman escuchó un ruido y un estampido. El volante estaba en el fondo de la lancha. De nuevo Jesús demostró el poder de la oración y la fe. Norman llamó a los hombres. Con gozo en su corazón pronto reacondicionaron el motor. En pocos días la nueva lancha entró en servicio, remolcando las pesadas piraguas.

Cuando su año llegó al final, la gente de Pitcairn pidió que los Ferris se quedaran otro año, y el gobierno les concedió el deseo. Esto le dio más tiempo a Norman para ayudar con más problemas. La iglesia existente, hecha de madera desechada y destruida por hormigas blancas y termitas, era una ruina. De nuevo Norman convocó a una reunión de oración para pedirle ayuda financiera a Dios. Pronto llegaron generosos regalos de barcos de turistas y de la misión. Luego, algunos amigos enviaron secoya roja de California para los bancos, las sillas y el púlpito. Recibieron hierro corrugado para techar y otros materiales, con el envío gratis. Los hombres de la isla trabajaron voluntariamente con el pastor Ferris para construir la nueva iglesia, y la dedicaron exactamente tres meses después de comenzar la obra.

Mientras el pastor Ferris asistía a reuniones de la Misión en Fiji, Sir Ronald Garvey le pidió que fuese a recibir un premio especial en una cena en Suva. El premio honraba su servicio al cristianismo y al imperio, incluyendo su servicio fuera de la obra misionera en la atención de enfermos, más sus proyectos de ingeniería en Pitcairn. La reina reconoció los 17 años que había dedicado al servicio misionero en las Islas Salomón antes y después de la guerra al conferirle la Excelentísima Orden del Imperio Británico. La reina nombró a Norman Ferris miembro del Imperio Británico con muchos privilegios. Por el resto de su vida, llevó el honor de M.B.E. (Excelentísima Orden del Imperio Británico) después de su nombre.

En su discurso de aceptación, Norman Ferris declaró:

–Acepto este honor no por alguna gratificación personal sino por el honor que trajo a la causa de Cristo en las islas del Pacífico Sur. Este premio de Su Majestad, la reina Elizabeth II, confirma que ella aprueba la presencia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en la Isla Pitcairn.

Y por cuatro años felices el pastor Norman Ferris y su esposa brindaron un servicio abnegado a los que vivían en la solitaria isla de Pitcairn.

Los últimos dos años de su vida el pastor Ferris se consagró al servicio amante de los aborígenes de la Misión Mona Mona en North Queensland, Australia. Entonces, en la tarde del lunes 7 de julio de 1958, mientras Norman y Ruby conducían hacia la ciudad de Townsville, el conductor de un auto que venía en dirección contraria a gran velocidad no pudo eludir una curva en la ruta y chocó a los Ferris. Ambos autos quedaron completamente destrozados, y el pastor Ferris sufrió heridas fatales. Ruby sufrió fractura triple en la pierna derecha, un brazo quebrado, laceraciones dolorosas en la cabeza y hematomas de gran extensión.

Pero más que nada ella sufrió la pérdida de su querido, paciente y amoroso esposo. Al principio sentía que no era nadie sin él. Pero al recuperarse descubrió que Dios verdaderamente se preocupaba por ella. Él le permitió vivir para servir a los demás por más de cuarenta años. Constantemente ella le agradecía a Dios porque pronto ella y Norman, con los que creyeron en Cristo, se sentarán juntos con él en su trono. Ruby falleció a los 103 años con la promesa: "El Señor planificará en silencio y con amor para ti".

En vez de pensar en las circunstancias de la muerte trágica y repentina de Norman, casi demasiado dolorosas para contemplar, Ruby solo podía decir con el poeta inspirado:

"No ahora, pero en los años venideros,
tal vez en la tierra mejor,
interpretemos el significado de nuestras lágrimas,
y allí, algún día, entenderemos".

(*Church Hymnal*, 1941, N° 495, Maxwell N. Cornelius)

Capítulo

14

Dios controla los vientos, las olas y los troncos

La influencia de Norman Ferris, ¿se detuvo después de 54 años de servicio? De ninguna manera. Todos los sacrificios, los problemas, la soledad, las frustraciones y las enfermedades tropicales sobrellevados por una madre misionera con cuatro hijos, ¿valieron la pena? Sus años de dedicación, ¿marcaron alguna diferencia duradera en la vida de los que adoraban al diablo?

La respuesta llegó fuerte y clara en 1989, cuando para gran celebración del 50° aniversario de la aldea de Koilotumaria muchos se congregaron en Guadalcanal. Invitaron a Ruby Ferris y a los tres hijos que aún vivían, Norma, Ervin y Marilyn, a que los acompañen en esta celebración del poder de Dios. En ese momento el distrito tenía siete iglesias con una membresía de 1.800. (Para 2006, unos cinco mil miembros fieles de 16 aldeas adventistas de la zona se reunían cada semana para adorar juntos el santo sábado de Dios.)

El corazón de Ruby se estremeció de alabanza a Dios por lo que él había hecho desde el día en que Nghata, el sacerdote del diablo, trató de matar a su esposo y después a Imbi, de 16 años. Gran alegría llenó su corazón al estrechar la mano de Nghata, un milagro

viviente del poder de Dios para convertir a un asesino en un hombre que lleva a otros a amar a Jesús.

Cuando el pecado abunda, la gracia de Dios sobreabunda. Estas personas que saben por experiencia lo que se siente ser salvas por las misericordias de Dios, se reunieron alrededor de la placa conmemorativa que habían colocado en un pedestal. Ruby se adelantó y mientras las lágrimas le corrían por las mejillas, leyó en voz alta:

–Iglesia Adventista del Séptimo Día, Tasamite, Guadalcanal, 58° aniversario, 1932-1988. El 20 de octubre de 1932, el pastor Norman Ferris, con Imbi y otros, invitados por Kaomane Mau, desembarcaron en este lugar e iniciaron la obra de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en este distrito en servicio desinteresado para Dios y el hombre".

Dirigiéndose a la gente reunida alrededor del lugar, dijo con voz clara:

–Nunca pensé que los años que mi esposo y yo pasamos en las Islas Salomón hubiesen logrado tanto para el evangelio. Hoy pasé muchas horas felices renovando relaciones con amigos queridos y obreros nacionales con quienes trabajamos en la década del treinta. Ya no me cuestiono si nuestro servicio para Dios tuvo resultados duraderos. He visto con mis propios ojos a sus jóvenes asistiendo a la hermosa escuela junto al río, el mismo río donde mi esposo bautizó a Nghata. Los he escuchado entonar alabanzas a Dios. He visto que sus rostros expresan gozo y esperanza. Alabo a Dios por la victoria sobre el poder del diablo.

El poder de la oración y el servicio dedicado, ¿continuaron en la vida de los jóvenes voluntarios de Australia y de las Islas Salomón? Consideremos lo que Dios hace incluso ahora mediante los jóvenes dedicados. Muchos ingresan gustosos al programa Fly and Build [Vuela y construye] creado por el hijo de Norman, Ervin, un pastor misionero jubilado. Vean por ustedes mismos lo que Dios hace cuando los jóvenes dan su tiempo, sus energías y su dinero para construir escuelas, iglesias y clínicas y para dirigir reuniones de

evangelización. Para ellos es una alegría, no un sacrificio.

Mientras construían una escuela en la gran isla de Choiseul, los voluntarios se tomaron el día de reposo para disfrutar del sábado cruzando la bahía hasta una pequeña isla istmo. Aquí se encontraron con la comunidad adventista Nuatambu. Cuando los voluntarios echaron una mirada alrededor de la antigua iglesia de la aldea de aspecto ruinoso, descubrieron los cimientos para una nueva iglesia más arriba en una colina. Desdichadamente, la selva había invadido los cimientos de todos lados. Un joven voluntario, el hijo de Ervin, Rayden, le preguntó al anciano de la aldea:

–¿Cuánto hace que sentaron estas bases?

El equipo se agolpó para oír la respuesta.

–Hace 16 años decidimos que necesitábamos una iglesia permanente aquí, pero no pudimos avanzar más allá de estos cimientos por falta de madera. No hay caminos que brinden acceso a los enormes árboles que son nuestros y que están a 25 kilómetros de aquí montaña arriba. Aún cuando cortemos los troncos en pedazos más pequeños, varios hombres tendrán que luchar a través de la selva y bajar pendientes pronunciadas con la pesada carga. Al llegar al océano, debemos poner los troncos sobre canoas y transportarlos a todos de un lado al otro del istmo hasta el aserradero portátil cerca del terreno de la iglesia. Seguimos intentándolo, pero para nuestros miembros el arduo viaje se les hacía lento, difícil, ¡y casi imposible!

Desanimado, bajó la voz.

–Últimamente le hemos estado pidiendo a Dios que nos ayude a encontrar una manera más fácil de conseguir la madera para este edificio antes que llegue el equipo de Fly and Build.

–Humanamente hablando su oración suena imposible, pero eso no toma en cuenta a Dios –les dijo Ervin Ferris, el líder del equipo–. Como ustedes saben, hemos decidido que la construcción de su iglesia será el próximo proyecto de Fly and Build, pero nuestro primer requisito es que los lugareños provean los cimientos y toda la madera cortada en tablas. Nosotros suministramos el aserradero portátil y otros materiales para completar la construcción. Y como

ustedes entienden, tenemos que tener la madera preparada y lista antes que los miembros del equipo lleguen para construir.

Todos los miembros de iglesia que lo rodeaban sacudieron la cabeza. Algunos de ellos habían ido a las montañas a derribar esos enormes árboles. Algunos habían pasado horas serruchándolos en troncos y luego lucharon por bajarlos de la montaña. Parecía imposible. No tenían suficientes hombres ni fuerza muscular para llevar a cabo esta enorme tarea.

Sonriendo, el pastor Ervin señaló en dirección al cielo.

–Recuerden, a Dios le encanta hacer lo imposible –les mencionó.

¡Quién hubiese pensado que Dios ya había comenzado a responder esas oraciones sinceras!

Una empresa fabril de Taiwán adquirió los derechos de la madera de una aldea adyacente a Nuatambu. Introdujeron equipos pesados como tractores y motoniveladoras, y se abrieron paso a través de los árboles para hacer caminos a fin de que los troncos pudieran ser arrastrados montaña abajo hasta la playa. Cuando tuvieron suficientes troncos, un barco grande, anclado a unos 2,5 kilómetros de la costa, esperaba para subir a bordo los troncos y llevárselos a Taiwán. Pero para sacar los troncos de la costa hasta el carguero, debían ser cargados en un lanchón alquilado que podía navegar en las aguas poco profundas del istmo. Entonces el lanchón, arrastrado por un remolcador, llevaría los troncos hasta la grúa del carguero que los subiría hasta el barco.

Mientras tanto, los miembros de iglesia seguían pensando y luchando con la imposibilidad de bajar suficiente madera de la montaña para construir la iglesia. Y en caso de que pudieran realizar esa proeza, era casi imposible cargar la madera en canoas y luego transportarla por mar hasta la obra. Era evidente que nunca podrían alcanzar todo esto antes del plazo cuando llegarían los voluntarios de Fly and Build.

Durante este interín, el carguero taiwanés estaba anclado en las aguas más allá de la bahía, esperando la carga de troncos del lanchón hasta el barco. El remolcador lentamente tiró del lanchón

a través del estrecho istmo y salió a la bahía para descargar en el carguero. Cuando el remolcador se alejó del resguardo de la bahía y entró en mar abierto, un viento extremadamente fuerte azotó el mar en olas enormes. Cuando el remolcador se acercó al barco, los marineros tuvieron grandes dificultades para manipular el lanchón que estaba bastante cerca del barco para descargar los troncos. De repente, una violenta ráfaga de viento azotó el lanchón en contra de un costado del carguero. El lanchón golpeó con tal fuerza que una pequeña protuberancia en el borde del barco perforó el lanchón a unos treinta centímetros por debajo de la línea de flotación. Inmediatamente, el agua comenzó a entrar a raudales y el lanchón comenzó a hundirse.

Para evitar perder el lanchón, los marineros trabajaron febrilmente con la grúa del carguero para descargar en el océano treinta troncos muy grandes, sabiendo que sería inútil tratar de recuperarlos en las aguas agitadas. Los taiwaneses simplemente los dejaron. A medida que flotaban en el mar, parecía que los treinta troncos eran guiados por aquel que controla el viento y las olas. Cada tronco muy cerca de los demás fue arrastrado por la corriente hasta la playa a unos doscientos metros de donde estaban los cimientos de la iglesia por construirse. ¿Dios oyó las oraciones de su gente de Nuatambu? ¡Claro que sí!

Cuando los miembros de iglesia descubrieron esos enormes troncos, se arrodillaron en la playa agradecidos.

–Dios grande y poderoso, que controlas la tierra y el mar, gracias porque durante 16 años estuviste planificando para nosotros con amor. Todo ese tiempo escuchaste nuestras oraciones de ayuda. Nos diste fuerza y esperanza para continuar haciendo nuestra débil parte. Gracias por enviar ese viento poderoso. En poco tiempo creaste circunstancias que nos dieron los troncos. ¡Cuán misericordioso eres por guiarlos exactamente al lugar correcto!

Inmediatamente los hombres trajeron el aserradero portátil al lugar desde el otro extremo del istmo y comenzaron a trabajar para cortar los troncos en tablas. Antes que llegara el equipo de Fly and

Build, los miembros de iglesia subieron las tablas hasta el lugar de la obra. Ahora estaban listos para que llegaran los constructores. Toda la madera, regalo de Dios, estaba cortada y prolijamente apilada.

Toda la comunidad presenció lo que hizo su Dios poderoso justo en el momento oportuno. A él le encanta hacer más de lo que podemos pedir o entender. La iglesia, con capacidad para cuatrocientos miembros, se terminó en junio de 1997. Está sobre una colina que domina la bahía, un monumento al poder de Dios cuando la gente ora. Pero mientras oraban, continuaban esperando en el Señor, confiando en su bondad y haciendo lo que podían, por poco que fuese, para la gloria de Dios.

Capítulo 15

Aves que vuelan y construyen

A muchos kilómetros de Choiseul está la gran isla de Guadalcanal. En las montañas del interior vive gente que ha adorado al diablo toda su vida. Nadie ha compartido con ellos el amor de Jesús. Ni siquiera saben que son hijos del Dios celestial. En estas aldeas paganas, la gente deja pasar los cerdos a sus casas, y permiten que duerman con sus hijos. Con esta fuente de infección y las repugnantes condiciones de vida, muchos aldeanos contraen una enfermedad cutánea, llamada tínea negra, que cubre el cuerpo de pies a cabeza.

En la aldea de Aola, una madre pagana y sus dos hijas (las tres sufrían de esta tínea), se enteraron de que había jóvenes que habían ascendido desde la costa hasta una aldea vecina.

–¡Es cierto, mamá, sabemos que sí! Un equipo de jóvenes llamado La voz de la juventud tiene historias verídicas que demuestran que este Dios Creador realmente ama a la gente. Él también tiene planes de venir de su lejano hogar a la Tierra. Cuando llegue aquí, llevará a todos los que lo siguen aquí muy lejos a su hermoso país y les dará una casa hermosa y limpia a cada uno.

–Debemos ir a ver por nosotras mismas si esto es cierto –le dijo

la madre a sus hijas–. La aldea de Vulelua está a solo cuatro horas de a pie desde aquí. Quizá podamos obtener alivio de esta picazón constante.

Henchidas de un fuerte deseo, gustosamente caminaron a través de los senderos selváticos para asistir a estas reuniones de Evangelización de Frontera. Nunca antes habían escuchado las historias de Jesús ni oído cantos de esperanza. Aunque el aspecto de las tres era feo, cubiertas de tinea negra, los jóvenes las trataron con cortesía y bondad. El gozo, el amor y la esperanza las hacían regresar noche tras noche. Cada noche se sentían consoladas por las promesas que oían del libro de Dios, de que este Jesús caminaba con ellas en la larga caminata hasta su casa en medio de la oscuridad.

Pronto, el sacerdote del diablo de Aola descubrió lo que hacían la madre y sus hijas todos los días. Las amenazó:

–Si se bautizan y se unen a esa iglesia, las mataré.

Ellas sabían que lo decía en serio, pero el amor de Dios hizo que el trío volviera a ir de todas maneras.

En una de las últimas noches, un joven hizo un llamado a que todos los que quisieran entregar su vida a Jesús y seguir su estilo de vida, se pusieran de pie. Esta madre y sus dos hijas se pararon. Entonces agregó:

–Si quieren unirse a la iglesia de Dios mediante el bautismo, por favor pasen al frente.

Ellas se adelantaron junto con un gran grupo.

Esa noche, mientras caminaban de regreso a su casa, la familia se sentía incómoda con una extraña premonición de que algo andaba mal. Al aproximarse a su aldea, oyeron un susurro entre los árboles. Cuatro guerreros con machetes se precipitaron sobre ellas. Inmediatamente, la madre y sus hijas se arrodillaron en el sendero suplicando en voz alta:

–¡Jesús, por favor, sálvanos!

De repente, una gran bandada de aves que generalmente no vuelan de noche, descendió sobre estos hombres. Los pájaros se lanzaban de cabeza y descendían volando, rápidamente, picoteando

continuamente a los hombres. Finalmente, no pudieron hacer más que huir a su aldea. La madre y sus hijas continuaron camino hasta su casa donde se acostaron y durmieron profundamente. Pero temprano a la mañana siguiente, el jefe de la aldea fue a la casa de ellas.

–¿Dónde están los guerreros que custodiaban su casa anoche? –demandó–. ¿Quiénes son? ¿De dónde sacaron las luces brillantes que refulgían alrededor de su casa?

Gustosamente la madre compartió su historia.

–Este Dios llamado Jesús prometió que nunca dejaría ni desampararía a sus hijos fieles. Cuando oramos, él envió a sus ángeles brillantes para protegernos durante toda la noche. Además envió las aves para ahuyentar a los hombres que fueron a matarnos. Como verá, ahora pertenecemos al Dios del cielo y a él le encanta oír nuestras oraciones. Su poder sobrepasa el del diablo. Él nos mantiene a salvo.

Pronto, la madre y sus hijas aceptaron el bautismo. Como obedecieron las leyes de Dios de salud y pulcritud, se curaron de la infección de tiñea. De un modo humilde compartieron con los amigos de su aldea lo que Dios había hecho por ellas y su testimonio sincero atrajo a muchos a Jesús. Ahora Aola tiene un templo adventista hecho con materiales de la selva. Alegremente esperan que Jesús les dé la bienvenida al lugar que preparó solamente para ellos. Él les dirá: "Vengan, siéntense conmigo en mi trono. Sigan contando cómo los salvó Jesús. Los hijos de Dios de los mundos no caídos se regocijarán con ustedes a lo largo de toda la eternidad".

Capítulo 16

Victoria en la Isla Savo

Un joven se acercó al pastor Ervin Ferris.

–Pastor, mi nombre es John Sota. Soy de la Isla Savo, al norte de Guadalcanal. Posiblemente usted recuerde que la Armada de los Estados Unidos sufrió una tragedia cerca de las aguas de la Isla Savo. En apenas una hora los japoneses infligieron a los aliados una de las peores derrotas de la Segunda Guerra Mundial. Yo también tuve que librar una batalla en Savo. Por favor, permítame contarle por qué necesito ayuda.

El pastor Ervin le hizo señas:

–Ven, siéntate y dime. ¿Cuál es tu necesidad?

–Me crié en una aldea católica. Recientemente me hice adventista del séptimo día. Como usted sabe, en las Islas Salomón si una persona cambia sus creencias, debe dejar esa aldea y mudarse a una de esa fe. Yo siento un gran peso por mi querida familia porque quiero que conozcan el gozo y la paz enormes que yo tengo. Ansío contarle la historia de Jesús a mi pueblo. Sin embargo, sé que ninguno de los aldeanos me aceptará porque cambié mi fe. Por eso vengo a usted en busca de ayuda. ¿Podría ayudarme a ser un misionero para mi gente?

–Providencialmente, Dios ha abierto una manera de satisfacer tu necesidad –le dijo el pastor Ferris con una sonrisa–. Esta semana recibí una carta de un amigo de Australia. Él me envió un cheque por US$ 500 para ser usado en un proyecto especial. Pienso que Dios planificó que el proyecto sea salvar a tu familia. Te enviaré US$ 50 por mes para cubrir parte de tus gastos.

John regresó a su aldea natal en la Isla Savo. Inmediatamente comenzó a ser perseguido, a menudo por su propia familia. Gradualmente admitieron que creían en la historia evangélica, pero debido a la intolerancia de la aldea, rehusaban responder al llamado del evangelio.

Entonces un día, alguien que odiaba a John le puso veneno a su comida. Sus padres lo encontraron inconsciente. A falta de una lancha, lo pusieron en una canoa y remaron a través del mar que cubría el Estrecho del Fondo de Hierro lleno de barcos hundidos. Lo llevaron hasta el hospital de Honiara en Guadalcanal. Durante dos semanas John estuvo al borde de la muerte. Entonces lentamente se recuperó lo suficiente para regresar a Savo, aunque todavía estaba muy débil. Su familia le rogó que les dijera a las autoridades, pero él respondió:

–Si mi Jesús pudo perdonar a los que lo mataron, entonces yo puedo perdonar a los que me envenenaron.

Aunque nunca recobró la salud totalmente, continuó testificando de su Señor en silencio, ganando uno tras otro. Pero el progreso parecía lento y de lo más difícil.

Un año después de ser envenenado, la Iglesia Católica de Honiara se enteró de la dedicación de John en Savo, así que envió a un sacerdote con un equipo de jóvenes de la parroquia de Honiara. Como no pudieron encontrar alojamiento en la aldea, John invitó a cinco de estos muchachos católicos a quedarse en su casa. Los trató como a reyes, pero siguió realizando las reuniones de evangelización que había estado dirigiendo en su casa. Algunos de estos muchachos católicos se quedaban sentados escuchando.

Mientras John predicaba una noche, su padre corrió hasta la puerta del frente y gritó:

–¡John! ¡Lanza!

John dio un salto al costado y la lanza que pretendía matarlo retumbó en la pared que estaba detrás de él.

Su padre y estos muchachos católicos inmediatamente salieron en persecución para tratar de atrapar al agresor. Imaginen su sorpresa cuando no solo lo atraparon a él, sino además a otros tres o cuatro jóvenes y al sacerdote católico. Todos eran sus amigos de la Iglesia Católica de Honiara. Los cinco jóvenes que paraban con John prometieron que nunca más volverían a pisar una iglesia católica.

Aunque la familia de John le suplicó que eleve el asunto a las autoridades, él insistió:

–Si mi Dios puede perdonarlos, entonces yo también.

Esta noticia se difundió por la aldea católica y causó una impresión tremenda en la gente. Sin embargo, John pasó 16 años adorando, haciendo amistades, conversando y testificando a los aldeanos con pocos resultados.

En octubre de 2005 un comerciante, Ivan Gehmu, de Honiara, se hizo amigo de John. Al ver la dedicación que John tenía por su aldea, Ivan decidió usar sus finanzas para obtener los servicios de la nueva lancha misionera e ir a la Isla Savo. Llevó consigo muchos fardos de ropa, varias mujeres de la sociedad Dorcas y un conjunto musical llamado Juventud para Cristo. Las damas distribuyeron la ropa de casa en casa y los jóvenes comenzaron una serie de 31 noches y un joven llamado Matthew daba las conferencias nocturnas.

Una vez más, la Iglesia Católica se enteró de las reuniones de evangelización, así que de nuevo envió a un sacerdote a Savo. Para asegurarse de que las reuniones no tuviesen éxito, el sacerdote contrató a un bribón que reunió a otros matones para hostigar y trastornar las reuniones y derribar el edificio. Con el sacerdote, planificaron diferentes tácticas de hostigamiento para cada uno de los 31 días.

Pero Dios utilizó al conjunto musical para tocar el corazón del líder de los granujas. Nunca antes había escuchado una música tan maravillosa. El sacerdote se sentaba afuera en la penumbra y escuchaba también. Cada noche, cuando el bribón volvía a su casa, la esposa le decía:

–Te pagan para alborotar las reuniones. ¿Por qué no lo hiciste?

Noche tras noche respondía:

–Lo haré mañana de noche.

La última noche, Matthew hizo un llamado para que todos los que querían entregar su vida a Jesús se pusiesen de pie. El bribón se puso de pie con los demás. Cuando llegó a casa aquella noche, le dijo a su esposa:

–Tengo que confesarte algo. Hoy decidí bautizarme. Le entregué mi corazón a Jesús. Quiero unirme a la Iglesia Adventista del Séptimo Día y aprender a vivir como Jesús.

–Yo también tengo que confesarte algo –le dijo su esposa–. Sin que lo supieras, iba cada noche y me quedaba parada escuchando en la oscuridad. Yo también me puse de pie y entregué mi corazón a Jesús esta noche.

Su hija de quince años escuchó lo que ellos decían y dijo:

–No quiero quedarme sola –dijo–. Yo también quiero unirme.

Esa noche John vio los resultados del poder de Dios y se alegró mucho cuando 27 personas de la aldea católica se pusieron de pie para el bautismo.

Una semana después, Ivan Gehmu volvió en la lancha misionera con cinco fardos de ropa. Reunió a los 27 que dijeron que querían bautizarse y dijo:

–Por favor, suban a bordo para poder llevarlos a una isla cercana. No pueden quedarse en Savo porque la gente furiosa de su aldea les confiscó y les rompió toda la ropa, salvo la que llevan puesta. Ellos seguirán buscando formas de perseguirlos. Necesitan venir conmigo.

John explicó:

–Quiero llevarlos a un lugar tranquilo para poder estudiar la Biblia con ustedes. Como verán, antes de bautizarse deben comprender la voluntad de Dios para su vida. Por eso tendremos clases bautismales.

Cuando llegaron a la isla, John distribuyó entre todos la ropa que Ivan había llevado, además ropa nueva que Ivan había comprado por su cuenta. Ivan también proveyó la comida y el hospedaje.

Durante una semana, estos nuevos conversos disfrutaron de paz y tranquilidad mientras aprendían a ser hijos de su Padre celestial.

El corazón de John casi estalla de alegría cuando el bribón compartió sus pensamientos:

–Esta semana he sentido gusto a cielo –dijo con una amplia sonrisa–. La lancha misionera nos sacó de la fealdad y el antagonismo, así como Jesús nos llevará al cielo en una nube. Allí nos sentaremos a los pies de Jesús y nos sentiremos más cerca de él que los ángeles incluso, porque tenemos nuestra propia historia de salvación para contar. Nuestra ropa vieja, rota y gastada por el pecado, ha sido reemplazada por el manto de justicia de Cristo. Dios cambiará el odio en amor, y la persecución en paz y aceptación. Ya no estamos muertos en los pecados sino que somos resucitados por su amor. Todos nos sentaremos junto a Jesús.

Después de una semana, los nuevos creyentes regresaron a Savo. La lancha misionera ancló en las afueras de la aldea y todos se pararon en el muelle a cantar: "He decidido seguir a Cristo... no vuelvo atrás".

Al sábado siguiente, los 27 recibieron el bautismo en el océano. A continuación, John hizo un llamado.

–¿Hay algún otro que le gustaría seguir a Jesús?

Otros quince aldeanos se adelantaron. El Espíritu Santo de Dios continuó obrando a través de ellos. Un mes después del segundo bautismo, sesenta personas más solicitaron aprender más de Jesús para poder bautizarse y unirse a la Iglesia Adventista.

Todo esto porque 16 años antes un joven se acercó al pastor Ferris y le pidió ayuda para llevar el evangelio a su aldea natal de Savo.

Mientras el Espíritu Santo derramaba las bendiciones de Dios en la Isla Savo, el poder de Dios continuó extendiéndose a través del Estrecho del Fondo de Hierro a la gran isla de Guadalcanal. A veces Dios no puede encontrar a otros como John para asumir el riesgo de la persecución para contar la historia del evangelio. Esta vez utilizó

el poder de atracción del Espíritu Santo para llegar a las elevadas montañas del centro de la isla hasta una aldea pagana.

Dios puso un deseo en la mente de un niñito desnudo que nunca había usado ropa porque nadie de su aldea usaba ropa. Como vivía muy por encima de la civilización, este joven aventurero decidió que quería descender a los valles y experimentar el enorme océano que podía ver de lejos. Así que se alejó, más de lo que alguna vez había bajado las montañas.

Al acercarse a una aldea, oyó sonidos que nunca antes había oído. Con timidez se movía subrepticiamente pasando de un árbol a otro hasta que pudo ver un gran edificio a través de los arbustos. Debajo del piso vio un espacio abierto con muchos niños sentados sobre bancos de madera. Los cantos sonaban hermosos. Fascinado, escuchó, deseando poder entender las palabras, pero él hablaba un dialecto diferente.

Se quedó escondido allí durante tres días, sin saber que había encontrado una escuela, porque no existía ninguna en su aldea remota. Entonces alguien lo descubrió, lo trató amablemente y lo aseó. Le dieron comida para su estómago hambriento y ropa para cubrir su desnudez, y le permitieron dormir en el aula por la noche. Más que nada el niño escuchaba y amaba los cantos. Una y otra vez sus oídos captaban una palabra: "Jesús".

Este nombre lo fascinaba. Finalmente entendió que Jesús no vivía en esta aldea ahora, pero que la gente esperaba que viniera pronto.

Los nativos de las Islas Salomón parecen nacer con el talento del canto, y el niño pronto aprendió las melodías, aunque no podía entender las palabras. Se quedó en la escuela durante una semana, escuchando y aprendiendo a cantar con los niños. Entonces decidió regresar a su aldea en las montañas. Cuando llegó a su casa, siguió entonando esos cantos. Conocía las melodías pero solo recordaba la palabra "Jesús". Así que vez tras vez repetía este nombre poderoso en cada canto.

Su abuelo, el jefe de la aldea en la región montañosa, demandó: –¿Qué estás cantando y quién es este Jesús?

—Él es un Dios amante, no como el diablo. No está en la aldea, ¡pero esperan que vuelva pronto!

—Bueno, entonces voy a bajar y esperar hasta que él venga.

El abuelo halló la escuela Solo Saia. Encontró a alguien que podía entender su idioma. Se quedó y esperó allí hasta que escuchó la historia de Jesús. Entusiasmado preguntó:

—¿Me llevará a su hogar con él cuando venga, aunque yo viva en una aldea montañosa?

—Sí, te llevará a vivir con él si le entregas tu corazón a él. Te ama y quiere que le hables a la gente que vive en las montañas del Dios verdadero y de su amor. Pero ya no puedes adorar más a los dioses paganos. No puedes servir a Dios y a su enemigo al mismo tiempo.

El abuelo sonrió.

—Cambiaré gustosamente, porque nunca he sido tan feliz. ¿Vendrán a enseñarles a nuestros aldeanos, para que podamos aprender a amar a este Jesús?

Con mucho gusto los alumnos de la escuela ascendían la montaña cada semana. Compartían su fe y su amor por Jesús. Los alumnos les enseñaban a los ansiosos oyentes las palabras de las melodías que le habían escuchado entonar constantemente al niñito. Rápidamente, los paganos aprendieron estos cantos del amor de Jesús. Comprendieron que ellos también podían ir al hogar con él.

Esto ocurrió en 2005. En julio de 2006 el jefe de la aldea, su esposa, el sacerdote del diablo y otros ocho se bautizaron. Ahora los aldeanos se han unido para construir una capilla en la selva para adorar al Dios que ahora aman.

Todo esto porque un niñito desnudo oyó el nombre de Jesús en un canto. Compartió ese precioso nombre continuamente hasta que su abuelo sintió deseos de recibir el poder de su divino amor. Piensa en el gozo del Padre, de Jesús, del Espíritu Santo y los ángeles mientras hacen planes para estas queridas personas que nunca hubiesen conocido los gozos de la salvación si no fuese por un niñito que cantaba: "Jesús, Jesús, Jesús" durante todo el día.

Capítulo

17

El milagro del bote Sea Ray

De junio a agosto, los vientos alisios del sureste soplan fuerte en las Islas Salomón, haciendo que los mares sean muy borrascosos. Luego de haber finalizado el último proyecto de 2005, el equipo Fly and Build se dirigió a Honiara. El idóneo capitán del barco misionero luchaba contra los mares embravecidos tratando de llegar al agua más calma del Estrecho del Fondo de Hierro cerca de Guadalcanal. Sobre el embate del mar, mientras el barco golpeaba ola tras ola, el equipo se sentía seguro al oír la voz del capitán que entonaba su canto preferido:

–Alábalo de mañana, alábalo al mediodía, alábalo cuando se pone el sol.

Detrás del barco misionero de 16 metros remolcaban un bote, el Sea Ray, de casi siete metros atado con tres cuerdas. Era una hermosa embarcación, hecha de fibra de vidrio, y tenía un motor nuevo de 40 caballos de fuerza. El bote Sea Ray pertenecía a la Misión Occidental de las Islas Salomón. Al viajar en la estela del barco con vientos fuertes que soplaban de atrás, la tripulación sentía preocupación cada vez que se levantaba parcialmente del agua.

A eso de las 21:00, la tripulación del barco escuchó un fuerte

craaac. La cuerda que remolcaba el bote se había roto y el Sea Ray flotaba libremente en algún lugar de las oscuras aguas. Con una rápida oración, el habilidoso y avezado capitán, Lowell Lukizi, inmediatamente giró el barco en círculo. Con esto, el barco recibía las olas de costado. Cuando golpeó la primera ola, las 23 personas del equipo Fly and Build que intentaban descansar en la cabina del timonel, fueron lanzados de un lado del barco al otro. ¡Eso dolió!

Esto volvió a ocurrir una y otra vez a medida que el capitán hacía lo mejor posible para desplazarse y encontrar el bote. Después de mucho esfuerzo, el reflector lo ayudó a visualizarlo. Mientras un miembro de la tripulación sostenía el reflector sobre él, el barco volvió a girar. Todas las manos trataron de agarrar las cuerdas usadas para remolcarlo, pero en vano.

El reflector también mostraba las enormes olas que rompían contra los arrecifes de coral entre el barco y la costa. Puesto que la vida de las personas del barco estaba en riesgo y eran mucho más valiosas incluso que el bote, tuvieron que alejarse de los arrecifes lo antes posible.

Inmediatamente, cinco personas se reunieron en la cubierta para orar, para que Dios protegiera el bote que pertenecía a la misión. La misión tenía fondos limitados y no podía darse el lujo de reemplazarlo. Pero dada la fuerza del viento y de las olas, sin la dirección de Dios se habría roto en mil pedazos en el arrecife de coral. Entonces el barco continuó, viajando al menos media hora antes de llegar a una punta que los amparó del viento.

El reflector reveló que habían anclado a unos doce metros de la costa. Dos hombres de una aldea vecina se acercaron remando, con sus canoas, hasta el barco. El capitán les explicó que acababan de perder el bote que habían estado arrastrando y les pidió que si alguien lo veía se lo hiciesen saber.

Finalmente, regresaron dos hombres.

–Encontramos su bote entre las estruendosas olas y la playa flotando en aguas tranquilas –dijeron–. Es extraño que no haya zozobrado. El motor también está en su lugar. No podemos entender por

qué los vientos y las olas no lo impulsaron ni a la arena ni contra el arrecife.

Todos estaban emocionados.

–Si les damos una recompensa de A$ 200 –llamó el capitán a los hombres–, ¿podrían encender el motor y traérnoslo de mañana?

Ellos accedieron. Temprano a la mañana siguiente, la gente del barco oyó el sonido bienvenido del motor. El Sea Ray llegó: el bote, el motor y todo el contenido completamente resguardado.

–¿Les podemos contar por qué fue resguardado este bote? –preguntó el capitán al hombre que lo trajo–. Hace mucho tiempo, en 1920, un misionero cristiano llamado Jugha, el hermano de Kata Rangoso, llegó a Choisuel. Le habló a mi abuelo acerca de un Dios que es más fuerte que el diablo. Cuando yo nací en 1957, mi abuelo me enseñó a orar a este Dios que le encanta ayudar a sus hijos. Así que anoche todos oramos a nuestro Dios. Instantáneamente Dios utilizó su mano poderosa para mantener el bote a salvo. Más que eso, él guió al bote de manera que pareciera que nos hubiese seguido hasta la punta detrás de la que buscamos ampararnos durante la noche. Entonces ustedes se acercaron a nosotros y él los guió para que lo encontraran en la oscuridad a tan solo tres o cuatro minutos de viaje de donde nosotros anclamos. ¿Les gustaría conocer y servir a un Dios al que le encanta hacer lo imposible por sus hijos?

Y los hombres respondieron:

–¡Sí, por favor, cuéntenos más!

Capítulo 18

Kopiu, devastada y restaurada

Antes de comenzar la Segunda Guerra Mundial, Kopiu funcionaba como una misión próspera con una clínica, una granja y una huerta productivas, una iglesia y una escuela en crecimiento. La casa de estilo europeo seguía estando en la colina. Entonces llegaron las órdenes: "Todos los misioneros blancos deben evacuar inmediatamente".

Los líderes nacionales siguieron haciendo lo mejor que pudieron. Kata Rangoso con muchos ayudantes capaces supervisaron la zona alrededor del grupo de Nueva Georgia cerca de Batuna y de la Laguna Marovo. Sasa Rore se encargó de la escuela de Kopiu y de la zona de Guadalcanal. El puesto misionero continuó progresando hasta que llegó la temida noticia de que los japoneses estaban avanzando y pronto estarían allí.

Los alumnos, profesores, obreros y la gente de las aldeas vecinas, todos huyeron, por miedo, a la selva y las montañas. Pero antes de irse, los nacionales quitaron o escondieron gran parte de los equipos y objetos de valor que pensaron que les servirían de algo a los japoneses.

Justo antes de que los japoneses llegaran a la zona de Kopiu, ese mismo día, una terrible tormenta arrasó las montañas. El río por el

que los japoneses debían cruzar, se desbordó. Sus fuerzas armadas se atascaron en el barro y no pudieron continuar. Obligadas a regresar a la base, los japoneses nunca llegaron a Kopiu. Previamente, los aliados partieron con las lanchas de la Misión, excepto la *Portal* que los nacionales ocultaron en un arroyo selvático.

Debido a las escarpadas montañas en el centro de Guadalcanal y a la falta de caminos, Kopiu necesitaba una lancha misionera, porque era el único medio de contacto para provisiones y correspondencia con Honiara y Tulagi. Después de la guerra, por alguna razón toda la flota de la Misión, adquirida con ofrendas misioneras, se vendió. Sin contacto con el exterior para recibir noticias y provisiones, los misioneros no pudieron permanecer, y pronto se marcharon. Luego se fueron los lugareños. Gradualmente, el hermoso césped y las flores de Kopiu se convirtieron de nuevo en selva. Pronto uno no podía distinguir que alguna vez haya habido un puesto misionero allí. Solo los grandes árboles de mango plantados por los Ferris indicaban el lugar donde una vez existió una casa con jardín.

Sin embargo, quedó una pequeña aldea adventista en la planicie cerca de la orilla del mar. Una escuela primaria continuaba en una choza de paja. Los miembros fieles, como el abuelo Solomon y la abuela June George, que vivían en sus humildes casas y adoraban en una iglesia construida por nativos, vigilaban y protegían la propiedad desocupada. Creían que Dios todavía tenía un propósito para Kopiu en sus extraordinarios planes para el futuro.

¿Qué sucedió con la casa europea, el hogar de Norman y Ruby Ferris y sus cuatro hijos, después de un período de diez años? Los lugareños usaron las maderas para construir una iglesia al pie de la colina. Solo dejaron las bases de cemento.

Poco tiempo después de la guerra, otra organización eclesiástica intentó, por medio del gobierno, reclamar la propiedad. Como la planicie era un terreno muy fértil para cultivar y mucho se había vuelto a convertir en selva, declararon que la Iglesia Adventista del Séptimo Día no tenía ningún interés en usar el terreno para una misión. Como la Misión no había guardado la escritura pública, parecía que

podría perder estas 145 hectáreas.

Nuevamente Dios asumió el control. El jefe original que había gestionado la venta con Norman Ferris, se presentó con el documento de venta original que contenía la firma de Norman y la impresión digital del jefe. Le dijo al gobierno que el terreno había sido suyo. Declaró categóricamente:

–Yo le di esta propiedad a la Iglesia Adventista. Siempre pertenecerá a la Iglesia Adventista.

En 1990, el gobierno reemplazó la escuela primaria con un edificio de ladrillos. Todos esos años la educación primaria había continuado en una choza de paja en la planicie, al pie del puesto misionero. Por ese entonces, un grupo de líderes de la comunidad local conversaron con la Misión en cuanto a la posibilidad de expandir la escuela primaria e incluir una escuela secundaria. Formaron lo que llamaban la Comisión de Kopiu. Esta incluía representantes católicos, anglicanos, evangélicos de las islas del Pacífico Sur, de la Sociedad Misionera de Londres y de las Iglesias Unidas, que incluía a metodistas, presbiterianos y congregacionalistas. Todos estuvieron de acuerdo en que Kopiu sería un lugar ideal para el colegio secundario. Así que le pidieron permiso a los líderes de la Misión de Honiara para construir en la propiedad de Kopiu. Declararon que todos accedían a que el director y los profesores debían ser adventistas del séptimo día y que el colegio secundario funcionaría según las normas de esa iglesia. Sin embargo, los planes originales de construcción demostraron ser demasiado amplios y costosos. Por un tiempo todos los planes se archivaron.

Recién en 2003 Ervin Ferris se enteró del deseo de la comisión de construir un colegio secundario en Kopiu. Con el equipo Fly and Build hizo escala en la sede de la Misión, en Honiara. Los constructores acababan de terminar un proyecto, y mientras esperaban su vuelo de regreso a Australia, oyeron una conversación en relación con el deseo de construir un colegio secundario en Kopiu.

Instantáneamente Dios puso el pensamiento en la mente de Ervin: Quiero que tu equipo participe.

Ervin elevó una oración silenciosa a Dios. *Sabes que no tengo fondos, nada de dinero, y apenas queda un poco en la cuenta de recaudación de fondos.*

Pero Dios le respondió en su mente: *Tú sabes que el dinero no es problema para mí. Me encanta hacer lo imposible. Te daré ideas y fe para seguir adelante. No es problema para mí suministrar todos los materiales para esta construcción.*

En cuanto le fue posible, Ervin solicitó al gobierno canadiense una subvención de su programa de ayuda. Recibió la respuesta de que ellos proveerían los fondos para construir un edificio de dos plantas con cuatro aulas, una biblioteca, dos salas de computación y dos depósitos. El espacio de abajo posteriormente podría utilizarse para enseñar artes manuales. Con gran alegría de que Dios pudiera utilizarlo para restaurar la escuela que su padre había abierto, Ervin y su esposa, Val, avanzaron por fe y compraron todas las provisiones para esta construcción.

En diciembre fueron notificados por el gobierno canadiense de que había habido una convulsión en su programa de ayuda. Todos los proyectos habían sido suspendidos. Esto los puso en una difícil situación financiera. De rodillas, Val y Ervin decidieron costear este proyecto con sus ahorros jubilatorios. Ese año Dios bendijo el proyecto de recolección de mangos de Fly and Build y les dio la mejor temporada de todas por la elevada calidad, la cantidad y las ventas. El resultado de su trabajo arduo y afanoso fueron más provisiones para los proyectos de las Islas Salomón.

Los lugareños que vivían alrededor de Kopiu, de las diversas iglesias protestantes y de la Iglesia Católica, limpiaron el terreno al pie de la colina. También cortaron y prepararon parte de la madera necesaria. El gobierno accedió a pagar los sueldos y los gastos de los profesores.

Pero Satanás diseminó un rumor falso de que los demonios ocupaban la colina. Debido al predominio del culto demoníaco en las Islas Salomón, muchos de los miembros adventistas se negaban incluso a caminar por la colina, porque creían que el terreno estaba

poseído por el demonio. Así que en 2005, antes de iniciar el programa de construcción, los líderes de la iglesia y los voluntarios de Fly and Build ascendieron la colina para rededicar la propiedad al Señor una vez más. En presencia de Dios, invitaron al Espíritu Santo a asumir el control pleno. Dejaron la ladera con la seguridad de que el poder de Dios llenaría el corazón y la mente de cada persona relacionada con la escuela que se sometiese a Dios. ¡Qué promesa! "Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros" (Sant. 4:7).

Ahora había llegado el momento. La gente de las aldeas vecinas ayudaron a talar y a preparar el bosque que creció en la propiedad de 145 hectáreas. El equipo Fly and Build trabajó mucho y levantó el edificio de dos plantas llamado Colegio Secundario Adventista de Kopiu.

Las hijas de Norman Ferris, Marilyn Peaty y Norma Crabtree, se ofrecieron como voluntarias para encargarse de la cocina y preparar comida para el equipo de constructores. Las provisiones de comida se agotaban a medida que se acercaban al final del proyecto. Treinta obreros acababan de terminar la comida del mediodía, y mientras las hermanas comenzaban a limpiar, vieron una rampa y gente que bajaba a la lancha neumática para llegar a la costa. (Aldeanos interesados y sus líderes religiosos llegaban de cerca y de lejos para ver cómo se construía un colegio de ese nivel en once días. Al enterarse del rápido progreso, se acercaban a verlo por sí mismos.)

Al mismo tiempo que el grupo de turistas atracaba, llegaba un grupo de hombres que había estado aserrando madera durante toda la noche hasta el mediodía.

–¡Tenemos hambre! –dijeron–. ¿Tienen algo para comer?

Alguien le envió este mensaje a las hermanas:

–Prepárense para alimentar a todos.

Marilyn y Norma sabían que la provisión de alimentos casi se había acabado. Las ollas estaban casi vacías. ¿Cómo podrían ser hospitalarias e invitar a quince personas más a comer con las escasas sobras? Sabiendo que tenían muy poca comida disponible, inclinaron el rostro y oraron juntas.

–Querido Dios, estas personas pronto subirán la colina. El arroz casi se acabó, y solo queda una pequeña cantidad de guiso de verduras. ¿Qué haremos?

En ese momento Dios les dio el pensamiento: *¿Recuerdan que la viuda siempre tuvo harina y aceite para alimentar a Elías, a su hijo y a sí misma? Jesús no tuvo problemas en alimentar a más de cinco mil personas con cinco panes y dos peces. ¿No están sirviendo al mismo Dios? Lo que hizo hace mucho tiempo, lo hará por ustedes ahora si confían en él. ¡Avancen por fe!*

Marilyn y Norma le agradecieron a Dios y comenzaron a calentar las sobras. Mientras veían que la gente subía la colina, pusieron platos y en perfecta confianza sabían que Dios proveería de comida suficiente.

Al saludar a sus visitantes con dulces sonrisas, los invitaron:

–Por favor, vengan a disfrutar lo que Dios nos ha dado para comer.

Todos aceptaron alegremente la invitación. Comenzaron a servir la comida. Mientras las hermanas llenaban un plato tras otro, la provisión de comida no se acababa. Todos comieron en abundancia. Lo mejor de todo es que la iglesia combinada de presbiterianos, metodistas y congregacionalistas experimentaron el amor y la hospitalidad de Cristo porque las hijas de Norman Ferris confiaron en Dios.

Mientras Marilyn y Norma raspaban las ollas y las sartenes para guardar la generosa cantidad de sobras, Norma exclamó:

–¡¿No se pondría feliz papá si supiera lo que acaba de ocurrir?! Estamos cerca del lugar donde él oraba por cada persona enferma que atendía.

–Sí. Él vivía esperando que Dios hiciera lo imposible –dijo Marilyn mientras por sus mejillas rodaban lágrimas de gozo–. Mediante su ejemplo papá nos enseñó a esperar milagros.

Estrechadas en un abrazo, las hermanas inclinaron el rostro:

–Te alabamos por un papá que siempre dependió de ti. ¡Gracias por darnos este milagro! También te alabamos por comenzar a restaurar Kopiu.

A comienzos de 2006, casi antes de que se secara la pintura de las aulas, se matricularon 41 alumnos. Más de la mitad provenía de otras confesiones no adventistas. Todos se reunían para estudiar la Biblia. Cuando el colegio cerró ese año, cinco alumnos pidieron ser bautizados.

Los planes consignaban que cada año se agregaría el siguiente nivel. En 2007 el director calculó una matrícula de 120 alumnos. Lo más importante era que el propósito original de Kopiu, cuando abrió en los años treinta, era guiar a la juventud en esta parte de Guadalcanal para que conozca y ame a Cristo.

Como muchos alumnos provenían de una distancia considerable, la necesidad de hogares para hospedarlos se volvió esencial. Un donante interesado de los Estados Unidos suministró el dinero para un hogar de niñas. En junio de 2006, Fly and Build concluyó el hogar de niñas con nueve habitaciones que albergaba a 72 niñas.

Los mismos donantes proveyeron para un hogar de varones que fue construido en el ínterin del 5 al 27 de febrero de 2007, por Maranatha Volunteers International, de Sacramento, California. El equipo Fly and Build se les unió. Quince habitaciones hospedan a 120 jóvenes. Dios proveyó el único colegio secundario de toda la "costa a la intemperie" de Guadalcanal.

En 2008, el equipo Fly and Build levantó una hermosa iglesita en la parte superior del camino. Se construyó con madera nativa cortada y aserrada en el terreno del colegio. Para financiar esto, tres isleños se unieron a Val y Ervin Ferris en un proyecto de recolección de mangos en North Queensland, Australia. Sus manos dispuestas recogieron 6.500 cajas de mangos. El dinero que ganaron, además de US$ 5.000 de dos personas que aman este colegio, cubrieron los gastos de construcción de una hermosa capilla. Aquí los hijos fieles de Dios de la "costa de la intemperie" de Guadalcanal adoran sábado tras sábado hasta que Jesús venga a llevarlos al hogar.

Solo los ángeles han guardado registro de los fieles obreros de Dios que han sido utilizados por él para bendecir a otros en Kopiu. Él conoce a cada uno de los que plantaron los veinte mil cocoteros

que actualmente producen prolificamente. Puede nombrar a cada niño y adulto que desmalezó las huertas que alimentaron a alumnos y maestros. Envió ángeles a proteger a los aldeanos de accidentes cuando talaron los enormes árboles y los aserraron para cada edificio. Oyó las primeras oraciones de los alumnos de los hogares que adoraban al diablo pidiendo coraje para dar un paso al costado y pertenecer a Dios. Vio a los aldeanos que vigilaban cuando hubo codiciosos que trataron de robar el terreno. Escuchó a los profesores suplicarle a Dios que les diera sabiduría para llegar al corazón de sus alumnos. Sanó a los tantos enfermos que subían la colina y esperaban pacientemente en el pasto para que Norman Ferris los ayude a sanarse sentado debajo de su casa sobre un cajón. Estaba junto a Ruby mientras ella tomaba el botiquín y corría hasta una casa donde una madre necesitaba su ayuda para dar a luz.

Sí, la presencia de Dios y el poder del Espíritu vigilaron esta preciosa propiedad desde el momento en que Norman y Ruby Ferris desembarcaron en la playa y construyeron una casa nativa en 1931. Un día, pronto este pequeño mundo tan afligido por la maldad y atormentado por el sufrimiento será gobernado por el rey Jesús y sus fieles hijos terrenales. Al congregarse alrededor del trono de Dios, Jesucristo dirá: "Vengan, hijos míos, y ocupen sus lugares cerca de mí alrededor del trono".

Entonces Jesús bajará para tomar las manos de Norman y Ruby, uno de cada lado, y los conducirá a sus tronos. Les hará señas a los miles que conocieron el amor de Dios en todas partes de las Islas Salomón para que vayan a sentarse con ellos. ¡Qué gloriosa reunión familiar! ¡Todos los hijos de Dios finalmente están en casa!

FIN